

Cristina Mucci

Divina Beatrice

Una biografía de la escritora Beatriz Guido

Primera edición: septiembre de 2002. Grupo Editorial Norma.

Edición especial para e-book: febrero de 2015.

ÍNDICE DE CONTENIDO

- Prólogo
- Los inicios
- Un primer matrimonio
- Leopoldo
- La casa del ángel
- La marca en el orillo
- Grupo de familia
- La mano en la trampa
- Vivir apostando
- Una gran frustración
- El incendio y las vísperas
- El tiempo de las dos almas
- El trío más mentado
- Divina Beatrice
- La etapa épica
- Un campeón en mi vida
- El adiós a *Babsy*
- La vida después
- La democracia y el final
- Bibliografía

*Para mi hija Violeta,
que llegó al mundo el mismo año
en que Beatriz se fue.*

PRÓLOGO

Entre los primeros años de la década del sesenta y hasta mediados de los ochenta, en la Argentina pasó de todo. Después también, claro, pero ahí comienza otra historia, donde los personajes de este libro ya no están.

Durante esos años, tres escritoras -Beatriz Guido, Silvina Bullrich y Marta Lynch- lograron una fama comparable a la que hoy sólo tienen algunos deportistas y personajes de la farándula. Cada una a su manera -y hasta donde pudieron- las tres rompieron barreras y avanzaron sobre prejuicios y sectores de poder. Aunque fueron denostadas en vida y aún después de sus muertes, abrieron un camino en la literatura argentina y supieron, con distintas variantes, expresar las distintas situaciones por las que fue atravesando el país.

Pese a sus diferencias y seguramente a su pesar -ya que cada una aspiraba al protagonismo absoluto y competía con las otras- formaron un trío mediático de enorme presencia. El trío más mentado era convocado por los medios para opinar absolutamente sobre todo, porque más allá de la audacia de sus respectivas obras, estas tres escritoras tuvieron la habilidad de superar lo literario y convertirse en personajes. Así se hicieron esa fama de transgresoras que las acompañaría siempre. A pesar de los errores, que suelen olvidarse con facilidad.

Prácticamente sin altibajos, conservaron este poder de convocatoria hasta sus respectivas muertes. En el caso de Beatriz, su fama se potenció por su unión personal y profesional con ese gran personaje que fue Leopoldo Torre Nilsson.

Por supuesto que no se trató de un fenómeno aislado. Durante la década del sesenta se desarrolló la industria cultural más importante de habla hispana, y dentro de ella el libro jugó un rol importantísimo. Muchos escritores (Jorge Luis Borges, Manuel Mujica Láinez, Manuel Puig, entre otros) eran figuras habituales en los medios, donde opinaban sobre los temas más diversos.

No conocí personalmente a Beatriz Guido, sólo la vi de lejos en algunas pocas ocasiones y jamás conversé con ella. Sin embargo, durante mi adolescencia tuvo una cierta importancia. En esa época leí *El incendio y las*

vísperas, su libro más exitoso. Con su discurso de Revolución Libertadora, representó a una gran porción de esa clase media a la que Arturo Jauretche -otro gran *best-seller* de la época- ridiculizó con el nombre de "medio pelo". El peronismo, la Revolución Libertadora y el medio pelo son temas que lamentablemente aún tenemos pendientes, nuestros padecimientos nos dan la pauta de los muchos hechos que aún no logramos superar.

Escribir sobre Beatriz me permitió revivir otro país, aquel donde todavía parecía que todo era posible y en el que ella participó, aunque no exactamente desde la imaginación al poder sino más bien desde una especie de *establishment* al que sin embargo criticaba. Es en esa dualidad (crítico, pero soy parte) donde se basó en alguna medida el enorme éxito del trío más mentado.

Beatriz me permitió también aislarme por momentos de un presente agobiante. Mientras sufría el diciembre negro de 2001 con sus cinco presidentes, sus saqueos a supermercados y sus muertos en Plaza de Mayo, viajé con las latas de *La casa del ángel* al Festival de Cannes, gané fortunas en el hipódromo de Río de Janeiro, compré una casa en Punta del Este y un *Mercedes Benz* blanco para perderlos casi enseguida, me vestí con *Saint-Laurent* para asistir al estreno de *La mafia* y disfruté del enorme éxito de *Boquitas pintadas*. Reviví también esa enorme esperanza que significó Raúl Alfonsín en 1983.

Por todo esto le agradezco, al igual que a las muchas personas que me ayudaron a escribir esta historia. A Analía Sivak, que realizó gran parte de las entrevistas. A Jorge Naveiro, por cuyo intermedio pude acceder al archivo de Editorial Atlántida. A Horacio Salas, que me prestó los libros de Arturo Jauretche que hoy cuesta muchísimo conseguir. A Jorge Lafforgue, que me alcanzó una novela de Beatriz Guido que tampoco se consigue. A Héctor Lastra y Mabel Peremarti, quienes también me facilitaron libros y contactos.

Agradezco también a Leonora Djament y Cristina Alemany, y a todas las personas que aceptaron ser entrevistadas. A diferencia de los que sucedió con Marta Lynch (de quien casi nadie quería hablar), en el caso de Beatriz, casi todos los que fueron convocados aceptaron hacerlo.

Y ya que hablamos de gratitudes, hay algo que me gustaría agregar. Aunque cuando Beatriz murió recibió las honras que merece un personaje célebre, se la olvidó pronto, como suele suceder en la Argentina. Sus libros desaparecieron de las librerías, y en las revistas y en los diarios prácticamente no se la nombró más.

La directora de la Feria del Libro, Marta Díaz, me contó que Silvina Bullrich, con su intuición mediática, en una oportunidad le pidió que le organizara un homenaje en vida. “En ese momento me pareció un acto de pedantería, pero cuando murió Beatriz Guido comprobé que tenía razón. Parecería ser que cuando una persona muere, pasa el efecto. Como yo sabía que Beatriz había sido muy generosa y que cuando vivió en Madrid dio hospedaje a mucha gente en su propia casa, para el homenaje que le organizamos elegí la sala más grande, segura de que se iba a llenar. Cuando el acto estaba por comenzar, sólo estaban completas las primeras tres filas. Me sentí mal por mí y por ella, porque no se lo merecía. Muy pocas veces un homenaje reúne a mucha gente, el público es muy ingrato”, me dijo.

Beatriz Guido no es nuestro único personaje olvidado. Tal vez ahora que la crisis nos obliga a rever tantas cosas, nos decidamos a recobrar muchas partes de nuestro pasado que aún no logramos integrar.

Los inicios

*¿Quién me llamará mentirosa cuando yo sólo fabulo?
Nunca mentí en el oficio y en la vida jamás en provecho
propio: sólo corrijo lo que la realidad tiene de falso.*

Beatriz Guido

Beatriz Guido tiene dos historias: una privada y otra oficial. Nunca hablaba, por ejemplo, de su abuelo Agostino Guido, uno de los tantos inmigrantes italianos que pasó muchos años trenzando canastos que luego vendía por la calle, hasta llegar a poner un negocio en la calle San Martín de la ciudad de Rosario. Casado con Marie Madelaine Cussino, inmigrante francesa, tuvieron tres hijos a los que se esforzaron por sacar adelante.

Ángel, el menor, sería su padre. Cuando faltaban pocos meses para que se recibiera de arquitecto, conoció a Berta Eirin, una joven actriz uruguaya que dejó las tablas para casarse con él. Beatriz fue la primogénita. Nació el 13 de diciembre de 1922, y al poco tiempo lo harían sus hermanas Tata (Bertita) y Beba (María Esther).

Ángel Guido fue un arquitecto importante. Estuvo vinculado a la Reforma Universitaria de 1918, construyó en Buenos Aires la casa de Ricardo Rojas –hoy convertida en museo-, fue rector de la Universidad del Litoral, obtuvo la beca Guggenheim para realizar estudios de urbanismo en México y los Estados Unidos, y sobre todo, fue uno de los autores del Monumento a la Bandera, su gran sueño.

Berta Eirin pertenecía a una familia descendiente de uno de los Treinta y Tres Orientales, que sufrió numerosos reveses de fortuna. Según Beatriz contaba siempre, su madre en su juventud había llegado a representar a Henrik Ibsen y a relacionarse con Rubén Darío. Sin embargo, no fue tan así.

“La leyenda que Beatriz urdió en torno de su madre decía que había sido una actriz famosa que había actuado en los teatros más importantes del mundo, y que los magnates, los príncipes y los maharajaes tiraban esmeraldas, rubíes y diamantes a sus pies. La verdad es que Berta había actuado en un conjunto vocacional, de esos que después se llamaron teatro independiente. Claro que era mentira, pero era precioso, novelesco, digno de Beatriz”, dice la escritora Angélica

Gorodischer, quien compartió con ella la niñez y la adolescencia en Rosario.

Berta abandonó el teatro para casarse con Ángel Guido, pero no su vocación: vestida con largas túnicas, representaba historias de degollados y desaparecidos que la pequeña *Betty* escuchaba fascinada. “Segura de que me esperaba una carrera literaria, se esmeró por darme esa infancia de historias fantasmales que –dicen- fue el estímulo de los mejores escritores”, recordaría muchos años después (1).

Según contó siempre, su casa de Rosario era frecuentada por Leopoldo Lugones, Enzo Bordabehere, Diego Rivera, Lisandro de la Torre, David Alfaro Siqueiros, Arturo Capdevilla, Gabriela Mistral y José Ortega y Gasset. Aunque seguramente exagerara, lo cierto es que desde muy chica participó de una vida cultural intensa. Sentía adoración por su padre, quien constantemente la llevaba a reuniones y conferencias, donde era tratada igual que un mayor. Conoció los Estados Unidos a los diez años y Europa a los dieciséis, siempre acompañando a Ángel en sus viajes profesionales.

Vivían en una gran casa en la calle Colón, repleta de antigüedades del barroco latinoamericano. “La casa de los Guido era preciosa –recuerda Angélica Gorodischer-. Una especie de reducto colonial con baldosas coloradas, paredes muy blancas, zócalos y puertas de madera negra. Había una sala en la que se guardaban los tesoros que Ángel Guido había ido coleccionando, muebles antiguos taraceados en marfil, sillones de madera y pana punzó, cuadros con marcos de plata labrada, espejos. En uno de los dormitorios había una escalerita marinera que llevaba al mirador, una torre muy bonita desde donde se veía un buen panorama de la ciudad. A un costado estaba el estudio que Guido le había hecho construir a Beatriz, un lugar estupendo con su escritorio, sus bibliotecas, sus alfombras y sillones. Después estaba el jardín, que era enorme y llegaba hasta la otra calle. Nada de decoraciones francesas, era un jardín selvático, lleno de plantas y de árboles. Del lado derecho había dos construcciones: una era la capilla, decorada con imágenes coloniales, y la otra era una casita donde vivían los abuelos, es decir, el padre y la madre de Ángel Guido. Eran unos viejitos chiquitos, muy modestos, a los que saludábamos cada vez que andábamos por el jardín. Estaban siempre sentaditos a la puerta y nos sonreían cuando pasábamos. Una maravilla mucho más meritoria que la leyenda que creó Beatriz acerca de su

ascendencia de héroes y próceres. Yo conocí a los viejitos, así que a mí no me meten el perro”.

“Cuando algún despistado le preguntaba a Beatriz si acaso era pariente del general Tomás Guido, guerrero de la Independencia, y de su hijo, el poeta Carlos Guido y Spano, ella daba una de sus características respuestas vagas que sugerían algo sin asertar nada” agregó el crítico Ernesto Schoo.

En la casita del fondo vivía también Dominguita Cussino, una prima pobre que, según Beatriz, era el ama de llaves. Y junto a ella el tío Pepe, un curioso personaje que constituía otro punto de atracción: sus amigos solían visitarlo y él los iniciaba en prácticas de ocultismo.

Betty dormía en una cama que había pertenecido a Fray Mamerto Esquiú, y en ese ambiente se fue forjando una personalidad tremendamente fantasiosa. Desde muy chica intentó impresionar con historias estrafalarias, que cautivaban a los invitados. Siempre contaba que no habló hasta los cuatro años, y que la primera vez que lo hizo estaban todos sentados a la mesa y había un pintor subido a una escalera. Ella dijo: “Que se baje ese hombre”, y hubo tantos alaridos porque Beatriz hablaba por primera vez, que el hombre se cayó y por poco se mata. También decía que a los cuatro años le contó a Lugones que estaba aterrada por una historia con muertos y fantasmas que habían vivido en su propia casa, y que fascinó a Capdevila y Ricardo Rojas con el relato de un niño encerrado en la piel de un gato.

Los gatos le atraían especialmente. En la escuela siempre contaba que tenía un gatito con un cascabel, y sus padres fomentaban sus mentiras. “¿Cómo es el gatito?”, le preguntaban, y ella seguía fantaseando. Le costó empezar a hablar, pero una vez que lo hizo, no paró: llamaba la atención por su buena dicción y su facilidad para contar historias, y cuando tenía nueve o diez años –según también decía- Ortega y Gasset le recomendó a su padre que la orientara hacia la filosofía. Le gustaba también evocar el día en que recitó ante Rubén Darío, quien la besó en la frente y le auguró un destino triunfal.

Desde muy chica se le manifestó un problema de tiroides, que le provocaba un leve temblor en las manos. Sin embargo, sus padres pensaron que podría ser una buena concertista de piano. “Di mi primer

concierto en la Casa Breyer de Rosario cuando tenía ocho años – recordaría mucho tiempo después-. Toqué obras de Schubert, de Massenet, también algo de Rachmaninov, que me gustaba porque era un desafío para la técnica. Pero tocar el piano de chica me provocó una especie de trauma. Para mí el arte está relacionado con la letra y con la imagen” (2).

Asistió a un colegio religioso, el de las Hermanas del Huerto, “porque mi padre pensó que la liturgia y el boato enriquecerían mi imaginación” (3). Era muy mala alumna, pero Ángel Guido siempre conseguía que le dieran otra oportunidad y al final salvaba el año. No le gustaba estudiar y siempre tuvo errores de ortografía. “Yo escribo ojo con hache”, decía siempre, para justificarse. Una vez, cuando las Hermanas del Huerto le ordenaron recitar un poema en un acto escolar, simuló desmayarse.

Al terminar el colegio comenzó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, pero abandonó al poco tiempo. “Según ella, porque la facultad era `muy tomista´, y el griego, `muy difícil, con esos signos raros´. También decía que había participado de las luchas estudiantiles, lo cual era tan leyenda como los antepasados ilustres”, comenta Angélica Gorodischer.

De todos modos, frecuentó el ambiente universitario de esa época, sobre todo los bares de la calle Viamonte, cercanos a la Facultad. Allí conoció a Ernesto Sabato, Manuel Mujica Láinez, Estela Canto, José Bianco, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, con quienes se relacionaría para siempre.

Finalizada su etapa de concertista, su destino quedó definitivamente marcado: iba a ser una escritora famosa. “La vida de Beatriz estaba muy imbricada con la de su padre, de quien era la preferida. Eso no ocasionaba celos ni rencores sino que se tomaba como algo natural, los miembros de esa familia se llevaban envidiablemente bien. Beatriz era la llamada a la fama y todos lo aceptaban como un hecho probado”, agrega Gorodischer.

“No hay que pasar por alto otro detalle: Ángel Guido deseaba un hijo varón, que triunfase estrepitosamente en la vida y llevase su apellido a las cumbres de la fama mundial. A falta de hijo, volcó en Beatriz esa ambición desmesurada: la llamaba *Giovanotto*, y estaba dispuesto a invertir lo que

fuere, dinero, influencias, para alcanzar la meta soñada”, dijo Ernesto Schoo (4). Seguramente inspirado en el personaje de *La divina comedia* (5), su padre también la llamaba *Beatrice*. Ése fue el nombre que ella siempre utilizó para firmar su correspondencia privada.

Ángel fue siempre su gran figura protectora. Una vez le comentó a la escritora María Angélica Bosco: “Si yo voy y le digo: ‘Papá, acabo de matar a alguien’, él me va a contestar: ‘¡Pero hija, qué barbaridad! Sentate y vamos a ver cómo lo arreglamos.’”

A los diecisiete años escribió un ensayo sobre Lisandro de la Torre que fue muy aplaudido por su familia. “En vez de dedicarme a escribir sobre el prócer indicado en el colegio, yo lo hice con él. Lo elegí porque fue muy importante para mí encontrar una personalidad cercana a mi familia. Cuando niña, lo veía periódicamente en mi casa”, contó cuando ya era famosa (6).

Unos años después, cuando terminó su cuento *El hombre del bastón con cabeza de víbora*, su padre le dijo: “Vas a ser una gran escritora, te conocerán en todo el mundo” (7). Su estímulo no se limitó a las palabras: en 1947 se hizo cargo de los gastos de edición y así consiguió que la editorial El Ateneo publicara *Regreso a los hilos*, su primer libro, del que nunca habló y que jamás reeditó. Se trata de una colección de cuentos bastante pretenciosos, como suelen ser los primeros intentos de un escritor.

NOTAS

- 1.- Beatriz Guido, *Una madre*.
- 2.- Revista *Siete Días*, 1980.
- 3.- Diario *El País*, 1984.
- 4.- Diario *La Nación*, 2002.
- 5.- Beatrice Portinari fue el amor de juventud y fuente de inspiración de Dante Alighieri. Su primer libro, *La vida nueva*, es un relato intimista escrito en prosa basado en su relación platónica con Beatrice. Posteriormente, en *La divina comedia*, ella representa la encarnación de los misterios divinos concedidos por la gracia. Es la guía

espiritual que conduce al poeta hacia el umbral del Empíreo, donde se le permite vislumbrar la gloria por un instante.

6.- Revista *Gente*, 1967.

7.- Elsa Osorio, *Beatriz Guido*, Editorial Planeta, 1991.

Un primer matrimonio

En la época en que Beatriz publicó su primer libro, Ángel Guido era rector de la Universidad del Litoral. “Fue rector durante la presidencia de Perón (1) –cuenta Angélica Gorodischer-. Por su antiperonismo furioso, a Beatriz le resultaba difícil aceptar que su padre hubiera tenido un cargo en ese gobierno, entonces inventó otra leyenda según la cual los peronistas lo habían amenazado con poner una estatua de Evita en el Monumento a la Bandera si él no aceptaba. Todo eso es una macana tan grande como el Monumento. Ella siempre decía que su padre era el autor cuando en realidad fue uno de los autores, porque hubo varios” (2).

Siempre fue una antiperonista recalcitrante. Contaba que en un viaje que hizo en 1938 a Berlín junto con su padre, se hospedaron en un hotel donde estaba Perón, y fue testigo de que éste asistía a los mitines de la SS. “Cierta mañana aparecieron todos los negocios de los judíos apedreados, con las vidrieras rotas. Mi padre me llevó a ver los destrozos y luego tomamos mate con Perón y otros militares argentinos, que parecían contentos por lo que había pasado”, declaró en un reportaje (3). En otra oportunidad, cuando le preguntaron qué opinaba de Perón, contestó: “Fue un hombre que quiso hacer cosas, pero no le interesó la reforma social definitiva, la agraria, por ejemplo. Salvo las ciento sesenta y ocho leyes obreras y el Jockey Club (que lo quemó), dejó todo como estaba” (4).

Ángel Guido nunca fue peronista, pero aceptó el cargo que le ofrecieron. Durante su rectorado, el Instituto de Estudios Argentino Italiano invitó al filósofo Guido de Ruggiero a dar un ciclo de conferencias en la Universidad. Beatriz se entusiasmó y le pidió a su padre que le gestionara una beca para ir a estudiar a Italia. Le fue otorgada por el mismo instituto que había traído a de Ruggiero, e hizo un curso de Historia de la Filosofía en Roma y otro en el Instituto de Filosofía de Nápoles, en la cátedra de Benedetto Croce. En Italia conoció a Alberto Moravia, quien inspiró su ensayo *Los dos Albertos*, sobre Moravia y Albert Camus. Su viaje duró seis meses.

“Guido de Ruggiero recibió con entusiasmo a la hija del rector de la Universidad, y su hijo, que se llamaba Conrado, se enamoró perdidamente de ella –continúa Gorodischer-. No era para menos. Beatriz era lindísima, no tenía figura pero sí una cara perfecta, un pelo castaño abundante y ondeado y unos ojos maravillosos, grandes, brillantes, sonrientes. Era simpática, tenía una conversación interesante, llena de risas y halagos, y sabía escuchar, aunque no creo que oyera. Lo convenció a Conrado de Ruggiero de esperar un poco y el pobre esperó hasta que ella se vino de vuelta. Lo malo fue que un día Conrado se le presentó en Rosario. Fue espantoso. Yo la acompañé a esperarlo, llegaba en tren desde Buenos Aires y ella no quería estar a solas con él. Le hizo dar alojamiento en el Hospital del Centenario, dependiente de la Universidad, y allí lo dejó a la buena de Dios. Unos días después él se volvió a Italia”.

En realidad, ni Rosario ni la vida que había llevado hasta ese momento le resultaban suficientes. Sus siempre abundantes candidatos comenzaron a aburrirla, y a algunos de ellos los dejó casi al pie del altar. “No sé cómo se las arreglaba, pero a excepción de Conrado, con los demás quedaba amiguísima y hasta los casaba con alguna de sus amigas”, agrega Gorodischer.

Fue entonces cuando conoció a su primer marido, el abogado Julio Gottheil. “Un amigo mío tenía una novia rosarina y en esa época se usaba hacer fiestas de compromiso. En esa fiesta, en Rosario, conocí a Beatriz. Era excepcionalmente linda, fantasiosa, imaginativa y muy empeñosa. Cuando se proponía algo, lo lograba”, recuerda Gottheil.

Él era un poco más joven, entonces ella decidió mentirle y quitarse un par de años. Recién le confesaría su edad un año después, el día anterior al casamiento. Se casaron en la capilla del jardín de los Guido y luego se instalaron en Buenos Aires, la ciudad donde Beatriz siempre había querido vivir.

Julio Gottheil provenía de una familia de banqueros y se sintió atraído por el mundo de los Guido, tan distinto del suyo. Junto a ellos vivió experiencias inéditas, como la práctica de actos espiritistas, con los que – seguramente influenciados por el tío Pepe- se habían entusiasmado en esa época.

“Un verano, en la biblioteca, encontré libros de espiritismo. Decidí leer uno de ellos y después lo comenté un poco despectivamente con mi suegro. ‘No, es una cosa muy seria –me dijo-. Y muy real’. Entonces, con espíritu científico, quise ver cómo funcionaba. Mi suegra, que por su catolicismo estaba en contra, se fue al piso de arriba, y quedamos Beatriz, sus dos hermanas, el padre y yo. Nos sentamos alrededor de una mesa con tres patas tocándonos las manos, y la mesa se empezó a mover. Un golpe firme significaba la letra a, dos golpes la b, y así sucesivamente. Durante quince noches estuvimos haciendo espiritismo. La teoría espiritista dice que las almas que se han desprendido andan revoloteando, especialmente las de más baja condición espiritual, entonces de pronto la mesa decía malas palabras. También contestó algunas preguntas con coherencia, pero no eran preguntas muy importantes. Lo más interesante fue cuando la mesa empezó a nombrar insistentemente a Gurí, un perro que tenían los Guido. Una noche dijo ‘Gurí’, ‘accidente’, ‘muerte’, ‘9 de julio’, y nos quedamos con esa información. Un mes después, Gurí se escapó de la casa, caminó hasta la calle 9 de julio y allí lo atropelló un auto”.

Gottheil le comentó estas experiencias al filósofo del Derecho Carlos Cossio, de quien era discípulo. “Él negaba todo esto, pero como era un hombre muy curioso, decidimos hacer una especie de prueba. Durante una época nos juntamos en casa todas las noches y empezamos a desconfiar de Beatriz, porque cuando ella no estaba, la mesa no se movía. Por fin llegamos a la conclusión de que había una comunicación entre los inconscientes, pero en la interpretación espiritista, el médium es un instrumento de comunicación entre los vivos y las ánimas de los que han muerto. Invitamos a mucha gente a las sesiones, hasta que la experiencia terminó con un gran susto: una amiga huérfana se comunicó con su madre y se puso a llorar y gritar, hubo que tirarle agua fría en la cabeza, acostarla y tranquilizarla. Beatriz se asustó mucho y no quiso hacer más sesiones”.

El matrimonio entre Beatriz y Julio no funcionó bien. “Era una mujer muy imaginativa, bastante macaneadora pero sumamente ingenua. Una mezcla difícil. Nuestra relación fue amistosa y fraterna, empezó con un metejeón, pero el metejeón pasó rápido. Creo que nos fuimos muy útiles el uno al otro en una época de nuestras vidas en que todavía necesitábamos madurar, aunque yo un poco menos. De ella me queda una imagen muy compleja. Creo que no se psicoanalizaba porque pensaba que si lo hacía iba a dejar de escribir, lo cual es una idea absurda. Tenía una relación muy

próxima con sus padres y hermanas y no logró soltar amarras”, finaliza Gottheil.

“Yo lo conocí poco a Julio, a pesar de que es mi padrino –recuerda Adriana Martínez Vivot, una de las sobrinas de Beatriz-. Ella tenía un solo amor, que era *Babsy*, y entonces tapaba su primer matrimonio, que según decía había sido horrible. Cuando le recordaban que en esa época se la veía contenta terminaba aceptándolo, pero de entrada decía que no. Argumentaba que nunca habían sido un matrimonio, que había sido una relación como de hermanos o primos, pero no creo que haya sido así. Armaba la historia como para hacer creer que *Babsy* fue el único hombre de su vida”.

“¿Usted se analiza?”, le preguntaron en un reportaje. “No. ¿No se dieron cuenta de que yo capitalizo mis defectos?”, contestó (5).

NOTAS

- 1.- Juan Domingo Perón fue presidente de la Nación Argentina entre 1946 y 1955, cuando fue depuesto. Después de un exilio de diecisiete años retornó al país y en 1973 volvió a ser elegido Presidente, cargo que ejerció hasta su muerte, sucedida un año después.
- 2.- El Monumento a la Bandera de Rosario fue creado por los arquitectos Guido y Bustillo y los escultores José Fioravanti y Alfredo Bigatti.
- 3.- Diario *La Nación*, 1987.
- 4.- Revista *Gente*, 1967.
- 5.- Revista *Gente*, 1967.

Leopoldo

En abril de 1951, en la casa de Ernesto y Matilde Sabato, Beatriz conoció a Leopoldo Torre Nilsson. Ella tenía veintinueve años y, al igual que Gottheil, él era unos años menor: tenía veintiséis.

“Me enamoré ese mismo día. Sabato tardó en llegar a la cita. Y cuando llegó se disculpó en el living. `Lamento –dijo- haberles hecho perder el tiempo´. Y Leopoldo le contestó: `No hemos perdido el tiempo´. Y yo con eso volé. Fue un amor a primera vista. Yo entonces era una chica adorada por mi padre, por mi madre, era una flaquita atolondrada, ingenua, que lo único importante que había hecho en la vida era un libro de cuentos. Y la única forma que tenía de conquistarlo era con una mentira. En la charla, como yo no tenía conversación para darle, le dije que venía de Europa y que acababa de ver su película *El crimen de Oribe* doblada al portugués, y que era sensacional. Y él se sorprendió. Entonces al día siguiente fue a la productora a reclamar”, contaría años después (1).

En la reunión también estaban Julio Gottheil y Pilar Barcos, la mujer de Torre Nilsson y madre de sus dos hijos, Javier y Pablo. Ernesto Sabato siempre se sintió un poco culpable por esta historia, que durante los primeros años fue clandestina.

La obra de Nilsson se limitaba a dos films que había codirigido con su padre, Leopoldo Torres Ríos (quien según una versión, le había agregado una *ese* a su primer apellido por cuestiones de sonoridad, y según otra, se debía a un error del Registro Civil):

El crimen de Oribe –basado en *El perjurio de la nieve*, de Adolfo Bioy Casares- y *El hijo del crack*. Estaba intentando independizarse y comenzar con sus propios proyectos.

Poco después de conocerse, le propuso a Beatriz que escribiera una escena para su próximo film, *Días de odio*, basado en el cuento de Borges *Ema Zunz*. Era la primera película que dirigiría solo, con producción de Armando Bo. “Leopoldo me dio a realizar una secuencia aislada. La escena no existe en el cuento de Borges. Están en la cocina Elisa Christian

Galvé y Duilio Marzio, mientras en el departamento se festeja un cumpleaños”, recordaría años después (2). En ese momento le parecía un sueño.

“Según Beatriz, en un plano de la película ella está sentada con Borges en una de las mesas donde la protagonista seduce al marinero para hacerse violar. Yo jamás pude encontrar esa escena”, dijo el crítico Claudio España. Duilio Marzio, que hizo su debut cinematográfico en *Días de odio*, coincide en que aunque en el primer día de filmación estaban Borges y Beatriz, ella no aparece en la película.

Borges, por su parte, no quedó satisfecho con el film y declaró públicamente que prefería la versión que había hecho René Mujica de *Hombre de la esquina rosada*. “Los dos procedieron con total libertad: uno, con afortunada libertad y el otro con una nefasta libertad”, dijo (3). Pero de todas maneras aceptó que su nombre fuera incluido en los créditos.

NOTAS

- 1.- Revista *Gente*, 1978.
- 2.- Diario *Tiempo Argentino*, 1985.
- 3.- *Torre Nilsson y su pasión*, video de Oscar Barney Finn para ATC.

La casa del ángel

Mientras tanto, Julio Gottheil le insistía a Beatriz para que se presentara al Premio Emecé, que se otorgaba por primera vez. Ella había escrito un largo cuento basado en una historia que había escuchado en una mansión de Belgrano, en Cuba y Sucre. La casa, hoy desaparecida, había pertenecido a Carlos Delcasse, ex boxeador y diputado, y se la conocía como “la casa de los duelos”, porque allí se habían batido varias personalidades, entre ellas Jorge Newbery. Según la leyenda, los cadáveres eran sacados clandestinamente por la puerta trasera de la calle Arcos.

“Cuando apareció el concurso, le sugerí que del cuento largo hiciera una novela”, recuerda Gottheil. Así nació *La casa del ángel*.

La protagonista es una joven de la alta burguesía, Ana Castro, que vive con sus hermanas mayores en la casa del ángel, así llamada por una escultura ubicada en la terraza. Su madre la había educado tan rígidamente que el menor contacto con un hombre le producía una enorme sensación de culpa. Como siempre sucede en las novelas de Beatriz, los climas son más importantes que la historia que se relata. Aquí ya aparecen el mundo y el estilo que caracterizarían su literatura, con sus familias decadentes y sus jóvenes criadas con principios rígidos, acosadas por el despertar de la sexualidad.

“Como había poco tiempo, yo la despertaba a las cuatro o cinco de la mañana para que escribiera. Y ella escribía y escribía. Yo funcionaba como despertador”, continúa Gottheil.

Después de presentar la novela al concurso, Beatriz hizo todo lo posible para conocer y seducir a los miembros del jurado: Ignacio Anzoátegui, Leopoldo Marechal, Julio Callet Bois y Armando Braun Menéndez. “Se convirtió en la enfermera cotidiana de un Marechal doliente, fue asiduamente a misa en la Merced porque le contaron que otro de los jueces iba allí a diario”, contó Ernesto Schoo (1).

Pero fue sincera. Años después, cuando un periodista le preguntó si le había costado ganar el concurso, contestó: “Fue tan fácil: era amiga de todos los jurados. Los concursos son tremendos. A mí me premiaron por amiguismo, y cuando yo fui jurado premié también a los amigos” (2). En otro reportaje declaró: “Soy terriblemente venal. Me gusta abrir los sobres, ¿qué voy a hacer? Yo, si sé que en un concurso hay libros de David Viñas o Augusto Roa Bastos, por ejemplo, ya no leo más otros libros. Creo fanáticamente en el oficio. En un concurso dejé de votar por *Los premios* de Cortázar porque no conocía a Cortázar. Ahora no me llaman más” (3).

“El Premio Emecé lo sacó a fuerza de acercarse a Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. La forma en que los aduló para ganar ese premio es casi una obra maestra”, opina la escritora Elvira Orphée.

María Angélica Bosco la conoció en esa época, ya que con su novela policial *La muerte baja en ascensor*, ganó el segundo premio en ese mismo concurso. “Beatriz me resultó encantadora y nos hicimos amigas. Tenía una enorme capacidad para mentir pero sus mentiras eran muy divertidas, se las descubríamos enseguida, no tenían mala intención. El Premio Emecé fue una sorpresa en ese momento porque lo ganamos dos mujeres, los hombres sólo recibieron menciones. En esa época, año 1955, aparecimos las mujeres novelistas. Ya estaba Silvina Bullrich, pero hasta ese momento en la literatura argentina no había demasiadas mujeres”, recordó.

La casa del ángel tuvo varias críticas favorables, y a Beatriz le hicieron algunos reportajes. Viajó a los Estados Unidos (“invitada por el Departamento de Estado de la Unión con el fin de pronunciar conferencias en distintos ámbitos norteamericanos”, exageró (4), y durante su estadía, logró que la editorial neoyorquina MacGrow Hill editara *The House of the Angel*.

Al año siguiente se separó de Julio Gottheil y se instaló en un departamento en Callao y Las Heras junto a su madre y Marietta, la mucama paraguaya que la acompañaba desde que vivía en Buenos Aires. Ángel Guido había iniciado una relación con su secretaria, y después de soportar la situación durante un tiempo, Berta Eirin había decidido mudarse junto a su hija.

En 1956, Leopoldo Torre Nilsson –quien también se había separado de su mujer- filmó *La casa del ángel*, con producción de Argentina Sono Film

y la actuación de Elsa Daniel y Lautaro Murúa. Pese a que algunas críticas lo calificaron de presuntuoso, el film fue visto por un millón de espectadores y marcó un hito en el cine argentino.

“Acostumbrados a las comedias sentimentales con las inevitables ingenuas de voz añorada y virginidad incólume, o a las evocaciones, también sentimentales, de una inocencia campesina o un pasado porteño ya anacrónicos, los espectadores locales descubrieron de pronto que también aquí se podía hacer un film que hablara de nuestros mitos sociales, de nuestros prejuicios y nuestros miedos, de las raíces de muchos antiguos males”, recordó Ernesto Schóo (5).

Beatriz participó en la redacción del guión. “Al escribir el guión, mi primer guión, no salía de mi asombro al ver que había que arrancar páginas del libro, esto va, esto no va. El aprendizaje fue duro porque aprendí que hay un solo idioma que es el idioma del cine, el otro idioma, el literario, debe fundirse con él”, declaró años después (6).

A partir de allí, siempre colaboró con *Babsy* cediéndole sus libros, escribiendo escenas, opinando sobre los actores y la escenografía, y fundamentalmente encargándose de las relaciones públicas, tarea en la que se desempeñó de una manera extraordinaria.

Su primera misión fue partir al festival de Cannes con las latas de *La casa del ángel*. Asistió a *cocktails*, buscó contactos, sedujo a críticos y distribuidores, y finalmente logró que el film fuera exhibido en una sala de La Croisette a las tres de la tarde. No era demasiado pero era algo, y aunque no ganaron ningún premio, les publicaron críticas elogiosas en revistas importantes. Ese primer viaje a Cannes le sirvió también para lanzar su novela a nivel internacional: fue editada en Francia, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, Suecia, Italia, y hasta en el Japón.

Porque si bien Beatriz fue la gran impulsora de la carrera de Torre Nilsson, su propia carrera como escritora creció enormemente a partir de su relación con él. Años más tarde lo reconocería en una entrevista: “Él a mí me hizo novelista y me hizo profesional. Mi padre me dio toda la formación y la cultura, pero la profesionalidad me la dio *Babsy*, el rigor literario lo conocí con él” (7). En otra oportunidad, cuando le preguntaron si el hecho de ser mujer de Torre Nilsson le sumaba importancia, contestó:

“Quizás. Si no lo fuese lo sería menos. Es muy bueno ser su mujer. Y me reporta el mismo beneficio que me significó ser hija de un hombre como fue mi padre. Ésa es mi condena y mi salvación. He sabido siempre sacar ventaja de ello” (8).

La próxima película fue *El secuestrador*, basada en un cuento de Beatriz, quien a diferencia de sus obras anteriores, dejó de lado el ambiente de la alta burguesía para internarse en una villa miseria. Con las actuaciones de María Vaner, Lautaro Murúa y Leonardo Favio, el film resultó demasiado fuerte para la época y provocó reacciones de rechazo.

A todo esto, Torre Nilsson ya se había instalado en el departamento de Callao y Las Heras junto a Beatriz, Marietta y Berta Eirin. “*Babsy* era muy celoso y la obligó a desprenderse de todos los regalos que le había hecho Julio Gottheil, incluso las joyas”, recuerda su sobrina Adriana Martínez Vivot.

“Leopoldo es mi vida. De las manos de mi padre pasé a las de él, de modo que no conozco otra forma de existencia que no sea con *Babsy*”, declararía muchos años después (9). Seguramente los celos de Nilsson hayan sido parte de la razón por la cual Beatriz decidió borrar a Julio de su pasado. Pero no la única: su caso es similar al de Marta Lynch, quien también tuvo un primer matrimonio que siempre negó. Al no existir en la Argentina de esa época el divorcio vincular, ni Marta pudo casarse con Juan Manuel Lynch, ni Beatriz con Leopoldo Torre Nilsson. Pero a diferencia de Silvina Bullrich -quien también pasó por una experiencia parecida- jamás se quejaron públicamente por esto, más bien trataron de ocultarlo.

Pese a su imagen de mujer libre y poco atada a los convencionalismos, Beatriz era sensible a la opinión de los demás. Le avergonzaba no poder presentar una libreta de matrimonio cuando se hospedaba con *Babsy* en los hoteles, y se las ingenió para obtener una libreta falsa. No una libreta cualquiera: “Una libreta de lujo, teniendo en cuenta las personalidades que está casando”, cuenta Elsa Osorio (10), y agrega que por el trámite no le cobraron un solo peso. La única condición fue que sólo la utilizaran cuando viajaran al exterior. Y ella, inusitadamente respetuosa, cumplió con su palabra.

NOTAS

- 1.- Diario *La Nación*, 2002.
- 2.- Revista *Confirmado*, 1966.
- 3.- Revista *Extra*, 1968.
- 4.- Diario *La Nación*, 1955.
- 5.- Diario *La Nación*, 2002.
- 6.- Diario *Tiempo Argentino*, 1985.
- 7.- Revista *Gente*, 1978.
- 8.- Revista *Gente*, 1967
- 9.- Revista *Radiolandia 2000*, 1978.
- 10.- Elsa Osorio, *Beatriz Guido*.

La marca en el orillo

Mientras Torre Nilsson filmaba *La casa del ángel* se publicó *La caída*, el siguiente libro de Beatriz. El hecho de que su novela anterior se estuviera filmando hizo que aumentara el interés.

“Asistía a las filmaciones, pero no por eso dejaba de escribir. Siempre estaba sentada en un rincón, escribiendo en sus cuadernos”, recuerda el escritor Horacio Salas.

Escribía en los sets, y Nilsson la estimulaba. “Una vez, mientras se estaba preparando una toma, la vi escribiendo. Las luces estaban apagadas y ella estaba sentada en una sillita baja, de paja, bajo una pequeña luz. Cuando empezó la filmación, dos técnicos levantaron la silla, uno de cada lado, y la llevaron a otra parte, con ella encima. Después llevaron la lucecita, que seguramente era un cable tendido para que Beatriz escribiera. Mientras se armó todo esto, ni siquiera levantó la vista del cuaderno”, recordó el crítico Claudio España. Ernesto Schoo le preguntó una vez cómo hacía para no perder un detalle de las filmaciones y escribir simultáneamente. “Soy bimotor”, le contestó.

La caída es la única de sus novelas en la que reconoció elementos autobiográficos, ya que la familia en la que está inspirada es la dueña de una pensión en la que vivió durante su estadía en Italia. Aquí aparece otro elemento que sería característico de su literatura: los jóvenes transgresores que viven bajo el influjo de un pariente ausente.

Es la historia de Albertina, una huérfana que abandona la casa de sus tías en San Nicolás para ir a estudiar Filosofía y Letras en Buenos Aires. Se instala como pensionista en la casa de una viuda enferma con sus hijos, criados al margen de las normas de la educación convencional. Sus convicciones morales comienzan a caer a partir de esa convivencia, que coincide con el descubrimiento de su sexualidad.

“Si bien sus novelas no poseen un *timing* fílmico, sí se puede apreciar una atractiva capacidad de representación de situaciones, relaciones entre el hombre y el paisaje, diálogos muy trabajados, entre otras características, que favorecen decididamente la conversión de su literatura en un relato fílmico”, comenta el crítico Daniel Capalbo, uno de los pocos que se dedicó a trabajar extensamente la obra literaria de Beatriz.

Nilsson filmó la adaptación de la novela en 1958 con las actuaciones de Elsa Daniel, Lautaro Murúa y Duilio Marzio. La llevaron al Festival de Berlín y sucedió lo mismo que en Cannes: no recibió ningún premio, pero sí importantes críticas. “En el Festival de Berlín vi cómo se movían en el panorama universal del cine. Ya eran ‘la pareja’. Ahí comprobé lo que significaba Beatriz. Era la cómplice, la amiga y la gran amante de Torre Nilsson”, recordó Duilio Marzio.

Ella nunca sabía cómo quedaría el guión que estaba escribiendo: sobre una sinopsis de pocas páginas, Nilsson sólo le pedía que desarrollara algunos diálogos y escenas aisladas. “Era una escritora sometida a los designios del director. Se había acostumbrado a no discutir, y así como intervenía en todo lo que significara la organización de una película, una vez que se comenzaba a filmar era como si ese fenómeno que ella había inventado pasara a la propiedad del otro. Las mejores películas de Torre Nilsson son las que ha hecho sobre libros de Beatriz. Se produjo una especie de simbiosis y entre los dos hacían uno, pocas veces he visto casos de seres tan autoprotégidos como esa pareja”, opina Manuel Antín.

Claudio España estuvo de acuerdo: “Yo creo que Torre Nilsson no hubiera podido filmar una sola película si no hubiera estado con ella. Y Beatriz tampoco hubiera escrito lo que escribió si no lo hubiera tenido a él”. Y agregó Ernesto Schoo: “La fusión estética de Torre Nilsson y Guido es tan estrecha, el intercambio entre letra e imagen es tan sutil, que ni el bisturí crítico más afilado conseguiría separar el aporte del uno y del otro. Lo concreto es que hubo un estilo. Los temas y la manera de encararlos llevan el sello inequívoco de la dupla Nilsson-Guido, la marca en el orillo” (1).

Así los recordó Rodolfo Mórtola, gran amigo y colaborador: “Beatriz miraba a *Babsy* y se babeaba. Durante las filmaciones, iba todos los días a la sala de proyección y todo le parecía maravilloso. Si alguien le decía que una toma estaba mal encuadrada o fuera de foco, contestaba: ‘No, no, no,

a mí no me importa. ¡Es genial! Se necesitaban a muerte, aunque eran totalmente opuestos. Esos seres no existen más, eran mágicos, únicos, cultos realmente y verdaderamente liberales. No tenían prejuicios, jamás lo escuché hablar prejuiciosamente de algo. Uno ama a muy poca gente, yo a ellos los amé”.

“¿Le gusta ver filmar a su marido?”, le preguntaron a Beatriz en un reportaje. “No solamente me gusta: toda mi admiración erótica hacia Leopoldo proviene del set. ¡Es increíble! Toda su formación, su acervo cultural, sus lecturas al amanecer, quedan al descubierto cuando él dirige”, contestó (2).

Beatriz era expansiva, simpática, abierta, mientras Nilsson era reservado y establecía una distancia con los demás, acrecentada por su imagen física. Corpulento, con gruesos anteojos, generaba una mezcla de admiración y temor. “Beatriz es más jovial que yo, mucho más vital. En cambio yo soy más racionalista. Lo que mantiene nuestra pareja es la complementación. Ni yo caigo en la depresión, ella no lo permite nunca, ni yo, que Beatriz caiga en sus delirios”, declaró en una oportunidad (3).

Ella había incorporado la literatura a su vida cotidiana y mentía constantemente. “Podía inventar las historias más atroces sobre la gente, pero en algún momento me di cuenta de que esta mujer, que era increíblemente mentirosa, no lo hacía por maldad sino para embellecer las cosas –dijo Ernesto Schoo-. Yo tuve una diferencia bastante grande con Beatriz y Torre Nilsson a raíz de una crítica que hice en *Primera Plana* a una de sus películas. Ese distanciamiento duró bastante tiempo, hasta que un día nos encontramos de casualidad en Madrid. Fuimos a comer a un restaurante cercano al estadio de fútbol y nos reconciamos. Cuando volví a Buenos Aires, supe que Beatriz había dicho que nos habíamos reconciliado en la tribuna donde habíamos presenciado el partido, y en la euforia del triunfo argentino nos habíamos abrazado. Me di cuenta de que había dicho esto porque es más pintoresco y teatral un encuentro en esas circunstancias que un simple encuentro en un restaurante”.

“Siempre atenuaba el dramatismo y el rigor de la vida de Leopoldo. Hay una historia que contaban a carcajadas: una noche, él se levantó de la cama para ir al baño, y aunque había prendido el velador, se fue tropezando con todo lo que encontraba en el camino porque no tenía los anteojos puestos.

Mientras estaba en el baño, oyó la voz de Beatriz que le decía:
`¿Viste, *Babsy*, que últimamente estás mucho mejor de la vista?' Era una mujer que sostenía", recuerda Manuel Antín.

Torre Nilsson no admitía críticas y Beatriz, con su habilidad para complacer a los demás, encajaba perfectamente en ese esquema. Lo llamaba "mi señor", "mi dueño", y se dedicaba a embellecer su vida. En las épocas en las que él pesaba más de cien kilos, le decía que jamás había estado tan delgado.

"Existía entre ambos esa complicidad literaria de saber fingiendo que no se sabía, y Beatriz, consciente de que su gran obra literaria sería Leopoldo, inventó un mundo para él. Ella le inyectó su mundo literario haciéndole creer que era de él", dice la biógrafa de Nilsson Mónica Martín.

Él le fue infiel innumerables veces, aunque jamás la abandonó. "Cuando el frenesí estallaba, salía en una loca carrera a la conquista del sexo opuesto. Cortejaba a sus actrices, seducía a las jovencitas, se encerraba en su oficina con `visitas` de la tarde, hacía regalos por doquier, montaba y desmontaba departamentos clandestinos. Casi nadie lo veía, pero muchos lo sabían y una de sus amantes quiso advertírselo a Beatriz. Ella se hizo la sorda", continúa Martín.

"Él conduce la pareja como conduce el set. En silencio. En misa. Él no pide, él no va a decir `me gustaría comer una ensalada de apio`. Él va a decir `qué rica aquella ensalada de apio que comimos esa vez`, entonces yo ya sé que quiere ensalada de apio. Él es quien digita los horarios, los trabajos, todo, pero en silencio. Y con una enorme ternura, que es la peor de las formas en que te pueden pedir las cosas. Siempre digo que es un lobo, porque si a vos te dicen: `¿Cómo es posible que no haya una ensalada?`, contestás: `No he tenido tiempo, no había apio, no pude comprarlo`. Entonces ese orden, esa calma y esa mansedumbre demuestran que la casa la maneja él. Yo hablo mucho –como me dicen, soy la *principessa del chantapufi*– pero la orden está dada por él. Yo sé que soy una estupenda mujer. Pero no sé cómo explicarlo, diría que soy una mujer digitada por él. No es casual nuestro encuentro", comentó Beatriz (4).

"Su marido la llamaba *principessa del chantapufi* porque era como que no vivía en serio, como que no tenía problemas, aunque los tenía. Nadie supo nunca de un problema de ella, siempre fue una persona al servicio

del prójimo. Más que vivir se deslizaba por la vida, no he visto en ella actitudes por las cuales uno pudiera decir que era un ser verdadero o real. Era como un personaje fantástico –continúa Manuel Antín-. Hay una anécdota que es tan cruel como divertida y muestra el tipo de personalidad por el cual se merecía el apelativo que le daba Leopoldo. Una vez organizaron una reunión en su casa y entre los invitados había una actriz judía. La madre de Beatriz era una persona totalmente antisemita y lo vociferaba permanentemente. Durante toda la noche no paró de hacer horribles críticas a los judíos y Beatriz no se atrevió a decirle nada, porque le tenía una veneración impresionante. ¿Cómo lo resolvió? Al día siguiente llamó a la actriz y le dijo: `Anoche viví una situación muy difícil y quiero explicarte algo que para mí es muy importante que vos sepas. Por favor no se lo comentes a nadie y mucho menos a mamá, porque mamá no está enterada: yo soy judía´.”

Graciela Borges recuerda una anécdota similar: “Una vez nos encontramos con una vieja actriz que nos dijo que no la llamaban a trabajar por ser judía. Ella miró para un lado y para el otro de la avenida Santa Fe y le susurró: `Quiero decirte algo que nunca te dije: yo también soy judía´.”

Sin embargo, en este caso la mentira terminó siendo verdad. “Berta Eirin era judía sefardí, y a la vez antisemita a rajatabla. Por supuesto que ocultaba prolijamente su origen e insistía en afirmar que su apellido era español. Pero era la imagen de la preciosa judía sefardí: muy blanca, pelo negro, enormes ojos también negros”, cuenta Angélica Gorodischer, quien después agrega: “De joven yo iba todas las tardes a lo de las Guido, menos los martes. Ese día iba a almorzar el tío Panchito y todo el mundo sabía que estaba medio loco, de modo que era muy incómodo que ese día hubiera en la casa alguien que no fuera de la familia. Tiempo después lo supe: el tío Panchito no sólo no renegaba de su origen, sino que además era empleado o funcionario de una entidad judía”.

Ismael Eirin, el tío Panchito, era hermano de Berta. Se reconocía como judío, se dedicaba al periodismo, y al igual que el tío Pepe, fue otro personaje peculiar que pobló la imaginativa infancia de Beatriz. La tradición familiar le adjudica un final trágico: aparentemente murió alcohólico, en un hospital.

Más allá de este episodio, lo cierto es que una de las estrategias de Beatriz para consolar a las personas consistía en compartir el protagonismo de la desdicha. “Una mañana se encontró con el abogado de Torre Nilsson, acompañado de su esposa en la confitería El Águila, donde ella iba diariamente con su hermana. La mujer estaba deprimida porque acababan de diagnosticarle un probable cáncer de mamas. ` ¡Pero no te hagas problemas! Yo también, cada vez que vuelvo de un viaje, contraigo un cáncer. Y después desaparece´. Para corroborarlo, se pellizcaba aparatosamente sus propios pechos”, cuenta Mónica Martín.

“A Beatriz Guido le gustaba decir que había empezado a ser novelista con su primera mentira. La palabra mentira, con sus connotaciones delictuosas, con su aura melodramática, respondía al gusto de Beatriz”, comenta el escritor Edgardo Cozarinsky (5).

Pero agrega Angélica Gorodischer: “No tengo nada contra la mentira. Creo incluso que puede hacer mucho bien, sólo que hay que saber dónde uno la pone. La narrativa es una mentira maravillosamente beneficiosa, ya que satisface una de nuestras necesidades fundamentales: que nos cuenten un cuento. Para mí eso es la mentira, pero para Beatriz era otra cosa. Entre los próceres y la actriz internacional, se diseñó una vida que no era real y la supo sostener a lo largo de los años”.

“Era muy fantasiosa. Le preguntabas algo y los primeros dos minutos era ella misma. Después empezaba a mezclar otras cosas, fantasías, risas, pero en los primeros dos minutos daba en la tecla. Había que estar atento a esos primeros dos minutos”, finaliza su sobrina Adriana Martínez Vivot.

NOTAS

- 1.- Diario *La Nación*, 2002.
- 2.- Revista *Gente*, 1970.
- 3.- Revista *Radiolandia 2000*, 1978.
- 4.- Revista *Gente*, 1978.
- 5.- Edgardo Cozarinsky, *El pase del testigo*, Emecé Editores, 2001.

Grupo de familia

En 1958 Beatriz publicó *Fin de fiesta*, novela con la que ingresó nítidamente en la temática histórico-política que continuaría a lo largo de toda su obra. Como en sus libros anteriores, está narrada desde un adolescente, pero en este caso se trata de un varón.

A partir de la muerte de sus padres durante el naufragio de un barco que los llevaba a Europa, Adolfo vive con su hermano y sus dos primas bajo la custodia de su abuelo Braceras, intendente de Avellaneda y senador nacional. El amor entre Adolfo y su prima Mariana, más la presencia de Gonzalo, un hijo ilegítimo de Braceras, contribuyen al clima transgresor, en un ambiente que entremezcla la hipocresía, el lujo y la decadencia de valores. La diferencia fundamental la constituye la figura del abuelo, inspirada en Alberto Barceló, el caudillo de Avellaneda. Allí aparecen la década del treinta, la corrupción política y el hampa al servicio del poder, y se introducen escenas como la sesión del Congreso en que interviene Lisandro de la Torre y es asesinado Enzo Bordabehere. La novela culmina el 17 de octubre de 1945, cuando las masas avanzan hacia Plaza de Mayo para apoyar a Perón. “Volvemos a empezar”, dice el protagonista, y ahí ya aparece el antiperonismo furioso que caracterizaría a Beatriz.

Nilsson filmó *Fin de fiesta* con las actuaciones de Arturo García Buhr, Leonardo Favio, María Vaner y Graciela Borges, a quien dirigía por primera vez. “Aunque *Babsy* quería mucho a Elsa Daniel y a todas las actrices, creo que yo era su favorita. Tenía dieciséis años la primera vez que trabajé con ellos, Beatriz me conoció de bebé y es una de las personas que más he querido en el mundo. ‘La gorda’, como le decía yo, fue alguien con quien conviví muchos años de mi vida. Una persona enormemente inteligente, con una gran capacidad para hacerse la torpe en algunos momentos. Si yo estaba mal me elevaba el alma, era una persona de absoluta luz”, recuerda Graciela Borges.

“En una época en que las mujeres del cine era muy prominentes, como Gina Lollobrigida, Sofía Loren y, en la Argentina, Isabel Sarli, Torre Nilsson trabajó con mujeres absolutamente planas, chicas que tratan de descubrir su sexualidad a lo largo de la película. En el intercambio entre Guido y Torre Nilsson está muy presente el cuerpo. Las novelas de Beatriz hablan mucho de su ocultamiento y del miedo de la mujer a asumirlo. Nilsson resume esto en las figuras de Elsa Daniel o Graciela Borges, y en ese sentido la literatura de Beatriz está muy presente”, comentó Claudio España.

Fin de fiesta se filmó en dos grandes casonas que consiguió Beatriz: la de Bullrich Saint, en Libertador y Tagle, y la de Pueyrredón Saavedra Lamas, en Las Heras y Agüero. En la función privada para mil quinientos invitados que se organizó en el cine Gran Rex, un grupo de partidarios de Barceló organizó una manifestación de protesta. Por eso en el estreno, en el Teatro Astor de La Plata, hubo policías en la puerta. Un grupo interrumpió la función gritando: “¡Mentira, es una infamia, viva Barceló!”, y otro le contestó con ataques al caudillo. Se debió interrumpir la proyección, y aunque Torre Nilsson y García Buhr pudieron hablar y cosecharon aplausos, la policía tiró gases lacrimógenos y hubo varios detenidos.

“Estaban también Leonardo Favio y María Vaner, que debieron refugiarse en la boletería del teatro. Después fuimos todos a comer al Jockey Club. Beatriz estaba encantada, todo ese escándalo le parecía fascinante”, recuerda Oscar Barney Finn. Al día siguiente el dueño de la sala decidió cambiar la programación, pero los productores presentaron un recurso de amparo y el film siguió en cartel, con custodia policial.

La próxima película fue *Un guapo del 900*, el primer intento de Torre Nilsson por acercarse a un público masivo. La protagonizaron García Buhr, Elida Gay Palmer, Duilio Marzio, Lydia Lamaison y Alfredo Alcón, por entonces un actor de poca trayectoria que a partir de allí sería infaltable en su cinematografía. *Un guapo del 900* y *Boquitas pintadas* fueron los únicos films de Nilsson en los que Beatriz no participó de alguna manera en el guión.

Durante el rodaje murió Leopoldo Torres Ríos. La pérdida fue enorme y se sumó a la muerte de Ángel Guido, que sucedería un año después.

Se mudaron a un departamento más grande, en Santa Fe al 1600, donde pudieron albergar los muebles y objetos de arte de la casa de Rosario, que fue vendida. Así fue que pasaron a dormir en la cama de Fray Mamerto Esquiú y a vivir rodeados de abanicos, espejos labrados, altares barrocos y ángeles de todo tipo. “Ella tenía muchos ángeles en su casa, una colección muy bonita, y a cada uno le inventaba una historia”, recuerda Horacio Salas.

A *Babsy* no le gustaba salir, pero sí invitar. Constantemente armaban reuniones con productores, actores, y a veces escritores. El tono era muy informal: llamaban al almacén de enfrente, pedían algo de comida y así se armaba.

Berta, la madre de Beatriz, siempre vivió con la pareja. “Nunca sentí que fuera una imposición de Beatriz que la madre viviera con ellos. A Nilsson le gustaba estar siempre rodeado de gente, saber que en la sala había tres o cuatro personas charlando con Beatriz. Él iba a su cuarto, se daba una ducha y después volvía”, cuenta Edgardo Cozarinsky.

Mucha gente recuerda a ese curioso personaje que fue Berta Eirin:

- “Una vez fui a visitarlos y de pronto, por una puerta enorme, apareció vestida con una especie de desahabillé, con un vaso de whisky en una mano y un cigarrillo en la otra” (Oscar Barney Finn).
- “Berta fumaba mucho. Beatriz le decía: ` ¡Nos vas a dejar huérfanas!´ Un día la llevó a Luján para que frente a la Virgen prometiera que no iba a fumar más. A la vuelta, en el auto, la madre le dijo: ` ¡Tenés que ser novelista para que se te ocurran estas cosas!´ En realidad estaba encantada con su hija novelista, las relaciones eran siempre muy divertidas porque Berta tenía mucho sentido del humor” (María Angélica Bosco).
- “Era maravillosa. Una señora grande que piropeaba a los chicos por la calle. ` ¡Adiós bombón!´, les decía” (Diego Baracchini).
- “Tenía una presencia teatral. Por su manera de gesticular, de moverse, cada lugar en que aparecía se convertía en un escenario. Podía recibir a cualquier visitante ocasional recitando a García Lorca (`verde que te quiero verde´) ataviada con una bata de terciopelo. Generalmente vestía

de negro o colorado, siempre muy maquillada para su edad” (Edgardo Cozarinsky).

· “Tenía salidas realmente extraordinarias. Una vez organizaron una reunión y se presentó Mirtha Legrand, envuelta en un manto con flecos. Sin darse cuenta, Mirtha hizo un ademán y los flecos barrieron con un jarrón hispanocriollo de la colección del arquitecto Guido. Desde la otra punta del salón, doña Berta le gritó: ` ¡Chica, más cuidado, eh!´ Y en ese momento Mirtha ya era todo un personaje. El cineasta Fernando Birri me contó que una vez que fue a dar unas charlas en Rosario, se alojó en casa de los Guido. Una madrugada tuvo que levantarse y atravesar la sala. Mientras lo hacía, en la penumbra, escuchó una voz que le decía: ` ¿Adónde vas, muchacho?´ Era la madre de Beatriz, que estaba recostada en un sofá, tomando whisky en combinación. Fernando se quedó paralizado y ella le dijo: ` ¿Qué te creés, que soy una estatua?´” (Ernesto Schoo).

Entre todas las cosas que le preguntaban a Beatriz en los múltiples reportajes que le hacían, una vez le preguntaron si se teñía el pelo. “Siempre –contestó-. No recuerdo ninguna época en que no me lo haya teñido. Creo que la primera vez fue a los ocho años. Me tiñó mi mamá. Yo tenía el pelo negro y me lo tiñó de negro. Ella decía que a la realidad había que agregarle un toque de fantasía” (1).

“Mi abuela era muy vaga y Beatriz la cuidaba como a una hija –recuerda Adriana Martínez Vivot-. Estaba todo el tiempo en cama y como *Betty* le decía que se levantara, inventó una manera: ató una soga a los pies de la cama y tiraba de la soga para levantarse. A nosotros, sus nietos, nos dejaba hacer de todo. Saltábamos alrededor de su cama mientras ella ponía una grabación de García Lorca y nos decía: `Reciten, reciten´. Era una frustrada, en el fondo hubiese querido ser como Lola Membrives”.

Sus hermanas, Tata y Beba, se habían casado poco después de que Beatriz lo hiciera con Julio Gottheil. Tuvieron dos hijos cada una casi al mismo tiempo (Tata, a Mario y Alejandro Caprioglio, y Beba, a Adriana y Marcela Martínez Vivot) y se divorciaron con poca diferencia. Desde ese momento, Beatriz se hizo cargo de ellas y de sus hijos. “Al no tener hijos se dedicó mucho a nosotros, sus sobrinos –continúa Adriana-. Además, como era la hermana mayor,

también fue un poco madre de su madre y de sus hermanas. Era una madraza”.

“Fue una especie de pilar para nosotros, éramos como los hijos que nunca tuvo. Vivía pendiente de nosotros y de *Babsy*, y en algún sentido competíamos con él”, agrega Mario Caprioglio.

Tata había estudiado pintura y dibujo en la Escuela de Bellas Artes de Rosario y en la Escuela Superior Ernesto de la Cárcova. Expuso en varios países y hasta ilustró la tapa de un libro de Beatriz, *Escándalos y soledades*, pero su salud se fue deteriorando y finalmente abandonó. Era una persona con tendencias depresivas, incapaz de asumir responsabilidades, y a raíz de la medicación que recibía se volvió drogadependiente. Varias veces debió internarse.

“Cuando mamá se separó tenía algo más de cuarenta años, empezó un régimen para adelgazar y tomaba unas pastillas muy excitantes. Era muy malcriada e hipocondríaca, había toda una patología en ella. Todo esto tiene que ver con su depresión y su dolor, los problemas de jaquecas se le fueron haciendo cada vez más crónicos. No podía tomar contacto con su realidad y su separación”, continúa Caprioglio.

“Beatriz quería mucho a su hermana Beba. Con Tata no se llevaba tan bien, a veces decía que era la mujer más malvada del mundo”, recordó Ernesto Schoo. Y María Angélica Bosco puso en duda lo que Beatriz le contó una vez: “Ella adoraba a Beba, pero nunca se llevó demasiado bien con Tata. Me contó que había intentado suicidarse varias veces tirándose por el balcón. Que una vez había caído sobre un toldo y otra sobre el capot de un coche, y el hombre que estaba adentro había muerto de un infarto. Era muy novelesca”.

Sin embargo, la historia es real. “Cuando yo tenía diecisiete años, mamá empezó a tener intentos de suicidio –cuenta Mario Caprioglio-. El primero fue cuando vivíamos en un primer piso en Quintana y Montevideo, cayó en el jardín de la planta baja y no le pasó absolutamente nada. Recuerdo que yo estaba con unos amigos y de pronto apareció con el camisón todo manchado de barro, me dio mucha vergüenza. En ese momento, todo lo que pasaba con mamá era algo que queríamos esconder. Con Beatriz tomábamos la tragedia con humor, hacíamos chistes y nos reíamos, pero frente a los demás, mamá pasó a ser alguien a quien había que ocultar”.

Al igual que el tío Panchito, a quien nadie debía ver porque reconocía que era judío, Tata pasó a ser una persona que debía ocultarse. El tema está relacionado con la literatura de Beatriz, donde frecuentemente aparece un personaje que se debe esconder, como el supuesto opa que es ocultado en un altillo en *La mano en la trampa*.

“¿Acaso algún pariente suyo ha sido adefesio, opa, enano? ¿Cómo explica la reiteración de esos monstruos entre los personajes de sus libros?”, le preguntaron en un reportaje. “Ningún familiar fue retardado. Es como una venganza personal. Esa búsqueda en ese mundo de fenómenos responde a una fascinación un poco perversa, pero muy particular: el opa, la enana, son los monstruos del prejuicio, los utilizo como parábolas”, respondió (2).

“El episodio del primer piso fue el primer síntoma de intento de suicidio de mi madre –continúa Caprioglio-. Recuerdo un día en que llegué del club, encontré una ambulancia en la puerta de casa y vi la cara de mamá a través del vidrio de la ventanilla. Y después, el lavaje de estómago. Nos mudamos a varios lugares hasta que nos instalamos en Arenales al 1200. Lamentablemente era un piso más alto. Cuando *Babsy* se enteró, dijo con un humor bastante negro: ‘La próxima vez llévenla a un octavo piso, para que no falle’. Porque mamá causaba un malestar económico y afectivo a toda la familia”. Tata se arrojó de ese sexto piso y debió ser internada en el Hospital Alemán, donde estuvo en coma con todos los huesos rotos, y le sacaron un pulmón.

Cuenta Elsa Osorio: “Lo que pasó desde el momento en que se tiró hasta que fue conducida al Hospital Alemán se ha contado de diferentes maneras que en el único punto en que coinciden es en lo ‘divertido’ del episodio. ‘Pegó primero en un techito de un negocio que había abajo, después en el techo de un colectivo que pasaba, así fue amortiguando el golpe y no se mató, pero el tipo del Peugeot que pasaba al lado murió de un síncope. Cuando el colectivero sintió un golpe sobre el techo, hizo bajar a todos del colectivo. Al verla, le quedó todo el pelo blanco del susto’. ‘Beatriz contaba que un familiar se había tirado por el balcón y que en el camino habían muerto varios menos la suicida: una pareja que estaba en un Fiat donde cayó el cuerpo, un viejito que estaba en el balcón, y al verla caer le dio un infarto’. ‘Ella se tiró de un cuarto o quinto piso, y uno de los hijos, que estaba estudiando frente a la ventana, ve caer una cosa: era la

madre. No sólo le dio un soponcio al hijo, sino que al caer sobre un toldo, mató al portero de la casa, que estaba abajo´. ` Dos pisos debajo de donde se tiró Tata vivía un viejito que había tenido un infarto. Qué lindo día, lo sacamos a papá al balcón, dijeron los hijos. El viejo ve pasar a Tata y de la impresión se queda seco, se muere. El portero estaba justo en la puerta, la ve caer sobre un coche, inmediatamente, le queda el bigote blanco´. `Cayó sobre el coche del dueño de Canale, y después, durante un tiempo, le mandaban a Tata a fin de año una caja de marrón glacé y una tarjeta: Eternamente agradecidos, los herederos´´ (3).

“Era extraordinario cómo lo contaba Beatriz: `Había quedado una chinelita de Bertita, yo agarré esa chinelita y me la llevé al corazón diciendo ¡la chinelita, la chinelita! Y esta mujer malvada, en lugar de morirse aplasta a alguno en el camino´. Mostraba facetas opuestas en simultáneo, como una pintura cubista”, continúa Ernesto Schoo.

“MI tía Berta estaba tomando un medicamento que según después se comprobó, le provocaba tendencias suicidas. No podía estar sola, la chica que la cuidaba se distrajo y se tiró de un sexto piso. Rebotó en un toldo, después en el capot de un coche y luego en la calle. El portero sufrió un ataque al corazón y el quiosquero del toldo quedó epiléptico y con parálisis facial. El dueño del coche quedó en un estado de shock tan fuerte que tal vez haya muerto, no lo sé, aunque *Betty* aseguraba que sí. Para los hijos de Berta fue muy duro, sin embargo se mataban de risa porque Beatriz logró transformarlo en algo maravilloso”, dice Adriana Martínez Vivot.

“A partir de ese episodio a mi mamá empezamos a decirle `Batman´. Yo me casé en esa época y al salir de la iglesia fuimos vestidos de casamiento al Hospital Alemán. Estaba enyesada de punta a punta, y festejamos con los médicos y las enfermeras”, continúa Mario Caprioglio.

“Todas las cosas dramáticas que pasaron en nuestras vidas, a partir de Beatriz se hicieron divertidas. Tenía la capacidad de transformar lo negativo en positivo. Desde chiquitos nos vimos involucrados en situaciones bastante difíciles, y sin embargo no las vivíamos del todo así. Nosotros crecimos alrededor de su fantasía, siempre estaba riendo a carcajadas y nos aconsejaba que nos rodeáramos de gente que tuviera buen humor. Nos decía ` ¡Chicos, el humor es lo que salva la vida!´ “, agrega Adriana Martínez Vivot.

“Nos apoyaba en la felicidad, en ser felices, en disfrutar y estar bien. Constantemente nos decía: ` ¿Qué quieren? Les doy lo que quieran. Ustedes son lo mejor que tengo´. Recuerdo cuando nos llevaba a la confitería *La París*. En esa época yo tendría alrededor de cuatro años y éramos tremendos, nos sacábamos los pantaloncitos y corríamos desnudos, las señoras que tomaban el té empezaban a los gritos. Cuando teníamos entre diez y doce nos invitó a mi hermano y a mí a Mar del Plata. Nos compró unas cañas para pescar enormes y en el hotel dormíamos con ella en la cama grande, a la mañana aparecía el mozo con un desayuno espectacular. También compartimos algún verano en Punta del Este. Yo tenía quince años, íbamos al casino y *Babsy* me ponía fichas en el bolsillo para que jugase a tercera docena”, recuerda Mario Caprioglio.

“Nos daba consejos, trataba de formarnos, le gustaba conocer a nuestros novios y opinar –continúa su sobrina-. Creía que estar enamorado era fundamental, pero si el matrimonio no funcionaba había que separarse. `Cuando sentís la llave en la puerta y es tu marido, tenés que alegrarte. Esa sensación tiene que ser buena. Si no olvidate, no hay nada más´, nos decía. Defendía mucho a la mujer, opinaba que tenía que estar muy preparada en la vida e ir a los hechos, como los hombres. Con los años me di cuenta de que, aunque parecía tan amorosa, cuando quería algo era una topadora. Era una persona muy firme, entraba y arrasaba. Conseguía lo que quería”.

Con los hijos del primer matrimonio de Torre Nilsson la relación no fue tan fácil. “La madre de los chicos no permitió que ninguno de nosotros los viera durante algunos años”, recuerda Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini, una de las dos hermanas de Leopoldo.

Aunque el menor, Pablo Torre, no quiso hablar para este libro, sí lo hizo el mayor, Javier. “Tengo imágenes muy vagas de Beatriz durante mi infancia, recuerdo muy claramente un día que me compró un helado, pero no mucho más. El vínculo se rompió durante unos años y se retomó en mi adolescencia –dijo-. Sin embargo, ella privilegiaba absoluta y desproporcionadamente a sus sobrinos, quienes tenían beneficios que me disgustaban. Cuando viajaban, los mejores regalos eran para ellos. Beatriz nos sacaba los regalos que traía mi padre de Europa y se los daba. Además, gastaban sumas de dinero muy superiores a las que gastábamos nosotros. El caso de los Caprioglio es distinto, ellos sufrieron mucho y eran

más humildes. Pero las Martínez Vivot eran las paquetas de la familia y a mi hermano y a mí nos miraban como advenedizos. Beatriz tuvo algunas buenas actitudes conmigo: me enseñó a manejar, y cuando empecé Filosofía y Letras me regaló un montón de libros. Pero era muy evidente que sus preferidos eran sus sobrinos. Si estaba charlando conmigo y llegaba uno de ellos, me dejaba pagando. Por otra parte, como nosotros adorábamos a nuestra madre, Beatriz se molestaba y hasta llegó a decir cosas muy desagradables. A veces se creaban climas muy tensos, sin embargo, nunca hablé de esto con mi padre. Él era magnánimo y generoso, pero había cosas que no podías decirle. Era un hombre que intimidaba”.

NOTAS

- 1.- Revista *Gente*, 1979.
- 2.- Revista *Extra*, 1968.
- 3.- Elsa Osorio, *Beatriz Guido*.

La mano en la trampa

Los siguientes films de Nilsson fueron *La mano en la trampa* y *Piel de verano*, basados en una *nouvelle* y un cuento de Beatriz que se publicarían en su libro *La mano en la trampa*. La oligarquía decadente, los miedos adolescentes, las fantasías sexuales y la educación represora vuelven a aparecer en estos textos.

La mano en la trampa está basada en un hecho verídico que sucedió en San Nicolás. La protagonista es Laura, una joven pupila en un colegio religioso que pasa sus vacaciones en el casco de una estancia, única posesión que conserva la familia. Allí vive su madre viuda junto su tía -por la debacle económica ambas trabajan como modistas- y un misterioso opa escondido en el piso alto. Laura descubre que el opa es en realidad Inés, otra tía suya a la que mantienen encerrada desde que la abandonó su novio, Cristóbal Achával.

Con las actuaciones de Elsa Daniel, Francisco Rabal, María Rosa Gallo y Leonardo Favio, *La mano en la trampa* se filmó en Adrogué con gran despliegue. Antes de estrenarse en Buenos Aires se exhibió en el Festival de Cannes, donde ganó el Premio de la Crítica Internacional. Fue la primera vez que un film argentino ganó un premio en Cannes.

Piel de verano se filmó en el Hotel San Rafael de Punta del Este, con las actuaciones de Alfredo Alcón y Graciela Borges. En el cuento la acción transcurre en una quinta de Adrogué, donde Marcela es visitada por su abuela, una anciana elegante que mantiene una relación con un hombre de fortuna. Al borde de la pileta, le propone a su nieta un trato singular: a cambio de la colección completa de vestidos de *Madame Henriette* y un año de estadía en un departamento de la *Avenue Kléber* en París, deberá simular estar enamorada de Martín, el hijo de su amante, que padece una enfermedad terminal.

A poco de estrenarse, el film fue presentado en el Festival de Venecia. “Viajé con ellos a muchísimos festivales, tanto es así que siempre que llego a un aeropuerto pienso que va a aparecer Beatriz. La sigo

extrañando en los viajes, en los festivales –prosigue Graciela Borges-. Le tenía tanto miedo a volar que podía llegar a tomar cinco litros de *champagne*, aunque jamás bebía. En Venecia, nos hizo creer a *Babsy* y a mí que se había enamorado de ella el autor de *Mister Magoo* (1). Lo saludaba de lejos y yo me daba cuenta de que él apenas si le contestaba, pero ella decía: `Ahí está... está tan enamorado de mí'. *Babsy* le rogaba: `¡Beatriz no hagas más eso, no lo saludes así!', pero ella insistía: `Ahí está, ahí se acerca. ¡Está tan enamorado de mí!' Nunca se quejaba, siempre se reía, lo celaba mucho a Leopoldo y él también a ella. Eran una perfección de pareja, hasta en la imperfección”.

En el Festival de Venecia tuvieron oportunidad de codearse con Jeanne Moreau, Alan Resnais, Alain Robbe-Grillet, Vittorio De Sica y otras celebridades. Luego, durante el *London Film Festival*, el *British Film Institute* seleccionó a Torre Nilsson entre los diez mejores directores del mundo.

Antes de volver a Buenos Aires, pasaron por Madrid. Beatriz aprovechó para pasear por *El Rastro*, uno de sus lugares preferidos, y comprar collares, broches, aros y todo tipo de adornos. Volvió a Buenos Aires con una valija que contenía dieciséis kilos de *bijouterie*.

NOTA

1.- *Mister Magoo* era un popular personaje de una serie de dibujos animados de los años 60, cuya característica principal era ser corto de vista.

Vivir apostando

Después de *Piel de verano*, Nilsson filmó *Setenta veces siete*, adaptación de dos cuentos de Dalmiro Sáenz que ya se habían publicado con enorme éxito. El productor contrató a Isabel Sarli, quien interpretaría a una prostituta, y fue ella quien eligió a Leopoldo como director.

La apuesta era fuerte y Beatriz colaboró en el guión. Se filmó en Bariloche entre grandes vicisitudes: una huelga de trenes dejó a la ciudad sin turistas, había vientos de ciento veinte kilómetros por hora, y fundamentalmente, Isabel no soportaba la ausencia de Armando Bo, que estaba en Buenos Aires filmando *Pelota de trapo*. Aunque el galán, Francisco Rabal, se empeñó en conquistarla, ella se negaba a aparecer desnuda y a que la tocaran otras manos que no fueran las de su amado Armando. “Yo siempre fui fiel a Armando, a mi madre y a Perón”, repetía la Coca ante la desesperación de Torre Nilsson, que no podía lograr la menor escena erótica. Beatriz logró convencerla y finalmente accedió a besar a Rabal -el único hombre al que besó en el cine- aunque eso fue todo lo que pudo conseguirse. Cuando volvieron a Buenos Aires, Nilsson le rogó a Bo que prestara sus manos para acariciar a Isabel en cámara simulando las de Rabal, pero no lo logró.

Pese a las expectativas, el film no tuvo demasiado éxito. Sin embargo, Leopoldo logró venderlo en los Estados Unidos, donde se estrenó con el título de *The Female*, y con el agregado de escenas eróticas protagonizadas por una doble. Isabel le inició entonces acciones judiciales. “No sólo viola el convenio sino que además me veo desfavorecida estéticamente porque la persona que allí aparece –a quien nunca se le ve el rostro en primer plano- no posee los atributos físicos que me han hecho famosa. Lógicamente ahora está cobrando una suculenta suma de dólares y yo he sido defraudada en mi moral, en mi confianza. Mientras yo ignoraba estos sucios manejos, en Estados Unidos los espectadores, viendo a una mujer desnuda, pensaban que se trataba de Isabel Sarli. Torre Nilsson se llevaba los dólares y yo la mala reputación”, declaró.

Nilsson se defendió diciendo que los culpables eran los distribuidores norteamericanos, y que las quejas de Isabel le sonaban a publicidad barata. “Mi abogado me aconsejó pleitear a Isabel Sarli por injurias, pero esto me fatiga mucho y yo tengo otras cosas que hacer”, dijo. “Si no tuvo nada que ver con la adulteración, que demande al culpable. Volveré a filmar con Armando Bo, que es el único que sabe utilizarme”, remató Isabel (1).

Fue entonces cuando decidieron que el departamento de Santa Fe al 1600 les quedaba chico y se mudaron a un gran piso en la plaza San Martín, que le alquilaron al dirigente peronista Jorge Antonio. En realidad, eran dos departamentos unidos por una puerta. En uno vivían Leopoldo y Beatriz, y en el otro, su madre y su hermana Beba, que acababa de separarse, con sus dos hijas. Allí se instalaron con sus ángeles, sus santos y sus abanicos. Frecuentemente comían ostras en la enorme terraza, mientras bebían *champagne*.

Leopoldo Torre Nilsson fue siempre un jugador compulsivo. Desde joven concurrió al hipódromo junto a su padre, quien también jugaba. Los fines de semana partía hacia Palermo, La Plata o San Isidro: apostaba todo lo que tenía y a veces, entre carrera y carrera, volvía a su casa para ver si le quedaba algo de dinero para seguir jugando. Todos los lunes empeñaba los prismáticos para pagar las deudas, y el viernes los volvía a recuperar. Más adelante, llegó a ir al hipódromo en su *Mercedes Benz* para terminar volviendo en un *Renault* prestado. Entre sus amigos circulaba el chiste de que si veía dos cucarachas corriendo, levantaba apuestas.

Beatriz pronto comprendió que esta pasión de Leopoldo era parte de su identidad. Frecuentemente lo acompañaba al hipódromo, y cuando él estaba filmando, hacía cola en las ventanillas para que *Babsy* no dejara de apostar por ninguno de sus pálpitos. Aunque no jugaba, en cierta forma era cómplice de una situación que encajaba perfectamente con su modo de vida.

Una vez, durante un viaje a Madrid, Nilsson volvió al hotel donde se hospedaban: había perdido en el casino y sabía que Beatriz guardaba dinero en su habitación. Como sabía que ella estaba preparándose para una entrevista, entró en una cabina telefónica y la llamó imitando la voz del periodista. Así, cuando Beatriz bajó al *hall*, aprovechó para subir y sacar la plata. En otra oportunidad en que Leopoldo estaba muy

endeudado, ella cobró una suma importante por los derechos de una novela. Cuando él llegó a su casa, lo sorprendió desde detrás de la puerta revoleando cientos de billetes por el aire.

“La mamá de *Babsy* siempre me decía: `Beatriz quedate, no lo acompañes a las carreras, así le dan celos y se queda´. Pero yo le decía: `No, May, no vale la pena, una cosa así no haría más que crear resentimientos´. Después de todo, nadie puede cambiar la naturaleza de un hombre”, comentó (2).

“Mamá sufría muchísimo por este problema de Leopoldo - recuerda May Torre Nilsson de Nosedá, la segunda hermana de Leopoldo-. Le preocupaba su falta de previsión, el hecho de que a cada rato se quedase sin nada. Constantemente lo ayudaba. Sin embargo, cuando él murió me dijo: `Si hubiese sabido que iba a morir tan joven no me habría preocupado tanto´”.

Vivieron momentos duros y momentos de esplendor, aunque en las épocas difíciles siempre se esforzaron por mantener las apariencias. En los viajes citaban a los productores en los mejores hoteles, aunque debieran hospedarse en uno más barato de la otra cuadra. Comentando un viaje a Nueva York, dijo Beatriz: “Vivíamos detrás del *Waldorf Astoria*. Siempre vamos cerca de los grandes hoteles, así aprovechamos las paradas de taxi y todas las comodidades” (3). Las vicisitudes no se debían sólo al juego: también apostaron en el cine, y no siempre con éxito. Con algunas películas ganaron fortunas, y con otras lo perdieron todo y debieron volver a empezar.

Cuando entraba dinero lo destrozaban. Compraban casas y coches despampanantes, hacían regalos costosísimos. “Cuando cumplí dieciocho años me regalaron un *Jaguar* convertible. ¡No me olvido más! Yo hacía una vida irreal. Nuestros amigos tenían campos y propiedades, pero en cuanto a lo que teníamos en el bolsillo, los ricos éramos nosotros. Yo invitaba, tomaba taxis. Todos iban en ómnibus y nosotros, casi siempre en taxi”, recuerda Mario Caprioglio.

“Nos llevaba a tomar el té a El Águila, el Plaza o el Alvear, y después salíamos de compras. De chicos nos compraba juguetes, y cuando empezamos a crecer, ropa, cremas y perfumes. Cuando tenía plata nos daba cuenta libre en *Harrods*, y cuando no, nos compraba en *Cambalache*,

un lugar de cosas usadas. No podía con su genio, algo nos tenía que comprar”, agrega Adriana Martínez Vivot.

En los períodos difíciles apelaban a los recursos más variados: mudanzas, prestamistas, venta de las piezas de arte de Ángel Guido. “Cambiaron mucho de casa porque tenían mucho o no tenían nada. Vendían, cambiaban, alquilaban. Y Beatriz iba perdiendo piezas de la colección de antigüedades de su padre, o porque las ponía como vales en las películas, o porque estaban en prenda, o porque tenían una hipoteca y de pronto las tenían que vender”, recuerda Oscar Barney Finn.

También tenían ideas más originales. Cierta vez, mientras esperaban que les entrara el dinero de un film, Torre Nilsson le pidió a Beatriz que retirara un *Rolex* en la joyería Ricciardi, donde tenía sus contactos. “Ella agarró la cartera y tomó un taxi. En vez de traer uno, pidió diez relojes. Empeñó ocho en el Banco Municipal, y con esa plata vivieron hasta la premier. Los otros dos, los regaló”, continúa Mónica Martín. Cuando recibieron la primera recaudación, Beatriz recuperó los ocho relojes, los puso de nuevo en sus estuches y los devolvió a la joyería.

Más adelante, cuando Nilsson se decidió por un cine más comercial y filmó *El santo de la espada*, estaba tan convencido del cambio que se operaría en su fortuna que le pidió a Beatriz que comprara varios relojes de oro en Antoniazzi Chiappe para repartir entre sus amigos y los pusiera en su cuenta. Si le decían que era un imprudente, contestaba: “*El santo* va a ser un éxito”. No se equivocó: el film fue uno de los mayores éxitos comerciales del cine nacional.

El día del estreno de un film posterior, *La mafia*, se corrió el rumor de que los Nilsson invitaban a un puchero en *El Tropezón*. Fueron ciento cinco personas, y a la hora de pagar, Leopoldo llamó al dueño del restaurante: “*La mafia* va a ser un éxito seguro, le dejo un cheque y lo cobra el lunes”, le dijo.

“Leopoldo hizo todo lo que hizo porque era un jugador –reflexionó Rodolfo Mórtola-. Por eso era tan tranquilo en todo, porque realmente tenía la psicología de un jugador. No tenía paciencia y siempre necesitaba plata, era una forma de trabajar. Yo creo que si no hubiese jugado no habría hecho cine. Porque él quería ser escritor, pero como tenía necesidad de dinero, tenía que hacer películas. Pedía prestado

constantemente y hasta era amenazado. Una vez lo atropelló un camión, al parecer, la mafia lo atropelló porque debía plata. Vivía en ese límite que nadie conocía. Cuando estábamos filmando a veces me decía: `Bueno Rodolfo, termine usted esta escena que nos vamos´, y se iba con Beatriz al hipódromo. Beatriz lo acompañaba a todos lados. Si le hubiera pedido que lo acompañara al infierno, ella le hubiese dicho: `Encantada, mi amor´”.

A Torre Nilsson siempre le interesó la literatura. A los veintitrés años publicó un libro de poemas, *Tránsito de la gota de agua*, y al poco tiempo filmó un cortometraje, *El muro*, basado en un cuento propio. Después de *Días de odio* escribió algunos cuentos y poemas que quiso publicar en la revista *Contorno*, pero su director, Oscar Masotta, los rechazó. Sepultó entonces su proyecto literario y siguió filmando, fundamentalmente las novelas y cuentos de Beatriz. Ella lo estimulaba para que siguiera escribiendo, pero él prefería dedicar sus energías no sólo a filmar, sino a ganarse un lugar en la industria cinematográfica.

En el libro *Leopoldo Torre Nilsson. Una estética de la decadencia*, publicado por el Museo del Cine y el Instituto Nacional de Cinematografía, la especialista María del Carmen Vieites compiló textos de diversos autores que analizan su obra literaria y cinematográfica. “Su enconada lucha para pasmar libremente –aunque no siempre lo consiguiera- su lectura de la historia de un país cerrado, asfixiante y castrador, que sufrió en carne propia, es digna de ser revisada en estos desesperanzados, inciertos y difíciles tiempos que nos toca vivir”, apunta en el prólogo.

“En el tiempo en que tomé conciencia de que el cine podía ser receptáculo de las cosas, es decir, cuando dejé de pensar que la literatura iba a ser el vehículo de mi imaginación, tropecé con un mundo de productores, lejano, inaccesible, un mundo de estudios que apenas podían ser visitados, un mundo de actores que no iban a aceptar indicaciones de un hombre demasiado joven, un grupo de técnicos que las sabía todas y estaban llenos de convenciones, llenos de prejuicios que muy difícilmente iban a transigir con las audacias que aportara un cineclubista. Así llamaban, en un tono más o menos despectivo, a los que veníamos de una cultura cinematográfica formada por los cineclubes”, dijo Torre Nilsson en una conferencia en la Cinemateca Argentina.

Sus primeras películas eran consideradas cine de culto, dirigidas a un público en cierta forma selecto y restringido. Cuenta Claudio España: “Yo

vivía en Luján, y allí sus films no tenían la misma acogida que en Buenos Aires. La gente los detestaba, y en la Basílica, donde siempre había un cuadrito con las recomendaciones cinematográficas de la semana, figuraban como `malos´ o `reservados´. Era un modo de calificar también a Beatriz Guido. Beatriz hizo una interpretación de la historia argentina a partir de una especie de historia propia, una especie de autobiografía de la adolescencia donde retrata a una chica que bien podría ser ella, o el personaje que soñó ser. Torre Nilsson convirtió esto en una poética propia. Beatriz y Leopoldo se asocian en una suerte de guiño, ellos sabían que escandalizaban a la sociedad bien pensante. Porque esas películas, más que reproducir lo que los ojos de los protagonistas ven, reproducen los ojos de los protagonistas. Es decir, construyen la mirada y no lo que ven. A esos ojos les temía la sociedad bien pensante de los años cincuenta. Uno de los grandes hallazgos de Torre Nilsson es que maneja como nadie el estilo indirecto libre. Trabaja siempre desde la mirada del espectador, pero en esa mirada incluye la mirada interior de los personajes. Fue Beatriz, desde su literatura, quien le dictó ese estilo de trabajo. Siempre fue muy cinematográfica, narraba en imágenes y uno sentía que había un intercambio notable entre lo que ambos construían. El Cupido que los enamoró fue el estilo indirecto libre”.

“Yo creo que el cine es un arte tanto o más eficaz que la literatura. Cuando él hace una novela mía yo me entrego. Cierro los ojos cuando los capítulos desaparecen y él convierte el idioma literario en idioma cinematográfico”, declaró Beatriz (4).

El dibujante Hermenegildo Sabat les dedicó una maravillosa caricatura, como lo hizo con tantos otros personajes. Allí, Torre Nilsson aparece como una figura enorme y poderosa que cobija a una Beatriz pequeña en sus descomunales brazos.

NOTAS

- 1.- Mónica Martín, *El gran Babsy*, Editorial Sudamericana, 1993.
- 2.- Entrevista de Rodolfo Rabanal.
- 3.- Revista *Confirmado*, 1966.

4.- *Torre Nilsson y su pasión*, video realizado por Oscar Barney Finn para ATC.

Una gran frustración

Después vendría la adaptación de *Y murieron en la hoguera*, una obra de teatro de Beatriz que no se había estrenado en la Argentina sino en México. El film se llamó *Homenaje a la hora de la siesta*, se filmó con capitales brasileños y franceses, y no logró el éxito esperado. Pero Torre Nilsson ganó tanto dinero en el hipódromo carioca de Gavea, que al regresar al hotel lo desparramó por toda la habitación. “Parecía una escena del Tío Patilludo zambulléndose en una pileta repleta de billetes”, comentó después Beatriz (1). La paraguaya Marietta ya no les pareció suficiente y volvieron a Buenos Aires con un valet negro al que despidieron unos días después, ya que creyó haber sido contratado para todo servicio y quiso propasarse con Beatriz.

Marietta era considerada parte de la familia. “Yo ya no le pago un sueldo, le doy plata cuando la necesita”, dijo Beatriz en un reportaje (2). Tal vez para resarcirla del episodio del valet negro, su empleadora decidió homenajearla: en *Fuera de juego*, un cuento que publicó en la revista *Leoplán*, la protagonista lleva su nombre. De allí saldría el siguiente film de Nilsson, *La terraza*, aunque el nombre de Marietta sería reemplazado por Belita.

Para escribir su cuento, Beatriz se inspiró en las conversaciones que mantuvo con una chica de doce años en un bar de la calle Maipú. Se llamaba Belita y fue además protagonista del film, junto a Graciela Borges, Leonardo Favio y Marcela López Rey. Acá el tema vuelve a ser la burguesía decadente, corporizada en un grupo de jóvenes abúlicos que se atrincheran en una terraza, al borde de la pileta de natación. Belita es la nieta del portero que se encarga de servirlos; finalmente la arrojan al vacío y queda renga. Torre Nilsson volvería a contratar a Belita para *El ojo que espía*, un film posterior.

Mientras Nilsson compaginaba *La terraza*, Beatriz recibió el ofrecimiento de Fernando Ayala para adaptar al cine su cuento *La representación*. Trabajó el guión junto a Ayala y Héctor Olivera, y así surgió *Paula cautiva*, su primera experiencia cinematográfica sin Leopoldo, por la cual ganó el

Premio a la Mejor Adaptación del Instituto Nacional de Cinematografía. Aquí también hay una familia decadente, que en este caso organiza paseos turísticos en su vieja estancia.

“Cuando estábamos trabajando en el libro, a Fernando y a mí nos llamó la atención la frase final del cuento, que Beatriz atribuye a Domingo Faustino Sarmiento. ‘¿Realmente es una frase de Sarmiento?’, le preguntamos. ‘¿Acaso alguien leyó sus obras completas?’, nos contestó azorada”, recuerda Héctor Olivera.

En esa época sucedió un episodio bastante confuso: Beatriz, que hasta el momento no había podido tener hijos, habría quedado embarazada y perdido el bebé en el cuarto mes de gestación.

“Quedó muy frustrada cuando perdió la posibilidad de tener un hijo. A partir de allí cambió mucho físicamente, se puso más gorda, se le hincharon las piernas y los pies”, recuerda Oscar Barney Finn.

“Nosotros, sus sobrinos, estábamos casi de duelo. Tendríamos diez años y sentíamos que el que iba a nacer era Satanás. Para ella fue una pérdida muy importante. Después hablaba humorísticamente de lo que hubiera sido ese hijo. ¡Babsy y Beatriz ocupándose de un hijo! De haber nacido varón hubiera sido un personaje, le hubiesen puesto ligas, pelucas, anteojos”, dice Mario Caprioglio.

Sin embargo, Manuel Antín no cree que las cosas hayan sido así: “Vivía en un mundo de imaginación tan grande que hasta fue capaz de inventar un embarazo para sustituir al hijo que nunca tuvo. El final fue desdichado, con internación y todo, como si hubiese sido real. Era una persona que suscitaba muchas adhesiones, era tan agradable y simpática que podía llenar la vida de alguien con sus fantasías. Para cada cosa tenía un cómplice, y uno de sus cómplices fue el médico que la atendió”.

“Creo que sí estuvo embarazada. Casi seguro que fue así”, sostiene sin embargo Graciela Borges.

Años después, Beatriz declararí: “En un momento de mi vida me empecé a preocupar, no venía el hijo que queríamos. Entonces empecé a investigar y a ver médicos aquí y allá, para saber por qué no teníamos chicos. Y en un momento dado, tuve. Pero nació muerto. Ese es un

período de mi vida que lo corto, lo cierro. Después una amiga nos habló de la adopción de un chico. Lo pensamos mucho y *Babsy* estuvo de acuerdo conmigo, a pesar de que él ya tenía sus hijos. Entonces un día, estando en Estados Unidos, fuimos a un asilo católico y me anoté y le dijimos a una monjita que queríamos tener un chico. Entonces un día la monjita nos llamó y nos dijo que estaba el chico, que era un varón y que lo fuéramos a ver. Bueno, no sé si fui cobarde o tuve el temor del esnobismo, no sé, pero decidí poner fin al deseo de tener un hijo. El chico era negro. No me arrepiento porque uno no debería arrepentirse. Lo tomé como una limitación de mi vida” (3).

NOTAS

- 1.- Entrevista de Rodolfo Rabanal.
- 2.- Revista *Gente*, 1977.
- 3.- Revista *Gente*, 1978.

El incendio y las vísperas

A Leopoldo Torre Nilsson la política activa no le interesaba demasiado. Algunos lo identificaban como un liberal de izquierda, pero según su biógrafa Mónica Martín, su perfil político era más complejo: “Compartía con su padre un cierto interés anarquista. Le atraía el socialismo, pero no le interesaba la política desde el punto de vista teórico”.

“Era un hombre de ideas progresistas, pero le gustaba vivir como vive la derecha. Sus amigos eran gente de izquierda pero él hacía un culto del buen vivir”, dice su hijo Javier Torre.

Su crítica social aparece en su literatura y en algunos de sus films, pero su actuación política giró más que nada alrededor de la industria cinematográfica, donde siempre jugó un rol importante. En los años tumultuosos que le tocó vivir, sus declaraciones públicas se centraron principalmente en aspectos relacionados con la censura y la falta de posibilidades para poder filmar. Por esa razón fue criticado con dureza.

Después de su muerte, Beatriz declaró: “Fue un hombre que luchó por sobre todas las cosas por tener un cine industrial, pero a su vez era un gran demócrata. Todos conocen su ideología política, que era una ideología en defensa absoluta del individuo. Creía en la libertad absoluta del individuo. Era un hombre que atacaba la censura como a un roedor que invade el cuerpo. No era un demagogo, tenía un enorme desprecio por los demagogos. Fue muy combatido por todos aquellos que no vieron en él a un hombre que por sobre todas las cosas amaba las libertades individuales, pero que también tenía un profundo sentido de la justicia universal” (1).

Se conocieron durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón, con quien jamás simpatizaron. Luego apoyaron a Pedro Eugenio Aramburu (2) y en 1958 votaron por Arturo Frondizi (3), quien cuando Beatriz publicó *Fin de fiesta* le envió una líneas: “Permítame felicitarla por su obra y alentarla a seguir ahondando en la realidad de nuestro país, que todos necesitamos conocer y comprender para poder alcanzar la superación que anhelamos”.

Un tiempo después coincidieron en un viaje a Italia, y Frondizi los invitó a acompañarlo a una recepción en la Embajada Argentina en el Vaticano.

Cuando le preguntaron a Beatriz por su compromiso político contestó: “Mi compromiso es más literario que político. Entre la libertad y la justicia, me quedo con la libertad. Justicia son los países socialistas. Libertad, los Estados Unidos o Francia” (4). Y agregó más adelante: “Por sobre todo, amo a mi país. Soy una fervorosa nacionalista. Pero es un error pensar que nacionalismo es querer traer los restos de Juan Manuel de Rosas. A veces, por plantear ese nacionalismo geográfico, se pierde de vista ese otro gran nacionalismo que encarnó el contradictorio Sarmiento, que atacó la barbarie con nacionalismo efervescente. No hay que confundir. Yo prefiero a Borges, quien pese a sus opiniones repugnantes tiene un nacionalismo de la patria, y no a Cortázar con su nacionalismo de Hilton de La Habana. Pero aparte, me pasa algo que tiene que ver con mi deformación. Leo el *Facundo* y me conmuevo, leo las cartas de Rosas y siento vergüenza ajena, lo veo como un defensor intuitivo de la nacionalidad. Y de defensores intuitivos de la nacionalidad estamos hartos y por ellos vinimos a parar al caos” (5).

Tal vez no haya intentado un rol político más importante porque su misión principal en la vida fue seguir a Torre Nilsson. Pero a partir de *Fin de fiesta* incorporó su visión política a su obra, tal como lo hicieron otros autores de la época.

“Para la generación del 55 el peronismo es un hito, el espacio donde pasado y presente se bifurcan, el incentivo para un cuestionamiento global de los valores sociales y culturales - comenta el crítico Armando Capalbo, quien incluye en este grupo a autores tan disímiles como David Viñas, Juan José Manauta, Alicia Jurado, Héctor Murena, Humberto Costantini, Elvira Orphée, Dalmiro Sáenz, Sara Gallardo, Marco Denevi, Marta Lynch y Haroldo Conti-. Es propio de la generación un trabajo de recapitulación creativa sobre la base de una estética realista, una apuesta por una literatura que investigue y analice el contexto social”.

En 1964 (el mismo año en que Silvia Bullrich publicó *Los burgueses*) apareció el mayor suceso de Beatriz: *El incendio y las vísperas*. Continuando la línea que había iniciado con *Fin de fiesta*, en esta nueva novela decide meterse de lleno con el peronismo.

En *Fin de fiesta* la acción culmina el 17 de octubre de 1945, cuando las masas acuden a Plaza de Mayo para apoyar a Perón. El primer capítulo de *El incendio y las vísperas* se desarrolla durante otro 17 de octubre, el de 1952, con el peronismo ya fuertemente instalado en el poder.

La acción transcurre en la mansión de la familia Pradere, que Beatriz describe con lujo de detalles. Acosado por el régimen, que lo amenaza con expropiar su estancia, Alejandro Pradere acepta ser embajador en el Uruguay. Su mujer y sus hijos, José Luis e Inés, deciden acompañarlo. Antes de partir, José Luis –quien participa en movimientos universitarios de resistencia clandestina- esconde en su casa a un compañero herido, Pablo Alcobendas, sobrino de Severino Di Giovanni, quien inicia una relación amorosa con Inés. Desde situaciones muy distintas, la familia aristocrática y el socialista-anarquista comparten un profundo desprecio hacia el gobierno peronista. Finalmente, ya instalados los Pradere en el Uruguay, Pablo es apresado y torturado. La novela culmina con el incendio del Jockey Club y el suicidio de Alejandro.

El incendio y las vísperas fue la obra que terminó de consagrarla. Nunca un libro suyo había tenido tantos comentarios en los medios, ya fuera para alabarlo o criticarlo. Con la misma intensidad se lo comparó con *Amalia* de José Mármol y se lo catalogó de superficial, vacío y malintencionado. Hasta el mismo Perón se tomó el trabajo de comentarlo: “Es el Grosso chico de la Revolución Libertadora”, dijo.

Arturo Jauretche, en su libro *El medio pelo en la sociedad argentina* – otro gran *best-seller* de la época- le dedicó todo un capítulo, al que tituló *Una escritora de medio pelo para lectores de medio pelo*. Allí la define como “una autora marginal a la literatura, un subproducto de la alfabetización”, y aclara que si decidió escribir sobre ella es por “su éxito editorial, que nos advierte de la existencia de un vasto sector para esta clase de mercadería”.

“Tal vez el equívoco de su apellido ha inducido al lector de medio pelo para creer que se trataba de un testigo de la clase alta –continúa-. El libro expresa los símbolos del medio pelo, sus ideas, su desconexión con el país real y muy particularmente la arbitraria composición de las clases que supone, propio de un sector que creyendo imitar a la clase alta se imita a sí mismo, confundiendo los signos de aquella con los que él mismo se crea en su ambigua situación de ‘quiero y no puedo’, de ‘soy y no soy’”.

Seguramente una de las claves del éxito de sus novelas se debió a la ilusión de una cierta burguesía de acceder a las intimidades de las clases altas, como si espíase por el ojo de una cerradura. “Además espía el que puede. Beatriz Guido puede escribir porque espía y puede espiar porque es cómplice. Su complicidad es la mirada que fija su escritura –comentó Beatriz Sarlo en un artículo de esa época-. Espiar es también una forma de complicidad propia de una clase, equivale a mostrar con inocencia: ellos son así (nosotros, los que nos adscribimos, también)” (6).

Manuel Antín recuerda esta anécdota, que habla de una fantasía personal: “Beatriz invitaba a sus amigos a su casa y luego los espía por el ojo de la cerradura a ver qué hacían. Recuerdo que una pareja amiga, conociendo esa costumbre suya, aprovechó un descuido y tapó la cerradura con algodón. Ella fue a espiar como siempre y al ver que algo le estaba tapando la visual, empezó a tironear y sacó una hebra larguísima”.

Según Ernesto Schoo, la literatura de Beatriz “abunda en el ocaso de linajes patricios como una imagen invertida de su auténtica pasión por alternar con esa gente, por parecerse a ellos, por pertenecer. Fingía no darse cuenta de que a sus espaldas esa alta burguesía se burlaba, considerándola una arribista, aunque divertida”. Y a modo de ejemplo recuerda un comentario de Manuel Mujica Láinez: “Esta mañana vinieron los *Babsys* moviendo la cola. Me trajeron de regalo una fuente tan horrorosa, que únicamente Beatriz pudo haberla elegido”, le dijo a Schoo en una oportunidad (7).

Arturo Jauretche también escribió sobre Silvina Bullrich, a quien describió como un típico exponente de nuestra *intelligentsia*, cuyo origen se remonta “al esquema inicial de civilización y barbarie”. En su libro *Prosa de hacha y tiza* le dedica un capítulo que titula *Una variante de la tilinguería*. Sin embargo, su ensañamiento con la Bullrich es muy inferior al que le dedica a Beatriz Guido, seguramente porque Silvina es un típico exponente de las clases altas, y lo que más irritaba a Jauretche eran los advenedizos, entre los que incluía a la Guido. “Silvina es tenaz y seguidora, la esperamos”, dice Jauretche al final de su artículo.

Sus comentarios afectaron a Beatriz, quien comentó en un reportaje: “Arturo Jauretche me hizo un gran favor. Antes de salir a la venta su publicación, se habían vendido ochenta mil ejemplares de mi libro *El*

incendio y las vísperas, lo que ya es mucho decir. A él le debo la venta de cuarenta mil ejemplares más. Es decir que me publicitó a nivel literario, en ese aspecto le agradezco”. “¿Sufrió por las referencias dirigidas a usted?”, le preguntó el periodista. “Bueno, me molestó. Eso de llamarme Güido...”, fue la lacónica respuesta (8).

Años después seguía insistiendo con el tema: “¿Jauretche? Bueno, yo creo que el día que Jauretche no me critique más estaré muerta. Porque pienso, como Borges, que mientras exista el victimario, la víctima subsiste. Entre nosotros se ha producido una especie de relación afectiva en la cual no tiene más remedio que desesperarse, irritarse, hablar de mí: si no lo irritara, sería muy doloroso. Me daría mucha tristeza que el señor Jauretche no escribiese otra vez una buena cantidad de páginas sobre mí”, declaró (9).

Más allá de las diferencias, lo cierto es que tanto Beatriz Guido como Marta Lynch y Silvina Bullrich terminaron representando un modelo de intelectual elegante y sofisticado, aunque audaz e irreverente con su propia clase social. Pero mientras Silvina se refería permanentemente a sus orígenes familiares, Marta y Beatriz se esforzaban por inventarlos.

“Beatriz pertenece a una cierta forma de la oligarquía –destaca sin embargo Orfilia Polemann-. A diferencia de Silvina, cuya aristocracia se relaciona con las familias tradicionales y los campos, los orígenes de Beatriz se ligan más a la oligarquía del pensamiento, un señorío que se vincula con las bibliotecas. En el medio está Marta, con su historia de joven sencilla que se casa con un Lynch”.

Beatriz se esmeraba en aumentar la confusión. “Siempre mostraba una foto que tenía en una mesita, donde aparece ella con su papá y unos grandes personajes, como Ricardo Rojas y Manuel Gálvez. Alguien me hizo observar que se trataba de un montaje fotográfico, Beatriz había recortado la parte donde estaba ella con su papá. A primera vista parecían estar todos juntos, pero eran dos fotos diferentes. ¡Era una maestra, a quién se le ocurre!”, recordó Ernesto Schoo.

Las mentiras y ambigüedades rendían sus frutos. “Beatriz Guido, que pertenece a la clase que describe, odia a Perón por idénticos motivos”, dijo un crítico de la revista *El escarabajo de oro* al comentar *El incendio y las vísperas*. Y Horacio Verbitsky le preguntó en la revista *Confirmado*:

“Usted pregona la reforma agraria. Si ocurriera, ¿no perjudicaría a su familia?”. Beatriz le contestó: “No, ya venían en gran decadencia hace muchos años: por ser demasiado románticos habían perdido el parque Larrañaga de Montevideo”. Y siguió hablando de otra cosa.

“Existe una diferencia con mi generación, en la que los escritores pertenecemos a la clase media y la pequeña burguesía. Esa generación tenía otros valores, entonces se endilgaban quién era de menor alcurnia. Marta Lynch decía que Beatriz no era Guido sino Güido, y Beatriz le endilgaba que ella no era Lynch sino Frigerio”, asegura Liliana Heker, reafirmando la idea de Jauretche sobre la necesidad de aparentar.

Más allá de este aspecto, se potenciaron mutuamente y fueron las escritoras emblemáticas de una época. “En su momento fueron mujeres de avanzada por la forma en que manejaban sus sentimientos y enfrentaban las críticas de una sociedad pacata. Provocaban el interés de los lectores, que siempre esperaban ese ingrediente autobiográfico que tienen generalmente las mujeres cuando escriben. Hoy pasarían inadvertidas”, dice Jorge Naveiro, quien en esa época dirigía la editorial Emecé.

“En aquel momento en que comenzaba el feminismo, era importante que hubiera mujeres atropelladoras y exitosas. No importaba tanto que escribieran buena literatura, sino que entendieran los problemas femeninos y fueran *best-sellers*”, agrega Horacio Salas.

“¿Usted no cree que a las escritoras argentinas se las reconoce más por el hecho de ser mujeres que por las bondades de lo que escriben?”, le preguntaron a Beatriz en un reportaje. “Parto de la premisa de que no soy una escritora, sino un escritor. La literatura con mayúscula no tiene sexo. Nadie le pregunta a Simone de Beauvoir qué sexo tiene. Si se llamara Pierre daría lo mismo. Ahora, si hablamos de *bestsellerismo*, entonces puede ser que usted tenga razón: el éxito fácil suele estar asociado con los libros malos”, contestó (10).

Pese a que se intentó compararlas con Simone de Beauvoir -un modelo de escritora en el que a las tres les gustaba mirarse- ni Beatriz ni Marta ni Silvina fueron estrictamente feministas ni revolucionarias. En el otro extremo, hubo quienes las consideraron un mero anticipo de la irrupción

de escritoras como Isabel Allende y Ángeles Mastretta en la década del noventa. Tampoco creo que esa comparación sea válida.

NOTAS

- 1.- *Los films de Torre Nillson*. Testimonio de Beatriz Guido.
- 2.- Pedro Eugenio Aramburu fue presidente de facto a partir de noviembre de 1955, meses después de la asunción de la Revolución Libertadora. En 1970, durante el gobierno de Juan Carlos Onganía, fue secuestrado y asesinado. El grupo revolucionario de izquierda Montoneros se atribuyó el hecho.
- 3.- Arturo Frondizi asumió la Presidencia de la Nación después de una alianza convenida con Juan Domingo Perón. Se propuso modificar sustancialmente la política y la economía mediante la tesis del desarrollismo, basada en lograr el desarrollo nacional por la vía de la sustitución de las importaciones. Sin embargo, al llegar al gobierno se desdijo en gran parte de su prédica anterior.
- 4.- Revista *Gente*, 1967.
- 5.- Revista *La Semana*, 1978.
- 6.- Revista *Los libros* nº 14, 1970.
- 7.- Diario *La Nación*, 2002.
- 8.- Revista *Gente*, 1967.
- 9.- Revista *Gente*, 1970.
- 10.- Revista *La Semana*, 1978.

El tiempo de las dos almas

Los años sesenta se vivieron en la Argentina en una forma bastante peculiar. Por un lado, la sociedad se puso a tono con la tendencia mundial que impulsaba la liberalización de las costumbres. Fue un período de inusitada libertad y enormes esperanzas donde se experimentaron cambios profundos, que abarcaron desde la ropa y la sexualidad hasta la estructura familiar.

Pero además, el período que abarca la presidencia de Arturo Frondizi, su caída, el gobierno de Arturo Illia (1) y la posterior dictadura de Juan Carlos Onganía, estuvo marcado por un altísimo grado de inestabilidad institucional, la proscripción del peronismo, la consideración de las Fuerzas Armadas como figuras tutelares de la sociedad y el surgimiento de la guerrilla. El Instituto Di Tella, los cineclubs, los teatros independientes, las librerías y los bares de la calle Corrientes convivieron con los sectores influenciados por la Revolución Cubana, el peronismo revolucionario y los grupos guerrilleros de extrema izquierda.

Según el ensayista Oscar Terán, en la Argentina de los sesenta había dos almas: el alma Beatle y el alma Che Guevara. La mirada tradicionalista del régimen de Onganía fue incapaz de discriminarlas, y para combatir el cambio revolucionario creyó necesario desplegar campañas contra los movimientos estéticos de vanguardia y el uso de la minifalda. “Fue así como pudo haber contribuido a que muchos que sinceramente querían hacer el amor hubieran podido sospechar que para ello en la Argentina era preciso hacer la guerra”, concluye Terán (2).

La llamada Revolución Argentina tomó el poder con el apoyo de gran parte de los sectores civiles, quienes creyeron que las instituciones democráticas eran un obstáculo para la modernización del país. Las dos revistas más importantes, *Primera Plana* y *Confirmado*, fueron muy críticas con el gobierno de Illia e impulsaron el golpe que lo derrocó.

Después Onganía clausuró la revista *Tía Vicenta* porque el humorista Landrú lo caricaturizó con cara de morsa, censuró la ópera *Bomarzo* de Alberto Ginastera y Manuel Mujica Láinez en el Teatro Colón, e intervino las universidades nacionales. Durante la Noche de los Bastones Largos, la policía apaleó a estudiantes, profesores y autoridades de la Facultad de Ciencias Exactas por hacer una asamblea, desafiando el edicto restrictivo de las reuniones públicas. La intervención derivó en la pérdida de intelectuales de primera línea que se fueron del país, y por otra parte, alentó a muchos universitarios, sindicalistas, sacerdotes y juventudes políticas a plantear otro tipo de soluciones, más allá del orden institucional. En Córdoba, un paro con movilización derivó en una lucha callejera de tres días a la que se sumaron trabajadores, estudiantes y militantes radicales, peronistas y de agrupaciones de izquierda. A diferencia del Mayo Francés, donde no hubo víctimas, el Cordobazo dejó un saldo de treinta muertos.

Por otra parte, la década del sesenta fue una época de oro para las letras argentinas. Eudeba, la editorial de la Universidad de Buenos Aires, puso al alcance del público masivo millones de ejemplares de todas las temáticas, mientras la literatura en lengua castellana se publicaba fundamentalmente en el país, desde donde se distribuía a todo el mundo, al igual que la mejor literatura universal.

Más allá del *boom* latinoamericano, que fue recibido con enorme entusiasmo (la primera edición de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, fue publicada en la Argentina), en 1961 apareció *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato, en 1963 Julio Cortázar publicó *Rayuela*, y en 1968 irrumpió Manuel Puig con *La traición de Rita Hayworth*. Manuel Mujica Láinez, Dalmiro Sáenz y Eduardo Gudiño Kieffer, junto a Beatriz Guido, Silvina Bullrich y Marta Lynch, eran figuras tan conocidas y convocantes como los actuales personajes de la farándula. Había lugar para todos: desde Poldy Bird y sus *Cuentos para Verónica*, hasta Borges y Bioy Casares.

Primera Plana publicaba en su portada fotografías de García Márquez y Leopoldo Marechal, y las novedades editoriales eran tema de conversación en las reuniones. Tal vez por esnobismo, pero ésa era la tendencia: para no quedar fuera de las conversaciones, había que leer *Los premios* de Cortázar. “Las señoras, en la bolsa de la feria, llevaban un

ejemplar de *Cien años de soledad*”, recordaba Tomás Eloy Martínez, que en esa época dirigía *Primera Plana*.

“La revista tenía una política interesante. A García Márquez lo descubrió el editor de Sudamericana, Francisco Porrúa, quien se comunicó con Eloy Martínez y entre los dos pusieron en marcha un gran mecanismo – agregó Ernesto Schoo, a cargo de la sección cultural de *Primera Plana*-. Yo fui enviado a México a entrevistarlo, y después la editorial y la revista lo trajeron a Buenos Aires y le organizaron una gran promoción. En el caso de Marechal, *Primera Plana* lo rescató, ya que estaba totalmente raleado por ser peronista. Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Marta Lynch fueron en general bien tratadas, aunque Silvina era mirada con un cierto humor irónico, más por su manera de ser que por lo que escribía. A Beatriz se la tomaba más en serio, además era amiga de todos, llamaba por teléfono, invitaba a comer, hacía regalos. Silvina Ocampo también tenía su espacio y lo mismo Manuel Puig, que era un gran promotor de sí mismo, un genio de las relaciones públicas. Les hemos dado foto de tapa a aquellos artistas que intuíamos que llegarían a tener éxito, como Norma Aleandro, Alfredo Alcón, Emilio Pettoruti o Juan Carlos Paz, un músico casi desdeñado por el *establishment* musical. Al revés de lo que ocurre hoy en día, se seguía una política de promoción cultural a fondo y en serio. Era muy estimulante hacer esto porque uno sabía que lo que proponía no iba a caer en el vacío. Una vez, medio en broma, hicimos un análisis del perfil de nuestro lector medio, y llegamos a la conclusión de que era ‘el joven odontólogo en ascenso’. Porque era una época en que existía una posibilidad de evolución: el pequeño burgués profesional, con aspiraciones culturales y cierta capacidad económica que le permitiera comprar un cuadro de autor argentino por una cifra más o menos racional. Pero llegó un momento en que la situación se puso un poco incómoda, porque *Primera Plana* determinaba dónde había que ir, qué había que leer y hasta qué había que ponerse. Los lectores nos tomaban tan al pie de la letra que a veces, con cierta malicia, recomendábamos algo sólo para que la gente fuera corriendo a hacerlo. Decíamos que era un quemo usar tacos altos y no se los ponían”.

“En el equivalente de lo que hoy serían las revistas del corazón, se hablaba de los escritores como de estrellas. Sabato comentaba por dónde había caminado para escribir *Sobre héroes y tumbas*, y todos íbamos corriendo al Parque Lezama. Salía algo nuevo de Cortázar y todo el mundo estaba tirado en la playa con el libro. Una iba a la peluquería y encontraba

en una revista a Beatriz Guido con capelina o con un sobrero de tul, de esos que todavía se usaban en los sesenta, flaca, contando su flechazo con *Babsy*. Interesaba todo: los viajes, los premios, los autos descapotables de Torre Nilsson. Eran realmente la pareja glamorosa de la época, la pareja del cineasta con la escritora”, recuerda Orfilia Polemann.

“Es una época en la que se desplaza el centro de interés del público – agrega Edgardo Cozarinsky-. En los años treinta, revistas como *El Hogar* publicaban fotos de fiestas de las familias tradicionales. Como si fuera un reflejo del eclipse de la clase alta, las revistas de cine y de radio empezaron a interesarse en el mundo de los escritores, que hasta ese momento no eran figuras públicas. Y luego, la televisión empezó a convocar a las personas llamativas y extravagantes que había en Buenos Aires, porque las necesitaba como personajes”.

“Nacía un rinoceronte en el zoológico y nos venían a preguntar qué opinábamos. La Sociedad Argentina de Escritores era importante, y había también grupos literarios de vanguardia, como el que se nucleaba alrededor de la revista *Contorno*, con David Viñas y Oscar Masotta a la cabeza. Yo personalmente pagué la mitad de mi departamento con los derechos de autor de un año. Ahora no podría comprar ni la cucha de un perro”, finaliza María Angélica Bosco.

NOTAS

- 1.- Arturo Illia fue Presidente de la Nación entre 1963 y 1966. Su mandato fue interrumpido por un nuevo golpe militar, la Revolución Argentina, que llevó a la presidencia a Juan Carlos Onganía. Luego lo sucederían Roberto Marcelo Levingston y Alejandro Agustín Lanusse, quien gobernó hasta 1973.
- 2.- Oscar Terán, *Instituto Di Tella, experiencias 68*. Fundación Proa.

El trío más mentado

Una periodista de la revista *Semana Gráfica* le preguntó a Beatriz si no temía ser acusada de frívola. “Me daría miedo esa imagen si la proyectara en las cámaras de televisión, en guiones cinematográficos y libros tontos. El hecho de que me fascine la alta costura y me vista en *Ivonne* no significa que crea que una estructura sociológica deba mantenerse intacta. Presenciar un desfile de modas es un hecho cultural como asistir a un partido de fútbol. Me gustaría que placeres de ese tipo, tanto como las frivolidades, estuvieran al alcance de todas las clases sociales”, contestó.

Lo cierto es que la etapa de sus mejores obras –*La casa del ángel, La caída, Fin de fiesta*– había quedado atrás. Las críticas a *El incendio y las vísperas* la habían afectado haciéndole perder seguridad, y debieron pasar seis años hasta que apareciera su siguiente novela, *Escándalos y soledades*. “Si he pasado todo este tiempo sin publicar es porque creo que nada hace mayor mal a un escritor que el éxito fácil: las editoriales que piden cuentos que se escriben en horas, las mesas redondas para hablar de cualquier cosa, los reportajes multiplicados”, dijo (1). Sin embargo, al igual que a Marta y a Silvina, el *bestsellerismo* le fascinaba.

“Cuando sacaban una obra, hacían lo que hoy es moneda corriente en las oficinas de prensa de las grandes editoriales: ponían un aparato a trabajar. Como Beatriz tenía el apoyo de la producción de Torre Nilsson, preparaba unos pequeños afiches y los repartía en las librerías”, dice Jorge Lafforgue. “Hacía giras por todas las librerías de Buenos Aires pidiendo que pusieran sus libros en la vidriera. Les decía a los libreros lo mismo que a todo el mundo: ` ¡Divino, querido, amoroso!`, ` ¡Pero mi divino, justo la persona que yo más quiero y no me ponés el libro en la vidriera!”, recuerda Horacio Salas.

En un reportaje que le hicieron, la periodista comentó: “Elige poses, improvisa. Es como una modelo. Se sostiene la cara con las manos. Sonríe. Sabe qué toma es la más linda” (2). En otra entrevista le preguntaron si en algún momento lograba distanciarse del personaje. “Sólo frente al dolor y

la falta de dinero. Lo que me desarma es sentirme pobre, la impotencia de no poder jugar al *esnobismo*”, contestó (3).

“Estas tres mujeres eran ideales para la televisión. Era más importante su presencia como personajes que lo que pudieran decir. Eran muy fuertes en la imagen, hay que pensar que por aquel entonces la televisión no era como ahora, sólo aparecían señores de saco y corbata que daban las noticias. Y esas mujeres eran como personajes de película”, reflexiona Edgardo Cozarinsky.

La relación entre las tres no era fácil. “Había esa rivalidad de oficio que implica resentimiento, pequeñas traiciones, todas esas cosas que el machismo cree que son propias de las mujeres, aunque no es así. Cada una hablaba mal de las otras. ¿Viste que fea está fulana en la foto de *Gente?*’, cosas por el estilo. O Silvina decía con cara de consternación: ‘¡Ay, las piernas de esta pobre Beatriz!’. Era un verdadero pugilato. Los encuentros entre ellas eran así: ‘Hola querida, ¿estás un poco gordita, no?’ o ‘¡Qué bien te queda! ¿Son canas o es platinado?’. Pero siempre agregando: ‘Qué bien que estás, se te ve regia’. Ironías muy obvias”, comentó Eduardo Gudiño Kieffer.

“Mi tía decía que todos los escritores competían muchísimo y que con ella eran feroces porque *Babsy* le filmaba los libros”, recuerda Adriana Martínez Vivot.

“Yo pienso que estas tres mujeres no se querían entre sí –agrega Edgardo Cozarinsky-. De algún modo se respetaban, porque sabían que de ellas para abajo había una cantidad de mujeres que escribían y también eran interesantes, pero no tenían éxito. Beatriz y Silvina no se trataban, se ocupaban de territorios distintos. Pero entre Beatriz y Marta había una rivalidad muy fuerte. Una vez Beatriz fue a un programa de televisión y le preguntaron qué opinaba de Marta Lynch. ‘Una gran, gran profesional’, contestó. Cuando volvió a su casa, Marta, que había visto el programa, la llamó por teléfono y le dijo: ‘¡Escuchame desgraciada, más profesional será tu madre!’. Y le cortó”.

“Marta era más amiga de Beatriz que de Silvina, le tenía más respeto intelectual. Supongo que entre las dos hablarían pestes de Silvina, porque eran terriblemente criticonas. Silvina no era una figura querida en el ambiente literario, no era simpática”, finaliza Horacio Salas.

Además había otro problema: en sus últimos años, Torre Nilsson no tuvo una buena relación con Marta Lynch. Aparentemente, las vicisitudes políticas de Marta -que abarcaron desde su apoyo al gobierno de Héctor J. Cámpora (4) y el grupo Montoneros, hasta su vínculo con el almirante Emilio Eduardo Massera (5) durante la dictadura- fueron el motivo por el cual Leopoldo se alejó de ella, al punto de no soportar que Beatriz se le acercara.

Una Navidad, May Nilsson, la madre de Leopoldo, que era dueña del colegio *Highlands* de Vicente López, organizó una reunión. “Beatriz llegó temprano y decidió ir a saludar a Marta, que vivía en la misma manzana del colegio. Mi hermano se enojó muchísimo, y apenas Beatriz volvió se la llevó del brazo. Nos quedamos todos muy mortificados, especialmente mi madre”, cuenta Graciela Torre Nilsson de Giancaglini, quien después agrega: “*Babsy* lo conocía a Massera del hipódromo, donde a veces se sentaban juntos, pero en realidad no tenía idea de quién era. Cuando sucedió lo de Elena Holmberg (6) –quien era muy amiga de *Babsy* y Beatriz- se apartó de él y también se apartó de Marta Lynch, a quien no quiso ver nunca más”.

Sin embargo, el asesinato de Elena Holmberg sucedió tres meses después de la muerte de Leopoldo, por lo que es imposible que haya sido la causa de su distanciamiento con Marta. Tal vez su relación con Massera haya influido pero el episodio es confuso, como tantos de esa época.

En un reportaje Beatriz dijo: “Con Marta somos muy amigas. Y le tengo unos celos tremendos. Celos de sus tres hijos, que son maravillosos” (7). Pero en plena dictadura militar, cuando Marta decidió arrepentirse de su adhesión al gobierno de Cámpora, cambió el tono de sus declaraciones: “No voy a hablar de Marta Lynch. No me gustan los reproches. Pero más allá de este caso, no creo en los arrepentimientos. Si se fue pro Gestapo a los dieciocho, no hay redención a los cuarenta. En política no hay conversos. Yo no podría haber ido a buscar a Perón en el *charter* (8) y después arrepentirme. Antes preferiría irme del país” (9). Refiriéndose a los vaivenes políticos de Marta, llegó a decir: “Pobrecita, no tiene más brújula que el clítoris” (10).

Con respecto a Silvina, Beatriz dijo en un reportaje: “Quedará en la historia de la literatura por un libro o dos, a lo sumo: *La tercera versión* y

Los burgueses. El resto no me interesa, como no me interesa Corín Tellado. Pero por favor, esto no lo ponga porque soy muy cobarde” (11). En otro reportaje, después de declarar que si tuviera que vivir de sus libros “debería habitar un departamento no tan lujoso ni podría mantener estas valiosas colecciones”, se refirió a Silvina Bullrich, quien siempre se jactó de ser una mujer independiente: “Silvina fue una mantenida toda la vida, pero por favor esto no lo ponga”, dijo (12).

Aunque sus libros no eran parejos, Beatriz fue sin duda la escritora más compleja de las tres. Sin ninguna modestia, a la hora de equipararse, ella sólo lo hacía con Julio Cortázar y Gabriel García Márquez. Y al hablar de sus colegas mujeres, sólo citaba a Silvina Ocampo.

¿Qué opiniones despierta su literatura entre sus pares?

- “Fue una de las pocas novelistas de esa época que se comprometió políticamente con su obra. Después lo hicieron muchos, pero en ese momento no era habitual. Era una excelente novelista, y además muy argentina” (Antonio Requeni).

- “Dentro de ese grupo era la que tenía más talento. Tiene narraciones memorables, sobre todo en los cuentos. Silvina Bullrich era talentosa pero la arruinó el éxito, esa necesidad de sacar un libro por año. Marta Lynch también tenía condiciones, *La señora Ordóñez* es una hermosa novela” (Ernesto Schoo).

- “Creo que la literatura de Beatriz es su mejor espejo, esos personajes son los que vivían en su mente, ella era como ellos. Para mí era peor escritora de lo que la gente cree, nos ha mentado hasta en eso” (Manuel Antín).

- “Era una buena escritora, la que más me interesa de las tres. Recuerdo sobre todo *La mano en la trampa* y *La caída*. Además, me atrae su actividad como guionista cinematográfica” (Horacio Salas).

Su escritura era desprolija y caótica, y debía apoyarse en sus editores para una corrección final. “Escribía muy espontáneamente y luego corregían sus textos”, dice Mabel Peremarti, directora de Losada. Había un señor en Losada llamado Ramón Vázquez, a quien Beatriz agradece en algunas novelas. “Vázquez le tenía un aprecio infinito, pero a veces se agarraba la cabeza. ¿Cómo puede ser que este personaje salga si todavía

no entró?’, le decía. Trabajaban juntos, pero el sello personal era de Beatriz”, cuenta Jorge Lafforgue.

“De repente describía una casa, como el Jockey Club de la calle Florida, y la descripción no tenía nada que ver con la realidad. Una vez, en un original, descubrieron a tiempo que hablaba de una pintura del músico Eric Satie. Tenía un gran talento para inventar historias pero era bastante descuidada en la escritura”, recuerda Ernesto Schoo. Como escribía en las filmaciones y en los bares, a veces lo hacía en papelitos y servilletas que pinchaba con palillos o alfileres de gancho. También intercambiaba ideas con Leopoldo, y los originales que llegaban a la editorial tenían a menudo correcciones con su letra.

Pero a pesar de todo, Beatriz, Marta y Silvina eran sin duda el trío más mentado. En la Feria del Libro daban charlas multitudinarias, y el público esperaba en largas filas que le firmaran algún ejemplar. Ellas se ponían sus mejores galas y se las veía radiantes. “Eran las tres divas, y aunque Silvina era la más famosa, estaban en constante competencia”, recuerda Marta Díaz, directora de la Feria.

“Una vez, Beatriz estaba firmando ejemplares y se acercó una señora con una niñita. Puso a la niñita delante de Beatriz y le dijo: ` ¡Mirala, mirala, es Beatriz Guido! ¡Mirala bien porque cuando vos seas grande ella ya va a estar muerta!’”, cuenta su editora Mabel Peremarti.

NOTAS

- 1.- Elsa Osorio, *Beatriz Guido*.
- 2.- Revista *Siete Días*, 1979.
- 3.- Diario *La Opinión*, 1978.
- 4.- El 25 de mayo de 1973, por una proscripción impuesta a Perón, su delegado Héctor J. Cámpora asumió la Presidencia de la Nación. Durante su gestión, la violencia entre el ala izquierda y el ala derecha del peronismo generó un clima de anarquía que terminó provocando su caída.
- 5.- Emilio Eduardo Massera desarrolló, en la Escuela de Mecánica de la Armada, uno de los centros de detención clandestina más siniestros de la dictadura militar. En esa época tuvo una relación con Marta Lynch.
- 6.- Elena Holmberg fue una diplomática designada en el Centro Piloto, un asentamiento naval con base en París. Al hacer referencia a los contactos entre

Massera y Montoneros, se le ordenó que volviera a Buenos Aires. Fue secuestrada y su cuerpo apareció flotando en el río Luján.

7.- Revista *Gente*, 1967.

8.- En 1972, un año antes de su regreso definitivo, Perón hizo un viaje a la Argentina. Se organizó un vuelo *charter* y un grupo de personalidades viajó a Europa a buscarlo. Marta Lynch integró ese vuelo y posteriormente, cuando la dictadura tomó el poder, declaró públicamente su arrepentimiento.

9.- Revista *La Semana*, 1978.

10.- Edgardo Cozarinsky, *El pase del testigo*.

11.- Revista *La Semana*, 1978.

12.- Revista *Extra*, 1968.

Divina Beatrice

Beatriz no sólo es considerada la mejor escritora del trío más mentado, es también la más querida de las tres. Su compleja personalidad suscita los siguientes comentarios:

- “Era una linda mujer, pero lo que más impresionaba era su carácter. Precipitada, aguda, irreflexiva, muy punzante e imprevista en las respuestas. Y llena de gestos y mohines, que luego se estereotiparon con el correr del tiempo. Era muy fantasiosa y divertida, pero también peligrosa. Como su imaginación no paraba, podía meterlo a uno en un gran lío. Era como una chica con sus picardías, pero esas picardías a veces eran fatales” (Oscar Barney Finn).
- “Era muy humana, tierna y cariñosa. Siempre que podía ayudar a alguien, lo hacía” (Antonio Requeni).
- “Era la antidiscriminación, la imaginación, la libertad. Tenía una mirada muy limpia e inocente, pero a la vez muy perversa. No he conocido nunca a una persona con características tan contradictorias. Era un personaje escrito por ella misma. No tenía enemigos, a pesar de que había hecho cosas que no eran precisamente para ser simpática” (Manuel Antín).
- “Era un ser efusivo que daba la impresión de que lo que más quería en ese momento era verte a vos. Además hablaba mal de todo el mundo, y eso también era divertido” (Horacio Salas).
- “Tenía un gran encanto personal. Expansiva, cariñosa y muy mundana. Ayudaba a quienes quería, no solamente a gente con poder. Si tenías un problema te trataba de ayudar, pero si no querías que se supiera no se lo contabas, porque al día siguiente lo sabía medio Buenos Aires” (Jorge Lafforgue).
- “Aunque tuve con ella menos relación, ya que no publicaba en nuestra editorial, creo que fue la más generosa, la más fácil, la más buena de las tres” (Gloria Rodríguez, directora de Editorial Sudamericana).
- “Era encantadora porque se reía de sí misma cuando alguien le marcaba sus errores. Pero por otra parte, era atroz por la forma en que utilizaba a la gente” (Elvira Orphée).

- “Era muy graciosa. No creo que haya sido siempre sincera, pero por lo menos te hacía reír” (Eduardo Gudiño Kieffer).
- “Me resultaba sumamente simpática. Era afable, sin aires de diva” (Marta Díaz).
- “Era muy fabuladora. Un día me dijo: `¿Sabés lo que le pasó a Fulano?’ Se trataba de un integrante del Instituto Español Sanmartiniano que había viajado al Perú por un congreso. `¡Lo secuestró Sendero Luminoso!’ Después supe que Sendero Luminoso había organizado un apagón en el aeropuerto de Lima y tuvieron que esperar a oscuras durante un par de horas, pero eso fue todo. Es un ejemplo de cómo metabolizaba la realidad” (Martha Mercader).
- “Era hermosísima, pero con una belleza muy activa. No era una persona que se dejara admirar. Estaba todo el tiempo en movimiento, buscaba a los demás, hablaba mucho y tenía una especie de extravagancia natural. Tenía un enorme humor y era muy inquieta, siempre a la búsqueda de algo. Era muy independiente en sus juicios, aunque dijera lo que tenía que decir para quedar bien” (Edgardo Cozarinsky).
- “Parecía que siempre estaba distraída, pensando en otra cosa, pero después contaba todo lo que había escuchado con lujo de detalles. Estaba al mismo tiempo en todos lados y tenía una gran ansiedad” (Diego Baracchini).
- “Tenía unos ojos bellos y brillantes y un cutis terso de vasca, como decía ella. Fue tildada de frívola, a mi modo de ver injustamente. Bajo la apariencia de ese brillo exterior había una persona muy profunda, sensible e inteligente. Tenía mucho miedo al silencio y la soledad” (Mabel Peremarti).
- “Le gustaba la obsecuencia, era una mezcla perfecta de generosidad y perversidad. Tenía bufones, gente a la que casi esclavizaba, enemigos acérrimos y personas de las que se burlaba hasta la humillación. A cambio de su obsecuencia, estos personajes obtenían pequeños beneficios y atención especial. Podían publicar algún libro, ganar un premio literario y hasta obtener cosas o dinero en efectivo. Si eras aceptado siempre recibías regalos, Beatriz tomaba cualquier cosa que había en la casa y te la daba, a veces metía la mano en la cartera, sacaba un billete todo arrugado y te lo daba. En cambio, cualquier persona que se le opusiera seriamente

era cuestionada y vilipendiada. Podía incluso meter miedo. Utilizaba su fama como medio de presión y mucha gente se aprovechaba, o directamente se asustaba y decía que sí a cualquier cosa” (Javier Torre).

· “Tengo un recuerdo maravilloso de ella. Cuando publicó *Escándalos y soledades* yo era estudiante de Derecho. Un día, caminado por Corrientes con un amigo, entré a una librería y compré su libro. Luego fuimos a tomar algo a la Confeitería del Molino y la descubrimos escribiendo en una mesa. Me llené de valor y me acerqué a que me firmara el libro, charlamos un rato, me preguntó qué hacía y me dedicó el ejemplar. Al rato, cuando con mi amigo pedimos la cuenta, el mozo nos dijo que había sido pagada por la señora Beatriz Guido” (José Miguel Onaindia, ex director del Instituto Nacional de Cinematografía).

Cierta vez en que lo fue a visitar a la Biblioteca Nacional, Jorge Luis Borges le hizo a Ernesto Schoo este comentario sobre Beatriz, quien acababa de irse: “Esta muchacha me hace acordar mucho a un poema de Víctor Hugo, donde cuenta que el sultán sale una noche a pasear de incógnito por Bagdad junto a su asistente y ve en una esquina a un hombre vestido de rojo con un turbante bordado en oro, que hace malabares con antorchas prendidas y cuenta historias impactantes. Pasa un tiempo y el sultán vuelve a salir con su asistente. Pasan por la misma esquina y el sultán pregunta: `¿Qué habrá sido de aquel hombre tan extraordinario que ardía como una llama?`. `Se apagó`, le contestó el asistente”.

Adolfo Bioy Casares, en cambio, sentía un profundo afecto por Beatriz. “Una de las personas más auténticamente encantadoras que conocí, inteligente, viva, buena, mentirosa impenitente y desorbitada, graciosa, cariñosa”, dice en sus diarios íntimos y es posible creerle, ya que a lo largo de esas quinientas páginas no se priva de hablar mal de casi nadie. Sin embargo, después desliza una frase desconcertante: “Dijo que si escribía una nota sobre una de sus novelas, se acostaría conmigo. La escribí y nos acostamos, riendo de la situación”.

En sus diarios, Bioy se ufana constantemente de su activa vida sexual y la cantidad de sus conquistas, aunque en los últimos años se lamenta de la pérdida de su innegable seducción. De todas maneras su comentario es bastante malicioso, ya que a partir de Leopoldo, a Beatriz jamás se le conoció otra relación.

La etapa épica

A fines de la década del sesenta, Torre Nilsson se relacionó con el editor Jorge Álvarez, el rico y polémico personaje que bajo el sello que llevaba su nombre editó a Rodolfo Walsh, Ricardo Piglia, Oscar Masotta, David Viñas, Quino, Manuel Puig, Félix Luna, Enrique Medina y Marta Lynch. Álvarez se convirtió en un gran amigo, y en su editorial Leopoldo publicó los textos que, pese a todo, había seguido escribiendo: *El derrotado*, *Entre sajones y el arrabal*, y sus cuentos *El más allá* y *Seducción*, incluidos en las antologías *Crónicas del amor* y *Crónicas del sexo*.

Por este último cuento le iniciaron una acción penal por inmoralidad y fue condenado a seis meses de prisión en suspenso. Su abogado apeló la sentencia y él dijo: “Hasta tanto la Cámara decida, debo ser un niño ejemplar: manejo mi automóvil con cuidado y cumpla todas las ordenanzas de tránsito. El menor traspie dará con mis huesos en la cárcel. Y por los calabozos no siento ninguna simpatía, me producen claustrofobia” (1). Finalmente la Cámara confirmó el fallo, aunque lo redujo a treinta días de prisión en suspenso. “Nos iniciaron acciones penales a los dos, a *Babsy* y a mí”, recuerda Jorge Álvarez.

También le prohibieron una obra de teatro, *La vuelta al hogar*, de Harold Pinter, que iba a dirigir en el Instituto de Arte Moderno de la calle Florida. Como acto de protesta, Beatriz empezó a caminar por Florida del brazo de Torre Nilsson con una bolsa de feria llena de verduras. “Era muy gracioso, porque Beatriz y Nilsson eran personajes ilustres en esa época”, recordó Claudio España. Con el mismo decorado, al mes siguiente montaron otra obra de Pinter, *La fiesta de cumpleaños*, y ésta sí fue aprobada.

El cine en el que Leopoldo creía y le daba premios y prestigio no generaba, sin embargo, las divisas que su estilo de vida necesitaba. “Las posibilidades de recuperación en nuestro mercado son casi nulas, el público se muestra poco cálido hacia el cine que hacemos, los productores empiezan a desdeñarnos, los jurados que confieren premios anuales demuestran un criterio cinematográfico dudoso y para colmo, la censura torna inseguro cualquier intento mínimamente audaz”, declaró (2).

Hacía un tiempo que estaba intentando dirigir en Europa y los Estados Unidos. El primer proyecto había sido *El ojo que espía*, sobre un guión de Beatriz. Luego vendría *Había una vez un tractor*, un documental para televisión sobre los problemas agrarios de los países en desarrollo, financiado por la UNESCO. Durante ese tiempo Nilsson viajó permanentemente y debió separarse muchas veces de Beatriz. El dinero no siempre alcanzaba para que ella pudiese acompañarlo, y él no sabía estar solo. Sus desplazamientos por el mundo le resultaban un gran sacrificio.

Mientras tanto, Beatriz hacía declaraciones a los medios. “Nada es comparable a nuestro país, y Leopoldo también lo siente así. De ninguna manera aceptaría los ofrecimientos que le han hecho por allá. ¿Quedarse definitivamente en Europa? Jamás. No lo soportaría. Cuando Carlo Ponti le ofreció filmar una comedia con Alberto Sordi se negó. Quiere demasiado a su patria como para abandonarla”, dijo (3). También se ocupó de relatar algunas aventuras vividas en esos viajes. Como cuando se cruzó con Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir en una calle de Roma, y “como una chica de Flores” se acercó y cambió unas palabras con ellos. También en Roma, según contó, tuvo un encuentro con Los Beatles, quienes paraban en su mismo hotel de Villa Borghese, y a quienes saludaba “de balcón a balcón”.

Más adelante, Nilsson comenzó a trabajar con André Du Rona, un mexicano dueño de una fábrica de juguetes bélicos en Nueva York. Así filmó en Puerto Rico *La chica del lunes* y *Los ladrones de San Ángel*, en cuyos guiones participó Beatriz.

Antes de partir para iniciar el rodaje, organizaron una gran fiesta en el piso de Plaza San Martín. Gabriel García Márquez, quien estaba en Buenos Aires a raíz de la publicación de *Cien años de soledad*, fue llevado a la reunión por Jorge Álvarez.

“A *Babsy* se le había dado por beber en esa época, algo que en general no hacía. Se puso agresivo y García Márquez le contestó, pero no fue más que una discusión de intelectuales. *Babsy* le dijo que debía reconocer que la belleza es patrimonio formal de la derecha, una frase que era parte de su discurso. La conversación fue subiendo de tono”, recuerda Álvarez. Mientras tanto, Beatriz se paseaba sonriente entre los grupos, con un escotado vestido en color turquesa. Y a pesar de los desplantes de

Leopoldo, se las ingenió para establecer una buena relación con el ilustre colombiano. “Era muy amiga de García Márquez –recuerda Antonio Requeni-. La única vez que vino a Buenos Aires pude entrevistarlo gracias a Beatriz”.

Torre Nilsson siguió viajando por el mundo un tiempo más, pero las cosas no resultaron como había esperado. Tuvo varios proyectos frustrados, como el film *Trampa de arena*, que planeaba filmar en Punta del Este con Elizabeth Taylor y Richard Burton. Los citaron en el bar del Hotel Plaza de Nueva York, y “después de escuchar el proyecto con suma atención, Liz Taylor les dijo que le dolía la espalda y se retiró de la mesa. Unos minutos más tarde, al notar que no regresaba, Richard Burton se despidió con una sonrisa dibujada en los labios y siguió sus huellas. Los dejaron plantados en la mesa y nunca más los volvieron a ver”, cuenta Mónica Martín.

Decidieron entonces volver a filmar en el país. La dictadura de Onganía no daba espacio para proyectos demasiado audaces, y de común acuerdo optaron por el *Martín Fierro*. “Algunas de mis últimas películas no han tenido éxito de taquilla. Voy a dar una pausa al cine intimista para entregarme al épico”, declaró Leopoldo. André Du Rona le envió desde Nueva York un camión completo con los equipos más modernos. También recibió un crédito del Instituto Nacional de Cinematografía y el aporte de su cuñado, Juan Carlos Ciancaglini, marido de su hermana Graciela, quien ya había participado en la producción de *Piel de verano*, y posteriormente lo haría en *El santo de la espada y Güemes, la tierra en armas* (4).

Aunque estaba por filmar una de las películas más costosas del cine argentino, llegaron a cortarle la luz de su productora porque no tenía con qué pagarla. “Todos los lunes Nilsson se encontraba con un desfile a arbolitos del hipódromo esperando para cobrar a primera hora de la mañana. Otras veces eran acreedores, cartas documento, intimaciones para pagar el alquiler, juicios de desalojo, telegramas del banco porque la cuenta había quedado en descubierto”, continúa Mónica Martín.

“Se producían situaciones muy graciosas. Una vez organizaron una reunión en su casa y de pronto apareció un cobrador. Beatriz creyó que era un invitado, lo hizo pasar, le ofreció una copa y lo mezcló con los demás”, cuenta Jorge Álvarez.

En el guión de *Martín Fierro* participaron Leopoldo, Beatriz, Uyses Petit de Murat, Luis Pico Estrada, Héctor Grossi y Edmundo Eichelbaun. Se filmó en campos de Villa Domínico, Pereyra Iraola y Bahía Blanca, con un elenco que incluía a Alfredo Alcón, Lautaro Murúa, Graciela Borges, Leonardo Favio y Walter Vidarte.

Aunque Jorge Luis Borges, en la función de estreno, protestó por la escasa fidelidad al poema de José Hernández, el film fue un éxito absoluto. Estuvo doce semanas en cartel y fue visto por un millón ochocientos mil espectadores, la cifra más alta para un film argentino hasta ese momento. La crítica lo acusó de esquemático, fragmentario, aburrido y mal actuado, pero aún así ganó la Gaviota de Oro, el máximo galardón del Festival de Río de Janeiro, donde compitió con *El bebé de Rosemary*, de Roman Polansky.

“Nilsson me pidió que vendiera la Gaviota y mandara a hacer una réplica bañada en oro, ésa es la que está ahora en el Museo del Cine, como si fuera la original”, dice su secretario Enzo Álvarez, quien comenzó a trabajar con la pareja en esa época.

Enzo Álvarez había conocido a Torre Nilsson en el hipódromo. Experto en fijar y capaz de conseguir contactos y dinero, se convirtió en un personaje inseparable. No sólo actuó como secretario de Leopoldo y Beatriz, fue también su amigo y hombre de confianza, y aún hoy tiene las fotos de ambos en su mesa de luz. “Beatriz jamás hizo un cheque, yo le imitaba la firma”, cuenta. También se encargaba de las dedicatorias de sus libros: “En la Feria del Libro, cuando ella iba a firmar ejemplares, se armaban unas colas tremendas. Nosotros ya íbamos con los libros firmados por mí. ‘Gracias por leerme, con la amistad de Beatriz Guido’, ponía siempre”.

En la época de *Martín Fierro*, Fernando Pino Solanas filmaba clandestinamente *La hora de los hornos*, un film de fuerte denuncia política que se convirtió en material de culto. Solanas integraba el grupo Cine Liberación junto a Octavio Gettino y Gerardo Vallejo, y su propuesta, absolutamente contrastante con la de Nilsson, aumentó su imagen negativa dentro de los círculos que siempre le reprocharon la falta de compromiso político de sus films.

“Yo he leído últimamente muchas declaraciones de jóvenes cineastas que parecen responder en sus películas a todos los problemas, que

parecen tener todas las soluciones y por fin, que parecen tan saludablemente enmarcados en una corriente de renovación social y que enfrentan todos los grandes problemas de nuestro tiempo. Soy, en ese sentido, bastante modesto, me temo no poder aportar las grandes soluciones, sino plantear simplemente los grandes interrogantes”, ironizó en un reportaje publicado en *La Opinión* (5).

Viajaron a Nueva Delhi, donde Leopoldo fue presidente del jurado del Festival Cinematográfico, y Beatriz participó en un simposio de literatura y cine organizado por Marguerite Duras. A la vuelta pasaron por Teherán y volvieron con regalos para todo el mundo: parientes, amigos, y hasta relaciones circunstanciales.

“Abrió la puerta de la editorial con una bolsa y empezó a repartir. Había regalos hasta para mi mujer, a la que había visto dos o tres veces”, cuenta Jorge Lafforgue, que en esa época trabajaba en Losada, donde Beatriz publicaba sus libros.

Mabel Peremarti, directora de Losada, también recuerda que “cuando Beatriz llegaba de un viaje era una especie de Papá Noel. Ponía todo arriba de una mesa y decía: ‘Elijan, chicos, elijan’”. Ernesto Schoo agrega que “era extremadamente generosa conmigo y con mi hermana, a quien apenas conocía. Cada vez que iba a Europa le traía un perfume”. Y May Torre Nilsson de Nosedá recuerda una oportunidad en la que Beatriz fue a su casa al regresar de un viaje, con regalos para todos: “De pronto se dio cuenta de que no había llevado nada para la mucama. Entonces fue al baño, se sacó la combinación y se la regaló. La chica no se dio cuenta de nada y quedó encantada”.

Según su asistente Rodolfo Mórtoles, el cine de Torre Nilsson tiene tres etapas. “La primera es sin Beatriz. Después viene la mejor, con cinco títulos geniales: *La casa del ángel*, *El secuestrador*, *La caída*, *Fin de fiesta* y *La mano en la trampa*. La tercera etapa empieza con *Martín Fierro* y culmina con su muerte. Ahí tiene sólo dos películas importantes: *Los siete locos* y *Boquitas pintadas*. Se había cansado de no ganar dinero y además, la censura era terrorífica. Tanto en *Martín Fierro* como en su siguiente film, *El santo de la espada* –un gran negocio- venía gente a controlarnos la filmación. Nilsson se acostumbró al éxito de *Martín Fierro* y ya no pudo volver”.

Para *El santo de la espada* redobló la apuesta. Ya desvinculado de Du Rona, decidió producirla él mismo con un crédito del Banco Municipal, un

anticipo de los exhibidores, la colaboración de Ciancaglini y el aporte del productor Marcelo Simonetti.

Aceptando de antemano los condicionamientos del régimen de Onganía, elaboró su versión a partir de la obra de Ricardo Rojas, con la ayuda de Beatriz. Remedios de Escalada (Evangelina Salazar) no podría ni aparecer embarazada ni besar a su marido en los labios. San Martín (Alfredo Alcón) debería tener siempre el uniforme impecable, y en la escena de Guayaquil no podría bajar la vista ante Simón Bolívar (Héctor Alterio) porque el gesto podría interpretarse como una humillación ante el extranjero.

Sin embargo, durante la filmación descubrieron que sus prevenciones no eran suficientes: la escena del cruce de los Andes (que se filmó a tres mil metros de altura con helicópteros, cuatro unidades de cámara y cientos de soldados, mulas y caballos) debió rehacerse para eliminar la escena en que Bernardo O'Higgins (Lautaro Murúa) izaba un pabellón chileno. Torre Nilsson aceptó filmar flanqueado por un asesor permanente, y también aceptó que las escenas que incluían desplazamiento de tropas se planearan con un coronel. El Ejército Argentino y la policía de la provincia de Mendoza colaboraron con soldados y caballos.

A pesar de las concesiones, la película no tenía autorización para estrenarse. No bien estuvo lista se organizó una exhibición en el ministerio de Guerra, y finalmente fue aprobada por el comandante en jefe del Ejército, Alejandro Agustín Lanusse (6). Nilsson perdió el respeto de algunos críticos, que lo acusaron de "fabular historias de *Billiken*", y además crecieron las sospechas sobre sus simpatías políticas. No faltó quien asegurara que con el film se había querido santificar la vida de Onganía.

Pero a nivel masivo el éxito fue enorme. *El santo de la espada* fue vista por dos millones ochocientas mil personas, y a los diez días de estar en cartel ya había recuperado su costo.

El día del estreno, la cola de gente daba vueltas varias veces las esquinas. Beatriz y Leopoldo cumplieron con su ritual de siempre: espiar desde un bar. "A Leopoldo y a mí nada nos aterra más que un estreno. Claro que ahora, después de haber compartido muchos, nos hemos acostumbrado a repetir algunas claves. Parecemos un poco los personajes

de Bioy Casares en *El crimen de Oribe*, realizando nuestros ritos de estreno. Desde el primer día que se pasa la película nos instalamos en un barcito de los alrededores, si queda frente al cine, mejor. Allí, sumando un café tras otro, vemos latir el corazón de la primera *matinée*. Allí seguimos, paso a paso, la entrada y salida del público”, contó Beatriz (7).

Esa noche, Torre Nilsson y su socio Marcelo Simonetti decidieron festejar en un restaurante y comieron tres platos de ravioles cada uno. Al día siguiente, en el *hall* del cine, Simonetti se descompuso y murió de un ataque cardíaco. “Murió de alegría”, dice Mónica Martín.

Compraron el *Mercedes Benz* blanco, una casa en Punta del Este a la que bautizaron *Leopoldville*, varias propiedades en Mar del Plata y una planta baja fantástica en la avenida Quintana con un gran jardín, al que adornaron con espejos. Fueron generosos con sus amigos, los sobrinos de Beatriz, los hijos de Leopoldo y hasta con Marietta, a quien le compraron una casa en Glew. La señora que cuidaba a Tata también tuvo su recompensa: le regalaron un departamento.

Desde su empresa *Contracuerdo*, Torre Nilsson produjo también algunos films ajenos, como *El dependiente* de Leonardo Favio y *Fuiste mía un verano* de Eduardo Calcagno. Un día, mientras tomaban sol en *Leopoldville*, le comentó a su hermana Graciela: “Con esta casa me va a pasar lo del título de la película: fuiste mía un verano”. Y así fue. Al poco tiempo el cine y las carreras terminaron con la plata y debieron volver a empezar.

Vendieron la planta baja de Quintana y alquilaron otra, aunque más chica, en la avenida Alvear. Como la recepción no les resultaba suficiente, Beatriz decidió instalar un cerramiento metálico en el jardín y poner allí el comedor. Una noche en que tenían invitados importantes, hubo una fuerte tormenta y para disimular el ruido de la lluvia, decidió cubrir el techo con los colchones de las camas.

Recién mudados, recibió a una periodista de la revista *Vosotras*, que fue a hacerle un reportaje. Como había escombros en el living, le explicó: “Fue por la acción de una bomba que explotó hace unos días en la otra cuadra”. Cuando Marietta se acercó a servirle un café, le dijo a la periodista por lo bajo: “No le haga caso, no hubo ninguna bomba. Es ella que quiere agrandar la casa”.

“Hacía cosas increíbles. Un día estábamos con Leopoldo en el bar del hotel Alvear, estudiando la fija para el fin de semana, y se apareció en camión para retarnos porque la habíamos dejado sola mucho tiempo. Salimos corriendo a la calle y empezó a tirarnos piedras entre risas”, recordó Enzo Álvarez.

“Nunca se quejaron y nadie se daba cuenta de si perdían o ganaban. Cuando había plata íbamos al hotel Plaza, y cuando no, a una fonda a comer sándwiches de mortadela. La cara de ellos era la misma, jamás se quebraban. No eran nuevos ricos, no necesitaban mostrar”, comentó Rodolfo Mórtola.

En esa época se empezaron a manifestar los problemas de salud de Leopoldo. Había tenido una operación de vesícula que nunca terminó de cicatrizar, y debió someterse a algunos chequeos médicos. Ya durante la filmación de *El santo de la espada*, por los frecuentes dolores, se había visto obligado a usar corsé. Según cuenta Mónica Martín, “estaba más irritable que nunca. Se ponía furioso si escuchaba una canilla goteando durante la noche, si tocaba un libro con polvo o si alguien desenvolvía un caramelo en medio de alguna función”.

El siguiente proyecto fue *Güemes, la tierra en armas*, con producción de su cuñado Giancaglioni y la actuación de Alcón, Norma Aleandro y Mercedes Sosa en el papel de Juana Azurduy.

Beatriz declaró a la revista *Gente*: “Creo que de la trilogía de Leopoldo –*Martín Fierro*, *El santo de la espada* y *Güemes, la tierra en armas*– *Güemes* es la que lo encuentra más maduro. Creo que en *Güemes*, Leopoldo va a adentrarse más en el personaje, va a descubrirlo más psicológicamente. Porque *Güemes* personaje traspasa lo histórico, o es más importante que el acontecer histórico en sí” (8).

“El guión era tan malo que un día me preguntó si yo lo ayudaría a corregirlo”, recordó Rodolfo Mórtola, quien a partir de allí sería incorporado como guionista.

El film tuvo un éxito discreto, y fue allí cuando Torre Nilsson decidió cerrar su etapa épica: “No estoy para santos ni me gustan las espadas”, le confesó a un amigo en una carta (9). Tal vez intuía que le quedaba poco

tiempo, y decidió recuperar lo mejor de sí mismo. Aquel de las primeras épocas, cuando aún no había tenido que negociar.

NOTAS

1.- Revista *Primera Plana*, 1967.

2.- *Ibídem*.

3. Revista *Gente*, 1965.

4.- Con respecto a Ciancaglini, su verdadero nombre es José Antonio, pero Beatriz decidió caprichosamente rebautizarlo como Juan Carlos. Le dedicó su libro *Quién le teme a mis temas*, y hoy él recuerda esta anécdota con simpatía, considerándola una excentricidad más.

5.- Mónica Martín, *El gran Babsy*.

6.- *Ibídem*.

7.- Revista *Gente*, 1972.

8.- Revista *Gente*, 1970.

9.- Mónica Martín, *El gran Babsy*.

Un campeón en mi vida

En 1970 finalmente apareció el siguiente libro de Beatriz, *Escándalos y soledades*. “Demoré cinco años porque me vi enfrentada a la obligación de asumir un cambio de expresión - declaró-. Es una novela con la que rompo con mi pasado clásico y me enfrento a la renovación del lenguaje. Pero sé que no es, en definitiva, un hito en mi evolución creativa. Es más bien un intento, un tránsito en la novelística política contemporánea” (1).

Desde el inicio se percibe la búsqueda de una escritura diferente, más cercana a la vanguardia y la experimentación. A medio camino entre el ensayo y la ficción, el resultado es sin embargo bastante pretencioso. Es un texto que contiene otros textos, recortes, dibujos, fotografías, cuadros sinópticos, retratos y diagramas. Personajes de ficción se cruzan con figuras históricas y personas reales en un gran *collage* que atraviesa el peronismo, la guerrilla, la presidencia de Frondizi y las muertes de León Trotsky y el Che Guevara. Se percibe también un afán por entender la Historia, aunque siempre desde su visión particular.

“*Escándalos* detiene la historia y, lo que es peor, la transforma en algo totalmente inverosímil como narración –dijo Beatriz Sarlo en una larga crítica que dedicó al libro bajo el título *El simulacro de lo peligroso*-. Beatriz Guido siempre quiso contarnos la Historia, porque una historia parece serle insuficiente para mostrar lo que ve. Así su escritura se convierte en escritura didáctica: hay que enseñarle a la gente lo que ha pasado, cómo no existen los puros, cómo a la patria hay que salvarla de cualquier forma, cómo esta cualquier forma también es un fracaso” (2).

A pesar de los experimentos formales, se mantienen ciertas constantes: el protagonista, Doroteo Astrada, es un joven huérfano que vive con sus cuatro hermanos en una vieja casona de la calle México, frente a la Biblioteca Nacional. Son atendidos por dos sirvientes, los Valenzuela, quienes les sirven las comidas “vestidos con faldas blancas, delantales largos arremangados a veces hasta la cintura, polleras mugrientas”, mientras alternan “el insulto soez con gestos serenos y ceremoniosos”.

Doroteo fue criado por sus hermanos y sirvientes, mientras espiaba por el ojo de la cerradura las múltiples historias que se tejían en la casa.

“Este texto (*Escándalos y soledades*) está regido por idéntica topología, similar estructura de relato y, por sobre todas las diferencias, la misma ideología: el antiperonismo liberal y burgués, que no entiende bien a su hijo, el frondizismo, y que no puede liberarse de las tilinguerías de clase por las que Arturo Jauretche incorporó definitivamente a Beatriz Guido al medio pelo”, continuó Sarlo, quien sin embargo hoy considera que su artículo debe ser leído teniendo en cuenta el contexto fuertemente politizado de la época.

La misma *Beatrice* reconoció que no había quedado conforme: “En *Escándalos y soledades* no logré lo que yo quería. Pensaba que había mostrado todas las fallas y debilidades del sistema político en ese momento, bajo el gobierno de Frondizi, pero la novela tiene sus fallas. Creo que ahora no sucederá lo mismo”, declaró cuando estaba escribiendo *Rojo sobre rojo*, una novela posterior. En otro artículo agregó: “Me di cuenta de que por la manera como yo la escribí no había llegado a expresar todo aquello que quería. O por lo menos lo expresé fragmentariamente. Entonces, cuando leo una crítica que me da en el blanco, me viene el desánimo, la depresión” (3).

Pero eso no evitó que la novela fuese un éxito de ventas. Su popularidad se mantenía inalterable, y ella se esforzaba por conservar su imagen. “Eso es todo. Beatriz vuelve a enroscar su estola sobre el modelo maxi de inspiración ‘abuela’ que *Ivonne* ha creado. Dejamos *Los dos Chinos* para acompañarla hasta el *Mercedes Benz* que ella maneja un tanto abruptamente”, finaliza una entrevista que otorgó como parte del lanzamiento de *Escándalos y soledades* (4).

Su próximo libro sería *Una madre*, una larga carta de Beatriz a Berta Eirin, con motivo de su muerte. En su último tiempo, la señora había dejado de fumar por orden médica, y reemplazado el cigarrillo por ansiolíticos. Según cuenta Elsa Osorio, “el *Placidón* la condujo a la muerte. Lo tomaba para tranquilizarse, para dormir”. En esa época ya no vivía con los Nilsson sino con los hijos de Tata, quien estaba internada por una fuerte crisis. En *Una madre*, Beatriz evoca su niñez en Montevideo, su carrera de actriz, su vida con Ángel Guido, sus particulares ideas, su extravagancia y hasta su antisemitismo.

Mientras tanto Nilsson filmaba *La mafia*, basada en un libro de Osvaldo Bayer y José Domeniani, con la actuación de José Slavin (quien además la produjo), Alfredo Alcón y Thelma Biral. Algunos sectores de la comunidad calabresa se sintieron injuriados, y el estreno fue casi tan escandaloso como el de *Fin de fiesta*.

Pero Beatriz no se amedrentó: “El día del estreno no vimos la película en la sala. Estuvimos en el hall, con el miedo y los amigos. Muchos y muy queridos amigos. Yo, acorazada por la emoción, y sintiéndome espléndida enfundada en mi vestido de *Yves Saint-Laurent*, estrenado por el caso y traído por *Ivonne*, que es un amor y piensa en mí con tanto tino y tanta inteligencia. Pocas modistas son tan capaces de entender como ella”, recordó (5). La película fue un éxito comercial y Nilsson decidió estrenar *La vuelta al hogar*, la obra de Harold Pinter que había prohibido Onganía. Renovó los actores y compartió la dirección con Sergio Renán.

En esa época Beatriz publicó un cuento, *El hombre de la camisa de Félix's*, en la revista *Para Ti*, y un lector descubrió el tremendo parecido que tenía con *El hombre de la camisa de Brooks Brothers*, de Mary McCarthy. El periodista Francisco Urondo escribió un artículo titulado *Las vísperas del incendio* comentando el episodio, y Beatriz se ofendió muchísimo: “Hay disgustos que permanecen en uno de cualquier manera”, declaró al diario *Clarín*.

La jefa de redacción de *Para Ti* dio explicaciones que no lograron convencer a nadie. Dijo que al publicar el cuento había omitido “dos notas a pie de página agregadas por la señora Guido. La primera, a modo de acápite, decía: `Paráfrasis del cuento de Mary McCarthy, autorizado´. La otra, al pie, añadía: `Adaptación de Beatriz Guido, con autorización de Mary McCarthy´”. Marta Lynch, su colega y rival, protagonizó también un episodio similar. “Tiene un cuento, *El chico del pelo colorado*, que es exactamente igual a *El transeúnte*, un cuento de Carson McCullers incluido en *La balada del café triste*”, recordó la escritora Liliana Heker.

Al poco tiempo la editorial Merlín, que tenía preparado un libro con distintos textos de Beatriz, lo sacó a la venta en forma apresurada, sin correcciones ni prólogo. *El ojo único de la ballena* se agotó en tres días y Beatriz instruyó a su abogado para que iniciara acciones, ya que lo consideró una edición pirata. Allí aparece finalmente *Homenaje a la hora de la siesta*, que nunca se había publicado.

Se abocó entonces a un nuevo guión: la adaptación de *Los lanzallamas* y *Los siete locos*, de Roberto Arlt, junto a Mirta Arlt y Luis Pico Estrada. Fue el siguiente film de Nilsson, llamado finalmente *Los siete locos*, con Alfredo Alcón, Norma Aleandro, Thelma Biral, Sergio Renán, Osvaldo Terranova, Leonor Manso y José Slavin, quien nuevamente lo produjo. Fue un film absolutamente respetuoso de la estética y la visión del mundo de Arlt, que Leopoldo consideraba muy afín a la suya.

Después de la etapa épica, se había propuesto realizar un cine que fuese a la vez popular y de calidad, centrado en temas que tuvieran que ver con nuestra esencia. “Creo que *Los siete locos* me eligió a mí hace mucho tiempo, cuando a los veinte años más o menos leía a Roberto Arlt. Arlt me descubría gran parte de la Argentina y me daba una gran síntesis del hombre argentino a través de Erdosain. Uno, muchas veces, descubre su realidad y clarifica su visión del propio país a través de la literatura. Cuando me hice definitivamente cineasta, es decir, cuando empecé a hacer a través del cine cosas que significaban algo de mi visión del mundo, filmar a Roberto Arlt fue una especie de gran ambición. Como ocurre con casi todos los grandes creadores, se va actualizando cada vez más”, declaró (6).

Cuando se estaba por iniciar el rodaje, apareció en escena un personaje que se convertiría en una especie de pesadilla para la pareja: Miguel Paulino Tato. Traía una orden oficial para suspender la película, aunque en esa oportunidad lograron que se levantara la prohibición. Pero tuvieron algunas restricciones: “No permitieron que un militar apareciera vestido de militar, tuvo que aparecer de civil”, recordó Rodolfo Mórtola.

Los siete locos se estrenó el 3 de mayo de 1973 en el cine Gran Rex y treinta y nueve salas simultáneas. Unos días después, el 25 de mayo, en un clima de gran euforia asumió la Presidencia de la Nación Héctor J. Cámpora, quien debió renunciar a los dos meses. Se convocó a nuevas elecciones, y con el sesenta por ciento de los votos, Juan Domingo Perón y su mujer, Isabel Martínez, asumieron la Presidencia y la Vicepresidencia.

Torre Nilsson siguió trabajando, y para su próximo film eligió adaptar otra novela que también tenía grandes conexiones con nuestra idiosincrasia: *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig. El guión estuvo exclusivamente a cargo de Puig y Torre Nilsson. “Puig dijo que no quería

que trabajara nadie más, y así se hizo. Leopoldo puso entonces a Beatriz como directora de arte, para que figurara en los créditos”, recordó Rodolfo Mórtola.

Como siempre trabajó Alfredo Alcón, esta vez junto a Luisina Brando, Leonor Manso y Raúl Lavié. El papel protagónico femenino –que estuvo a cargo de Marta González y significó para ella una gran oportunidad- en un principio le fue ofrecido a Susana Giménez, a quien Nilsson había conocido unos años antes, cuando ésta participó en *Fuiste mía un verano*, el film que produjo con dirección de Eduardo Calcagno.

Así lo recordaron tanto Beatriz como Giménez en un reportaje conjunto que les hizo la revista *Gente* en 1975, con el título *Susana Giménez vs. Beatriz Guido, un diálogo íntimo, vital y profundo*. “Vos estuviste por trabajar con Leopoldo en *Boquitas pintadas*”, le dijo Beatriz, y Susana contestó: “Hace mucho que sueño con filmar con Leopoldo. *Boquitas pintadas* podría haber sido la oportunidad. Pero ese mismo día yo comenzaba a filmar *La Mary*. Inclusive hablé con *Babsy*, pero esa vez no pudo ser. Hasta hoy me tiraría por la ventana cuando lo pienso. El papel de *Nené* era sensacional”. Tal vez para consolarla, Beatriz le comentó: “Creo que lo que nosotras dos tenemos en común es que somos dos profesionales responsables. Y que las dos necesitamos un campeón en nuestras vidas (Leopoldo Torre Nilsson y Carlos Monzón).

La producción de *Boquitas pintadas* corrió por cuenta de Leopoldo junto a Juan José Jusid, quien le ofreció varias veces invertir algo más de dinero para mejorar algunas escenas, pero él siempre rechazó la oferta. Pese a tener un buen guión, excelentes actuaciones y una imagen muy cuidada, hay en el film algunos errores de continuidad.

Pero a Torre Nilsson esos detalles nunca le importaron. Según cuenta Rodolfo Mórtola, “durante la filmación de *La Mafia*, en una escena donde los personajes estaban almorzando y había unas cáscaras de naranja arriba de la mesa, yo me descuidé con la continuidad. Cuando terminó de filmar le dije: ‘Nilsson, no estaban las cáscaras de naranja’. Y me contestó: ‘Rodolfo, por favor, no trabaje más con Fernando Ayala’. Porque yo había estado trabajando con Ayala, que era todo lo contrario, muy meticuloso. ‘Después de Godard, cómo usted se puede ocupar de esas pavadas’, me dijo”.

Ernesto Schoo también recordó un episodio similar: “Cuando estaban filmando *Fin de fiesta*, un asistente insistía en poner un gran jarrón chino en el descanso de la escalera, y Beatriz insistía en sacarlo. El resultado es que en la misma escena de la película aparece y no aparece el jarrón”.

Boquitas pintadas se estrenó el 23 de mayo de 1974. Fue a la vez un gran film y un gran éxito comercial: la vieron dos millones cuatrocientas mil personas. “Ganaron mucho dinero y siguieron siendo tan generosos como siempre. A mí me compraron la casa en la que vivía, que era alquilada”, cuenta Enzo Álvarez.

En esa época, Miguel Paulino Tato fue nombrado director del Ente de Calificación Cinematográfica. Poco más de un mes después moriría Perón e Isabel Martínez asumiría la Presidencia. Los sectores de izquierda, que a partir de la renuncia de Cámpora habían perdido espacio, fueron definitivamente derrotados y la derecha peronista tomó el poder.

El film fue invitado al Festival de San Sebastián y aunque Tato intentó retirarlo del certamen, no pudo lograrlo. En combinación con el secretario de Información Pública, José María Villone, le quitaron entonces todo tipo de apoyo oficial. Sin embargo, ganó la Concha de Plata y el Premio de los Escritores Cinematográficos de España.

Ese mismo año, Nilsson filmó *El pibe cabeza* con Alcón, Marta González y José Slavin. Antes de iniciar el rodaje, debieron operarlo de hernia por la gran cantidad de eventraciones que habían resultado de su anterior operación de vesícula.

Tato le exigió treinta y siete cortes como condición para exhibir la película, y Nilsson declaró a la revista *Antena*: “Entiendo que debe haber alguna inquina de Tato hacia mí. No tolera en mis films lo que sí tolera en otros. Los orígenes de ese resentimiento los ignoro. Quizá una discrepancia ideológica. Siempre fui liberal en el sentido europeo del término, no en materia económica, por supuesto. No habría problemas en que discrepáramos si estuviéramos los dos en un plano de igualdad, pero cuando él tiene la sartén por el mango se hace difícil la convivencia. Una vez se lo dije y me contestó: ‘Harías bien en irte, con lo bien que hablás inglés’”.

En verdad, entre Tato y Torre Nilsson existía una historia previa. Muchos años atrás, el censor había intentado hacer carrera en la dirección cinematográfica. El film se llamaba *Facundo, el tigre de los llanos*, y fueron tantos sus desaciertos que el productor optó por llamar a *Babsy* para que la terminara.

Pero Nilsson estaba lejos de ser la única víctima. Durante ese período la censura se ensañó con muchísimos libros, obras de teatro, medios de comunicación, y una gran cantidad de films nacionales (*Quebracho* de Ricardo Wüllicher, *La Patagonia rebelde* de Héctor Olivera) y extranjeros (*Los cuentos de Canterbury* de Pier Paolo Passolini, *Pretty Baby* de Louis Malle, *Novecento* de Bernardo Bertolucci, *El tambor* de Volker Schlöndorff). Muchos artistas integraron listas negras, y apareció en escena la célebre Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), una organización comandada desde las sombras por José López Rega (7), que entre otros hechos delictivos, amenazó a varios actores, directores, cantantes y escritores, que debieron abandonar el país.

Al año siguiente, con la colaboración de Beatriz y Luis Pico Estrada, Torre Nilsson hizo una adaptación libre de la novela de Adolfo Bioy Casares *La guerra del cerdo*. El film se llamó *Diario de la guerra del cerdo*, y contó con las actuaciones de José Slavin, Marta González, Víctor Laplace, Osaldo Terranova, Miguel Ligeró, Luis Polliti, Zelmara Gueñol y Walter Soubrie. Por influencia de Tato, el film no fue declarado de "interés especial", lo que hubiera significado un mayor porcentaje de recuperación industrial.

Tanto *El pibe cabeza* como *Diario de la guerra del cerdo* volvieron a ocasionarle un gran descalabro financiero y debió buscar nuevos inversores. Así fue que se asoció con un grupo de grandes empresarios, entre ellos Franco Macri, y encaró su nuevo proyecto, *Piedra libre*, basado en un cuento de Beatriz. Desde *Fin de fiesta* no filmaba un libro de su mujer, y aunque se propuso recuperar el clima intimista de los primeros años, el resultado dejó mucho que desear.

Las dos Amalias, abuela y nieta -interpretadas por Mecha Ortíz y Luisina Brando- son las únicas sobrevivientes de una antigua familia y deciden recoger a una huérfana, Eugenia, a cargo de Marilina Ross. Amalia nieta se casa con un rico hacendado, Ezequiel Laplacette (Juan José Camero), quien descubre que su flamante mujer había tenido una relación

sentimental con su capataz. Ésta huye y se esconde en el parque, debajo de un banco veneciano. Eugenia sabe dónde se escondió Amelia pero no lo dice, y así logra quedarse con el hacendado.

Cuando era chica, en un viaje a Europa con su padre, Beatriz había visto un cuadro, *La novia de Modena*, en el que un esqueleto vestido con un traje de novia permanecía escondido en un arcón. Nunca olvidó esa imagen, que no sólo aparece en *Piedra libre* sino también en *La casa del ángel* y *La mano en la trampa*.

El guión fue escrito por Beatriz, Leopoldo y Rodolfo Mórtola, quien recuerda: “Beatriz y yo escribíamos y Nilsson corregía. Íbamos a trabajar a la Confitería del Molino, porque ella necesitaba ruido. Largaba ideas todo el tiempo, algunas geniales y otras, tremendos disparates. Cuando estábamos escribiendo la escena del lago, me preguntó cómo se castra a los toros. Yo soy del campo, entonces le expliqué. Beatriz quería que en la escena el capataz tirara los huevos del toro al lago y éstos quedaran flotando como globos. Después, en la oficina, Leopoldo le dijo: ‘Beatriz vos sos loca, no tenés noción’. Yo me moría de risa”.

“Pese a todo se hizo la película, que tiene algunos buenos momentos aunque no es buena ni tiene un buen guión. Porque no se puede hacer un guión en dos meses, se necesita al menos medio año. Pero *Babsy* ya estaba mal y había que hacerlo rápido. Yo tenía la intuición de que ésa era su última película”, continúa Mórtola, quien después agrega: “Los dolores de columna eran cada vez más terribles. Yo creo que se drogaba, supongo que con cocaína. Nunca lo he visto drogarse pero lo sé. Beatriz por supuesto que lo sabía”.

Hay quienes dicen, incluso, que Beatriz abría la puerta de su casa para que entrara el proveedor. Lo importante era satisfacerlo, y al igual que con el juego, no valía la pena cuestionarse. Si la cocaína calmaba los dolores de Leopoldo y él la pedía, no habrá visto razón para negársela.

NOTAS

- 1.- Revista *Gente*, 1970.
- 2.- Revista *Los libros* nº14, 1970.
- 3.- Revista *Gente*, 1975.
- 4.- Revista *Gente*, 1970.
- 5.- Diario *La Opinión*, 1972.
- 6.- José López Rega, un ex cabo de la policía, fue adoptado por Isabel Perón como su mentor espiritual. Consiguió convertirse en una persona indispensable para el propio Perón, y durante el gobierno de Cámpora fue nombrado ministro de Bienestar Social. Cuando Isabel fue Presidenta, no tomaba ninguna resolución sin consultarlo.

El adiós a *Babsy*

El 24 de marzo de 1976, una nueva dictadura militar –la más sangrienta– derrocó al decadente gobierno de Isabel Perón. Muchos intelectuales debieron dejar el país, y algunos otros fueron muertos y secuestrados.

Miguel Paulino Tato siguió en funciones con el nuevo gobierno, y aunque *Piedra libre* ya había sido aprobada, el censor decidió prohibirla a pocos días de su estreno, por considerar que contenía escenas de lesbianismo.

Beatriz y Leopoldo habían viajado a París, donde se exhibieron varios de sus films. De allí fueron a Viena y por último a Madrid, donde recibieron la noticia de la prohibición de *Piedra libre*. Nilsson convocó entonces a una conferencia de prensa, donde anunció que no volvería a la Argentina mientras *Piedra libre* no tuviera permiso de exhibición.

Beatriz sí volvió, para entrevistarse con algunos funcionarios y hacer declaraciones a los diarios: “En el argumento de la obra no hay motivaciones sexuales ni políticas que puedan ser objetables desde el punto de vista moral”, dijo a *La Opinión*. Luego voló a Madrid, se instaló con su marido en un departamento alquilado, y empezó a escribir su próxima novela, *La invitación*.

El cineasta Eduardo Mignogna, que estaba exiliado en España, los conoció en esa época. “A *Babsy* le había interesado un relato de mi libro *Cuatrocasas*, y con el pretexto de trabajar en la adaptación, comenzamos a frecuentarnos. Yo solía ir a su departamento de Plaza España y trabajábamos desde el mediodía hasta el atardecer, hora en que Beatriz insistía en preparar algo para comer. Las bandejas con quesos y jamones que nos traía, con su habitual botella de vino Paternina (*Babsy* decía que era el vino preferido de Hemingway), nos llegaban entre sus manos enmarcadas por una sonrisa cuadrada y diáfana, como una declaración de amor eterna y permanente que le dedicaba a *Babsy*. Jamás olvidaré su sonrisa y el par de huevos fritos con que me homenajearon la primera noche. Recuerdo que estábamos comenzando a comer cuando llegaron de visita Lautaro Murúa y su mujer, la pintora Ema Gans. Beatriz los recibió con

exclamaciones de felicidad y tras desaparecer brevemente, regresó con otra botella de Paternina y otros cuatro huevos fritos” recordó.

Finalmente, después de una acción judicial, la prohibición fue levantada y el film pudo estrenarse. Viajaron a Buenos Aires, y aunque Leopoldo quería volver a Madrid, sus problemas de salud se agravaron y decidieron quedarse. “Si vine es para ver exactamente cuál es el grado de relación entre el cine argentino y las autoridades, cuál es el techo que la censura autoriza para desarrollar una producción fílmica. Porque se imaginarán ustedes que la presencia de Tato en el Ente es una continua espada de Damocles sobre mí, y no tengo ganas de que cada película mía necesite un juicio para ser estrenada”, declaró a la revista *Antena*.

Debieron mudarse a un departamento más chico, en Vicente López y Callao, que compraron con la ayuda de la madre de Leopoldo. Para justificar el cambio, Beatriz le dijo a un periodista: “Nos tuvimos que mudar porque el propietario de la casa anterior demostró que éramos inquilinos pudientes”. Sin embargo, en ese mismo reportaje reconoció que estaban “fundidos”. “Leopoldo tiene que hacer comerciales para poder comer”, agregó (1).

Los dolores de Nilsson eran cada vez más fuertes. Le diagnosticaron una hernia de disco, pero luego se confirmó que tenía cáncer de próstata, y éste a su vez le había provocado una metástasis ósea. El cáncer ya estaba muy avanzado y no había solución, pero decidieron extraerle la glándula hipófisis para que el dolor de huesos lo dejara morir en paz. La operación duró seis horas. “Nunca antes habíamos oído hablar de este tipo de operaciones, era algo totalmente insólito”, recuerda Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini.

“La extirpación se hizo por vía nasal. Es una nueva técnica científica, pues anteriormente se practicaba a través de la apertura del cráneo”, declaró Beatriz, intentando no darle demasiada importancia (2). A partir de allí se decidió a encarar su gran mentira. Leopoldo no debía conocer su estado, ella haría que pasara su último tiempo lo mejor posible, y lo convenció de que sólo se trataba de una descalcificación ósea. Pidió la habitación más grande y cómoda del Instituto del Diagnóstico, donde recibían a las visitas con *champagne*, apostaban a las carreras por teléfono y hacían planes para las vacaciones en Punta del Este.

Cuando el cáncer de próstata le provocó cistitis, Beatriz le explicó que tenía una infección urinaria. Luego le hicieron una transfusión de sangre y contrajo hepatitis. Sus hijos querían decirle la verdad, pero ella impuso su criterio. “Beatriz tenía una corte de médicos que hacían lo que ella decía, los que intentaban un diagnóstico serio eran echados”, opina Javier Torre.

Le permitieron volver a su casa y empezó a trabajar en un nuevo proyecto, *Fiebre amarilla*, inspirado en las historias que le había contado uno de los médicos del sanatorio. Trabajó en el guión con Beatriz y sus hijos, pero cuando lo presentó en el Instituto de Cinematografía, Tato se lo rechazó. La película fue filmada por Javier Torre unos años después de la muerte de su padre.

Como necesitaba dinero, Nilsson dirigió dos avisos publicitarios para la empresa *Benson and Hedges*, el primero de ellos protagonizado por el actor Mel Ferrer, quien viajó especialmente a la Argentina. También realizó comerciales para la empresa *Crush* y el diario *Clarín*. Le ofrecieron hacer un documental sobre el Mundial de Fútbol de 1978, pero no aceptó. Tanto él como Beatriz eran contrarios a la realización de ese evento, que la dictadura organizó para revertir su imagen internacional.

En una carta a Jorge Álvarez, quien se había ido del país y vivía en Nueva York, Beatriz escribió: “Es muy duro cumplir con un destino latinoamericano sin vos a nuestro lado, pero espero que todo vaya bien, que el Mundial pase pronto y que vos o nosotros podamos ir y venir para abrazarnos y querernos como todos los días y como ha sido siempre en tantos años. Besos, Besos, *Beatrice*”.

“Beatriz siempre firmaba sus cartas así. Cuando le dedicaba un libro a algún amigo, también escribía su nombre de esa forma. Era la manera en que se nombraba a sí misma”, recuerda Jorge Álvarez.

Los dos hombres de su vida la llamaron así. Primero su padre, Ángel Guido, y luego, Leopoldo Torre Nilsson. Su sobrina Adriana Martínez Vivot recuerda que “para la familia era *Betty*, seudónimo que tal vez no le gustara tanto, pero de esa forma la había llamado su madre y nosotros lo heredamos. Cuando nos escribía a nosotros firmaba como *Betty*”.

Jorge Álvarez asegura que una de las causas por las que decidió dejar la Argentina, más allá del golpe militar, fue no presenciar la decadencia física

de *Babsy*. “Fuimos tan amigos, nos divertimos tanto juntos que verlo sufrir así me resultaba insoportable”, dijo.

“Ella vivió la enfermedad de Torre Nilsson patéticamente, haciéndole creer que estaba vivo. Él vivió varios meses después de muerto, ella le hizo creer que vivía durante muchos meses, porque estuvo muerto mucho tiempo antes de morir. Hubiera muerto antes de no haber estado con Beatriz”, asegura Manuel Antín.

“La enfermedad del ser querido fue mi huésped despiadado, sin tarjeta de pasajero en tránsito. Y la fe, categoría primera, desconocida hasta entonces, fue mi compañera”, escribió Beatriz un año después.

“Recuerdo que mi mamá se enojaba con *Betty*, porque con tal de dejarle la cama a *Babsy* para que no sufriera tanto los dolores de espalda, dormía en el piso. Lo hacía una vez que él se dormía. Mi mamá le decía que comprara otra cama pero ella decía que no, porque no quería que él se diese cuenta”, cuenta Adriana Martínez Vivot.

En su desesperación, apelaba a cualquier recurso. Visitó curanderos, y hasta lo llevó a España para que lo viera un médico que le había recomendado el cantante Antonio Prieto. La familia de Leopoldo le facilitó el dinero, y viajaron con un enfermero que le aplicaba morfina cada cuatro horas. “Iba con tanto dolor que lo llevaban acostado boca arriba sobre el piso del avión”, recordó Claudio España.

Leopoldo Torre Nilsson murió el 8 de septiembre de 1978. “Tuvo una gran calidad para morir, él sabía que se iba y ella también lo sabía, y creo que lo despidió de un modo entrañable”, dice Graciela Borges. Fue velado en la Cinemateca Argentina, junto a una foto de Orson Welles en *El ciudadano* y un afiche de *Los siete locos*. En el entierro, en el Cementerio Británico, Alfredo Alcón tiró el primer puñado de tierra y dijo: “Aquí murió el cine argentino”.

NOTAS

- 1.- Revista *La Semana*, 1978.
- 2.- Revista *Para Ti*, 1978.

La vida después

*Para esperar que el trineo nos lleve definitivamente
a la tumba matrimonial. ¿Recuerdas?*
Despedida de Beatriz Guido a Leopoldo Torre Nilsson

Después de la muerte de Leopoldo, Beatriz se replegó exclusivamente en su familia y sus amigos más íntimos. Ella, que siempre había abierto las puertas de su casa y había tenido tan buena relación con la prensa, en ese momento fue absolutamente celosa de su intimidad.

No aceptó reportajes y se sintió invadida cuando una periodista, con la excusa de una visita de pésame, escribió un largo artículo sobre su triste situación: “Esto no es una nota – pretendió aclarar la periodista en el comienzo de su artículo-. Son apenas apuntes, observaciones, infidencias de las que espero ser perdonada” (1).

Pero no lo fue. Enojada como pocas veces, Beatriz publicó una solicitada en el diario *Convicción*. “Lamento profundamente tener que aclarar públicamente circunstancias referidas al íntimo y doloroso momento que me toca vivir. A veces, las visitas de condolencia se convierten en reportajes no concedidos. Una vez traspasadas las puertas de mi casa, con la excusa de ‘darte un abrazo’, una periodista de un semanario no respeta uno de los principios básicos de los periodistas y viola la amistad que entendía tenía con Torre Nilsson y conmigo”, escribió.

Se abandonó completamente. Aunque siempre se había preocupado por su estética (incluso había apelado a la cirugía plástica, aunque sólo para un retoque de nariz), ya durante la enfermedad de Torre Nilsson había comenzado a engordar y a descuidar su vestimenta. “Estaba gorda, desarreglada, y caminaba con dificultad. La imagen que perduró de Beatriz fue ésta, la de un buda gordo, con los ojos saltones y mal pintados”, recuerda Orfilia Polemann. “Usaba unas túnicas negras largas hasta los tobillos, fundamentalmente por un problema de mala circulación en las piernas. Esa época fue para ella un momento de espera hasta que llegara la muerte”, agrega Edgardo Cozarinsky.

Sus amigos ya no eran tantos. “Era un ser adorable y la mayoría de la gente la quería, pero cuando murió Leopoldo descubrió que muchos se habían aprovechado de su amistad, y habían estado ahí por conveniencia o cholulismo”, dice Mabel Peremarti.

Hasta Marietta, la mucama paraguaya, decidió abandonarla. “Fue tan ingrata que cuando murió *Babsy*, la dejó a Beatriz”, cuenta Peremarti. “Le dijo que si no había plata no iba a seguir trabajando”, agrega Enzo Álvarez. No sólo la abandonó sino que además la demandó judicialmente. Beatriz se quejó ante sus amigos atribuyéndole esta frase: “Yo trabajaba para un director de cine rico y no estoy dispuesta a hacerlo para una escritora pobre”.

En realidad, la relación entre ellas había sido algo difícil. “Marietta lo quería más a mi hermano. *Betty* era una persona encantadora, pero seguramente no resultaría fácil para alguien a su servicio seguirle el tren”, comenta Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini.

En un caso similar al de José Antonio Ciancaglini –a quien Beatriz rebautizó como Juan Carlos- el nombre de Marietta era otro invento suyo. Su mucama se llamaba en realidad Catalina Báez, y no sólo le sirvió de inspiración para el cuento *La terraza*. Tenía el mismo apellido que Antola Báez, la sórdida e imprescindible ama de llaves que en *El incendio y las vísperas* maneja los secretos y los hilos ocultos de la familia Pradere.

“Beatriz era absolutamente desprendida y sufrió muchas ingratitudes – continúa Mabel Peremarti-. Era increíble el desprendimiento que tenía. Cuando las muchachas de la casa iban de compras les decía que le sacaran plata de la cartera, entonces ellas iban y se servían. Por esa generosidad tan auténtica fue despojada de muchas cosas, era increíble cómo le desaparecían las cosas de los armarios. Cada vez tenía menos. Siempre contrataba personas para que cuidaran a su hermana, y ese ir y venir de mujeres en la casa también debe de haber contribuido. Una vez, a las once de la noche, la acompañé a llevarle dinero a un conocido escritor que estaba muy enfermo y en mala situación económica. En una carterita llevaba todo lo que tenía en ese momento. `Total, mañana voy a cobrar en Losada`, me dijo. Y en ese momento su situación distaba de ser buena”.

Siguió rodeada de sus pocos amigos y también de chicos jóvenes que querían escribir y se le acercaban. “Iban a hacerle una entrevista y les decía: `Querido, querido, quedate´. Después salíamos todos a comer afuera. Le encantaba comer afuera mientras no tuviera que caminar demasiado, tomaba un taxi por dos o tres cuadras”, recuerda Adriana Martínez Vivot.

“Cuando murió *Babsy* empecé a descubrir una Beatriz distinta, no tan fantasiosa sino trabajadora y responsable –continúa su sobrina-. Además de ser amorosa, tenía una disciplina muy fuerte y era muy estricta en temas puntuales. La educación, por ejemplo. Quería que nosotros siempre estudiáramos algo, sobre todo mi hermana y yo, por ser mujeres. Le había costado mucho hacerse de un lugar y siempre decía: ‘En esta sociedad, si sos mujer o *gay* te tenés que destacar por tu talento’. Creía que el talento lo salvaba todo. Uno podía ser cualquier cosa y Beatriz lo aceptaba mientras tuviera talento, si no, era bastante dura. De todo esto me di cuenta recién en esa época, yo pensaba que con ella se podía hacer cualquier cosa, pero no. Si le decías que querías ser actriz y consideraba que no tenías talento, te lo decía enseguida: ‘Mirá, tenés que ser muy talentosa porque el camino es muy duro. Será mejor que estudies algo más convencional, porque el mundo es muy difícil y si querés ser actriz tenés que ser muy buena’. Te cantaba muy fuerte las cosas, y así como te decía lo bueno te decía lo malo. Una vez me teñí de morocha y casi se muere. ‘¡Estás horrible!’, me dijo delante de todos y me mandó de vuelta a la peluquería. Me tuve que volver a teñir con mi color porque ella no soportaba mirarme. Era abierta, pero hasta cierto punto”.

“Además de sus libros, dedicó esos años a ocuparse de lo que dejó Torre Nilsson. De sus películas, no de lo material, porque los hijos de Leopoldo le sacaron todo – continúa Edgardo Cozarinsky-. Ellos actuaron de manera legítima de acuerdo con la ley, pero totalmente ilegítima de acuerdo a lo que fue la vida de Leopoldo. A pesar de que ella los ayudó en más de una ocasión, la lealtad de ellos para con su propia madre hizo que se quedaran con todos los derechos de los films que Nilsson había hecho en colaboración con Beatriz”.

La sucesión de Torre Nilsson dio lugar a varios enfrentamientos. “Ya durante los últimos años de mi padre el gran mundo se había desmoronado. Fueron años muy duros y cuando él murió, tanto Beatriz como nosotros debimos salir a buscar trabajo –cuenta Javier Torre-. Ella no volvió a ser la misma, se permitió tratarme mal y dejé de verla. Con respecto a los bienes, estaba el colegio *Highlands*, del cual nos correspondía una parte, el departamentito de Vicente López que mi abuela les había regalado, y los derechos de las películas. Durante la enfermedad de mi padre, Beatriz había retirado dinero del colegio para afrontar los gastos y poder vivir. Finalmente llegamos a un acuerdo: ella se quedó con el departamento, y mi hermano y yo nos hicimos cargo de la

deuda con el colegio y nos quedamos con los derechos de las películas, que eran joyas intelectuales pero no tenían demasiado valor económico, recién lo tuvieron cuando apareció el video. Aunque reconozco que tal vez mi padre no hubiera hecho todo lo que hizo sin ella, legalmente la titularidad era de él”.

La empresa *Benson and Hedges*, que había contratado a Leopoldo un tiempo antes, aportó el dinero necesario para hacer nuevas copias de sus films. Así fue que Beatriz organizó un festival en Nueva York y una muestra itinerante, además de numerosas conferencias y homenajes. Instituyó también los premios Torre Nilsson, que durante ocho años se entregaron en el hipódromo. “Cada año premiábamos con una copa al propietario, el jockey, el cuidador y el peón del caballo que salía campeón. Beatriz siempre conseguía la plata”, recuerda Enzo Álvarez.

Tenía el departamento de Vicente López (en la entrada de ese edificio hay ahora una placa que con justicia dice: “Acá vivió Beatriz Guido”), pero necesitaba dinero para sobrevivir. “Yo intervine para que trabajara en Losada como asesora literaria”, cuenta Mabel Peremarti.

Fue así como comenzó a ocuparse de las relaciones públicas y la parte institucional de la editorial, además de participar en las presentaciones de libros, recibir a los autores y (oh, peligro) ser jurado en un concurso de novela. “Recuerdo que me dijo que tenía que hacer eso porque si no me moría de hambre –cuenta Rodolfo Mórtola-. No tenía un peso, tenía que ir a comer a lugares baratos como *El Vómito*, donde íbamos en aquel entonces. Lo único que no resignó fue el taxi. La ida y vuelta a Losada en taxi era fundamental”.

La editorial Losada decidió también pagarle un anticipo para que terminase su novela *La invitación*, que había comenzado cuando vivió en España junto a Torre Nilsson. Como se dispersaba y no podía escribir, la enviaron por unos meses a Madrid, y allí pudo terminarla. “Era la época del destape, había mucha efervescencia, y además estaba lleno de argentinos. Eso la compensaba de la censura que se vivía acá”, recuerda Edgardo Cozarinsky.

La invitación se publicó a fines de 1979 y fue un *best-seller*, aunque la historia es impostada y poco verosímil. Transcurre en el campo de la familia Zurbarán, en la Patagonia. Adriana Zurbarán está casada con

Cambón, un advenedizo que terminó comprando las tierras de la familia venida a menos de su mujer. Allí pasan los veranos junto a sus cuatro hijos, uno de los cuales, Gustavo, un futuro escritor, es quien se encarga de espiar por el ojo de la cerradura: “Detrás de la puerta yo escuchaba: comprendí entonces que el oficio de escribir es a veces el arte del soplón, del espión, del detector de conciencias”, dice.

Su padre maneja negocios misteriosos, e invita a un oscuro personaje, Julián Sánchez, a participar de la cacería del ciervo. Éste llega acompañado por un grupo de secuaces armados, y finalmente descubren que es un vulgar traficante de armas. “Trato de vender armas donde creo que está la verdad y la lucha por la libertad”, les explica a los jóvenes Cambón cuando estos lo indagan. Había hecho negocios en Cuba, Marruecos, Argelia, la Guerra de los Seis Días y Vietnam, pero se resiste a facilitar el armamento que le reclama Cambón padre, cuyo destino es la masacre de Ezeiza (2). Finalmente lo matan.

La novela casi tuvo un problema legal. “La cacería del ciervo está totalmente copiada de una revista de deportes de la época, y tuvieron que hacer unos arreglos terribles con el autor de la nota para disimular la cuestión”, recordó Eduardo Gudiño Kieffer.

La invitación fue llevada al cine, con la dirección de Manuel Antín. “El film fue una iniciativa de ella y lo dirigí yo como podría haberlo hecho Torre Nilsson de haber estado vivo –dice Antín-. Cuando murió Leopoldo yo pasé a ser una especie de heredero cinematográfico en el mundo de Beatriz. Era una época difícil para todos, no teníamos posibilidades de trabajo ni recursos de vida. Con su calurosa imaginación, había conseguido un productor y ya estaba armado el elenco. Me pidió que la leyera y le dije: ` ¡Beatriz, esta novela es increíble!´ No se me ocurre que un traficante de armas abandone su profesión por amor, me parece que estos tipos tienen el corazón un poco más endurecido. La situación era tan absurda, teníamos tanta necesidad de plata, que finalmente optamos por trabajar en la película. Comenzamos a elaborar el guión con Rodolfo Mórtola y el abogado y escritor Gustavo Bossert (quien años después integraría la Corte Suprema de Justicia), para ver si podíamos darle un poco de verosimilitud a esta historia”.

“Era un libro muy complejo, muy ya de cuando Beatriz entra en el delirio”, comentó Rodolfo Mórtola.

“Antes de reunirnos con el productor para arreglar la parte económica, Beatriz me preguntó cuánto necesitaba –continúa Manuel Antín-. Yo acababa de perder mi casa por culpa de mi película anterior y necesitaba recuperarla. ‘Necesito setenta mil dólares’, le dije. ‘Bueno, a mí me vendrían bien treinta mil, así que habla vos y pedí cien mil’, me contestó. Fuimos a la reunión y yo me sentía en el personaje de Torre Nilsson, porque estoy seguro de que ellos se movían así en situaciones como ésta. Beatriz era muy inteligente, muy pícaro y muy rápida en su manera de obrar e inventar cosas. Se quedó en el fondo de la sala como si estuviera ausente, y a mí me costaba bastante sostener ese personaje de escritorio, porque jamás en mi vida lo había hecho. Le planteé la cifra y el productor me dijo que le parecía mucho. No terminó de decir la palabra *mucho* cuando se escuchó la voz de Beatriz, que desde el fondo y levantando la mano dijo: ‘Yo me conformo con diez mil’. Y así fue que la película se hizo. En el momento de ceder, no esperó a que fuera yo quien cediera sino que se apuró por miedo a que hubiera alguna interrupción o demora en la negociación. Me salvó de terminar con mi familia en la calle”.

La invitación fue producida por el empresario Enrique Capozzolo, quien de esta forma le dio el gusto a su mujer, la *vedette* Graciela Alfano, quien fue la protagonista. “Yo conocía a la Alfano del hipódromo, donde iba a veces con Capozzolo. Un día me dijo que quería conseguir un libro serio para protagonizarlo en cine, y así fue que la conecté con Beatriz”, cuenta Enzo Álvarez.

Para festejar el estreno, Beatriz organizó una fiesta en su departamento de Vicente López. “No cabía un alfiler. Lo que pasaba en esas reuniones es que muchos llevaban a otros, porque a esa casa iban artistas y gente conocida. El resultado era que las cosas que se compraban nunca alcanzaban. Con mi marido y Adriana, la sobrina de Beatriz, fuimos a la cocina y cortamos los sándwiches de miga en tres para que alcanzaran para todos”, recuerda Mabel Peremarti. Sin embargo, el film duró sólo una semana en cartel.

Beatriz trabajó también en la adaptación de su cuento *La usurpación*, que dirigió Fernando Ayala, y de *Memorias del subsuelo*, que dirigió Nicolás Sarquís. Además preparó algunos guiones para televisión, como el episodio *La envidia* de la serie *Los siete pecados capitales*, que

protagonizó Thelma Biral, y la adaptación de su cuento *El remate*, que insistió en protagonizar la Alfano.

En 1982 publicó su siguiente libro, *Apasionados*, que reúne dos *nouvelles*: *La encerrada*, una historia de amor ligada a los acontecimientos políticos de 1973, y *Viaje en galera*, centrada en el personaje de Facundo Quiroga. Por ese libro obtuvo al año siguiente el Premio Nacional de Literatura, que contempla una pensión de por vida. Uno de los miembros del jurado fue Marta Lynch, quien pese a sus rivalidades decidió premiarla.

Le entregaron el premio en el Teatro Nacional Cervantes, y según cuenta Elsa Osorio, “el subsecretario de Cultura de la dictadura pronunció un discurso que era un oprobio para todos los que estaban en el teatro”. Luego, la editorial le hizo un agasajo en la Manzana de las Luces. Beatriz declaró: “El hecho de que me den un premio es muy importante para mí, y para lo que creo representar. El escritor no es solamente el que escribe un libro. Hay toda una conducta intrínseca, una ideología que transmite por su obra. Pero también debe estar acompañada por una conducta. Mi problema fue siempre pensar cómo se puede admirar a Celine y saber al mismo tiempo que colaboró con los nazis” (3).

El año anterior, los militares habían decidido recuperar las islas Malvinas, que nos habían sido arrebatadas por los ingleses hacía más de un siglo. Beatriz siempre estuvo en contra: “Acá ha habido una traición a la patria”, decía frecuentemente. “Nunca creyó en la información que brindaban los medios. Estaba obsesionada con la guerra”, agrega Elsa Osorio.

“De la guerra de Malvinas sólo me ha quedado la sangre, los pies descalzos en la nieve, seis mil jóvenes que nunca debieron estar allí”, declaró en una entrevista (4). Si algún saldo a favor tuvo esta guerra, fue que precipitó el fin de la dictadura militar.

NOTAS

- 1.- Revista *Gente*, 1978, nota de Renée Sallas.
- 2.- En junio de 1973, cuando Juan Domingo Perón volvió definitivamente a la Argentina, tres millones de personas fueron al aeropuerto de Ezeiza a recibirlo. La fiesta terminó en una gran masacre.
- 3.- Revista *Para Ti*, 1983.

4.- *Ibidem.*

La democracia y el final

El 10 de diciembre de 1983, Raúl Alfonsín asumió como Presidente de la Nación con el cincuenta y dos por ciento de los votos. El país volvía al sistema democrático en un clima de entusiasmo pocas veces visto, con un presidente que defendía fervorosamente los derechos civiles y humanos.

El año anterior, Beatriz se había afiliado al radicalismo y había apoyado a Alfonsín durante la campaña electoral. En esa oportunidad declaró: “Siento la necesidad de afiliarme a un partido de origen popular como el radicalismo y que esto pueda servir de ejemplo a la juventud argentina. Es decir, que hay que decidirse a actuar en política para que podamos vivir en democracia. Mi padrino fue Ricardo Rojas, un hombre rebelde que para continuar siéndolo se afilió al radicalismo y soportó la prisión y el confinamiento en el sur. Yo no quisiera que jamás me reprocharan los argentinos del futuro no haber sido consecuente con mi tiempo y mis ideas. No quiero que nadie me reproche vaivenes políticos. Pero presiento que el nuevo drama que se avecina es que se acepte que el peronismo pueda ganar las próximas elecciones. No puede olvidarse que del peronismo salió gente como Mario Firmenich (1) y José López Rega. La tarea de los intelectuales deberá hoy más que nunca influir sobre la gente para que no se vuelva a golpear en las puertas de los cuarteles, que ya se ha visto cómo se lo termina sufriendo. La disyuntiva es democracia o militarismo. Tan sólo esa democracia nos permite petitionar por los presos, por la ley del libro, la de cinematografía, y batallar contra la censura y los ministros de Educación que fomentan el analfabetismo” (2).

“Durante el gobierno de Alfonsín, Beatriz era la viuda insigne de *Babsy*, y además, una mujer muy querida”, recuerda Orfilia Polemann. El periodista Ramiro de Casabellas, cercano al nuevo Presidente, le solicitó que fuera nombrada agregada cultural en España. Así sucedió, aunque el trámite duró varios meses y el decreto recién fue firmado en mayo de 1984.

Se instaló en Madrid, en una enorme planta baja sobre la plaza Rubén Darío, a dos cuadras de la embajada. “Seducía a Alfonsín con cosas

increíbles. Recuerdo que una vez estábamos participando de una entrevista entre Raúl y Felipe González. Los presidentes entraron del brazo y se oyó la voz estentórea de Beatriz diciendo: “¡Cómo se quieren esos chicos!” –recuerda Manuel Antín, quien fue nombrado presidente del Instituto Nacional de Cinematografía-.

En esa época murió su querida hermana Beba de un cáncer fulminante. Poco antes, Beba había publicado un libro de poemas, uno de los cuales se titula *Beatriz*. Aunque *Betty* había sido la elegida de su padre, sus dos hermanas también intentaron, en cierta forma, el camino del arte. A Tata la enfermedad le impidió seguir pintando, y Beba recién pudo escribir en los últimos años de su vida, estimulada y orientada por Beatriz.

Su estadía en Madrid no fue del todo fácil, y viajaba frecuentemente a Buenos Aires. “Cuando estaba en Buenos Aires tenía ganas de estar en Madrid y cuando estaba en Madrid anhelaba estar en Buenos Aires”, recordó Claudio España. “Yo creo que se fue a Madrid por un tema económico, pero fundamentalmente para salir un poco de Buenos Aires y liberarse de todos sus fantasmas –dice Mabel Peremarti, quien la visitó en Madrid y se hospedó en su casa-. Iba a la embajada por las mañanas y salía a eso de las once a comer alguna tapa. Después tenía invitaciones a almuerzos, volvía a la embajada y recibía visitas de muchísima gente. De noche no salía mucho, era más bien de acostarse temprano. Y los domingos iba a El Rastro”.

Muchas personas recuerdan haberla encontrado en Barajas, el aeropuerto madrileño donde pasaba largas horas. Más allá de recibir y despedir a amigos y personalidades, necesitaba ser reconocida por el público, cosa que no le sucedía en el exterior. A veces iba a Barajas sólo para eso, aunque no tuviese que recibir ni despedir a nadie.

“Como el embajador era divorciado, le pedía que lo acompañara a todos lados. Se la pasaba de recepción en recepción. ‘Estoy íntima del rey’, me decía siempre”, recuerda Enzo Álvarez, a quien Beatriz pidió que se instalara con ella en Madrid. “No pude porque mi mamá estaba muy enferma”, se lamenta Enzo.

“Estuve viviendo bastante con ella en España y pudimos hablar de muchas cosas –continúa Adriana Martínez Vivot-. Como le costaba muchísimo estar sola, vivía invitando gente. Yo me acostaba tarde y ella se

levantaba muy temprano. Antes de irse a la embajada, venía con una bandeja y me traía el desayuno. Café con leche y un pan con una manteca no muy bien dispersa. Como le temblaba el pulso por su problema de tiroides, la bandeja se movía y el café se empezaba a caer, ella se mataba de risa. De cocina sabía cero y todas sus experiencias con la comida eran terribles. Nunca un día era común con Beatriz. Todos los domingos íbamos a *El Rastro*, comprábamos unas cosas usadas que eran de terror. Entendía mucho de antigüedades, pero como no le alcanzaba la plata, compraba muebles destruidos, aunque de buena calidad. Había un vendedor que ya la conocía y le decía: `Señora, mire lo que tengo para usted´. Y le mostraba una bombacha enorme. Ella, que estaba gordísima, se reía a carcajadas. Compraba mucha santería y se le daba por pintarla de dorado. Íbamos a la pinturería a comprar dorado a la hoja y después pintábamos a todos esos santos, pero entre mi ansiedad y su pulso quedaban desastrosos”.

“Durante unas vacaciones de invierno fuimos a visitarla. Vivía en una esquina muy linda, una planta baja con muchas ventanas a la calle. Había un personaje llamado Rafael que tenía un puesto de helados. Mis hijos le pedían y les alcanzaba los helados por una de las ventanas, hasta que terminó siendo el mayordomo de Beatriz. Ella lo convenció para que sirviera la mesa y terminó siendo todo un señor. Beatriz les daba a las personas un toque por el cual sacaban todo su talento y habilidades”, recuerda Mario Caprioglio.

El periodista Esteban Peicovich le hizo una larga entrevista en su piso de Madrid, y allí cuenta que cuando Beatriz le ofreció algo para tomar, no se dirigió hacia la heladera sino hacia la ventana. `Rafaelito, Rafaelito´, dijo, y el hombre, que estaba atendiendo su puesto en la vereda, le acercó unas gaseosas.

“Es una maravilla –le comentó a Peicovich-. Además, que esto suceda aquí, en este edificio medio palacio donde vive gente tan... Ésta es una casa inmensa de los marqueses de Romanones. Arriba vive la marquesa de Ibarra, en el otro piso, la familia de Prado y Carbajal, parientes del rey. Es decir, todos son condes y marqueses. El otro día me encontré con una de las marquesas, una mujer de mucha edad, que me dijo: ` ¡Ay, señora ministra, qué desgracia la nuestra, las dos de países socialistas!´. Otra mañana encontré a otra de las marquesas. Iba a misa, y mientras la esperaba el chofer con la puerta del auto abierta, me comentó, señalando una boca de subte inaugurada a pocos metros de

casa: ` ¿Se da cuenta? Este Felipe González, con tal de humillarnos, nos pone hasta subtes frente a la puerta. Es para que veamos salir a la gente, así como salen, en manadas”.

En esa misma entrevista se refirió a sus proyectos como agregada cultural. Contó que se estaba ocupando de los trámites de repatriación de los argentinos que regresaban del exilio, de su intención de proponer en la Argentina un proyecto de universidad a distancia similar al español, y de llevar espectáculos argentinos a España. Además promovió films, asistió a festivales, estimuló premios y ayudó a los escritores consiguiéndoles hoteles baratos, y hasta hospedaje.

“Fue una agregada cultural de buen nivel pero totalmente atípica, le importaban un cuerno las formas diplomáticas”, cuenta Horacio Salas, quien viajó a Madrid en esa época. “Fue una de las personas que más ayudó a sus amigos cuando le tocó estar en España como agregada cultural –agrega Edgardo Cozarinsky-. Hizo muchísimo para ayudar y mucha gente se abusó, exiliados y falsos exiliados abusaron de ella para obtener prebendas, para volver a la Argentina y conseguir cosas gratis, como transporte de muebles, por ejemplo”.

En esa época, la editorial Alianza publicó su última novela, *Rojo sobre rojo*. Prosiguiendo con su análisis de la historia argentina, esta vez decidió basarse en un tema tan complejo como el secuestro y asesinato de Pedro Eugenio Aramburu. “Yo hablé en la presentación, y también estuve en un almuerzo que le ofreció la editorial. Estaba muy gorda y se sofocaba mucho, la vi mal. Siempre fue muy eufórica y extravertida, pero en ese momento lo era más. Comía y bebía mucho, y no le hacía bien”, cuenta Antonio Requeni.

Rojo sobre rojo tiene tres protagonistas: el general Hipólito Miranda (versión libre de Aramburu), su hijo Ezequiel y el custodio Alejandro Baxter, “un mercenario de la pesada” a quien Miranda contrata cuando decide intentar un acercamiento con Juan Domingo Perón.

Baxter se instala en el piso de los Miranda, conecta su amplia red de micrófonos, se hace amigo de sus hijos y se vuelve imprescindible. Finalmente, cuando el general es secuestrado, va con ellos y se encarga del gesto final: la noche anterior al fusilamiento en un campo de la provincia de Buenos Aires, lo mata con una pistola que extrañamente

había logrado llevar “entre sus vergüenzas, como decía su madre”. Impide así a sus secuestradores la reivindicación del hecho, y antes le hace grabar una despedida para sus hijos en un micrófono camuflado en una lapicera *Mont Blanc*. Logra escapar y se encuentra con los hijos de Miranda: “Lo maté por vos, porque los quise y los quiero”, les dice, mientras les entrega la *Mont Blanc*. Dos días después es asesinado. Su final es similar al del traficante de armas Julián Sánchez de *La invitación*, otra alma sensible que eligió la profesión equivocada.

El libro se publicó en noviembre de 1987, tres meses antes de la muerte de Beatriz. “Quería volver a la Argentina, extrañaba mucho. Me había dicho: ‘Es el último mes que estoy acá, después pido el pase’, dice Adriana Martínez Vivot.

Ese mismo año participó como jurado en el Festival de Venecia. “Le dije: ‘¡Beatriz, Venecia, qué bárbaro!’ , pero me contestó: ‘Después de *Babsy* ya no me importa nada, yo ya me morí’”, recuerda Rodolfo Mórtoles. “Creo que cuando murió fue porque no dio más. Tengo la impresión de que no hizo nada para cuidarse. No digo que haya sido un suicidio prolongado, pero tampoco hizo mucho para evitarlo”, reflexiona Edgardo Cozarinsky.

Beatriz Guido murió en la clínica *Ruber* de Madrid el 29 de febrero de 1988. El crítico de cine Jorge Miguel Couselo y su mujer, Hebe, estaban hospedados en su casa. Escucharon un golpe, y cuando la fueron a ver, la encontraron tirada en el piso, con una parte del cuerpo paralizada. No podía hablar mucho, pero se las ingenió para pedir que le alcanzaran un par de medias antes de que llegara la ambulancia. Durante el viaje a la clínica le hicieron varias preguntas para controlar su estado y contestó perfectamente. Incluso le dijo al médico: “Apúrese, que quiero salir rápido y volver a la Argentina”. Pero al llegar tuvo otro derrame y entró en coma.

“Tenía una permanente necesidad de quedar bien con todo el mundo, cuando la llevaron al sanatorio se fue consolando a Couselo y a Hebe”, recuerda Manuel Antín. “Mintió hasta en el momento de morir. ‘En cinco minutos estoy perfecta’, le dijo a Couselo, y se murió”, agrega Graciela Borges.

Sus sobrinos Adriana Martínez Vivot y Alejandro Caprioglio viajaron a Madrid y lograron llegar antes de su muerte. “Cuando llegamos, el médico

nos explicó que vivía por tener conectado un respirador. `Para nosotros esto ya es la muerte´, nos dijo. Ofreció desconectarlo, pero le dijimos que no”, recuerda Caprioglio. Murió a los tres días.

“En España organizaron una misa y fue muchísima gente”, agrega Adriana Martínez Vivot. Para poder viajar a Buenos Aires debieron embalsamarla y traerla a cajón cerrado. Por orden expresa del presidente Alfonsín, fue velada en el edificio de la secretaría de Cultura de la Nación, en la calle Alvear. “Murió rodeada de honores, porque la envolvieron en la bandera argentina. Tuvo una muerte de prócer, bien ganada”, dice Orfilia Polemann.

Mucha gente fue ese día a la secretaría de Cultura, empezando por el presidente Alfonsín. “Se acaba de ir una amiga. Yo siempre la recuerdo amable y afable, con una gracias particular. Fue sinceramente una lástima que se nos haya ido, además de todo lo que significaba para el campo de la cultura, desde luego”, declaró (3).

Allí estuvieron también Manuel Antín, Ramiro de Casasbellas, Félix Luna, China Zorrilla, Leonor Manso, Ernesto Sabato, María Angélica Bosco, María Esther de Miguel, Rodolfo Rabanal, Isidoro Blaisten, Alberto Fischerman, Oscar Barney Finn, Daniel Tinayre, Raúl de la Torre, Thelma Biral, Ernesto Schoo, Adolfo Bioy Casares y tantos otros.

Con respecto a Bioy Casares, le dedicó un párrafo en sus diarios íntimos. “También parecería que la querida Beatriz se ocupó de sus últimas horas. Hay un largo aviso fúnebre en que los amigos participamos del hecho e invitamos a su entierro. Entre esos amigos hay algunos que quizá nunca se enteren de que hicieron esa invitación: por ejemplo, Alberto Moravia y Susan Sontag. Además, entre nosotros no tomamos en serio a la Sontag, Beatriz no era amiga de ella”, dijo.

No la enterraron junto a Torre Nilsson en el cementerio Británico, sino en el Jardín de Paz. “Ella hubiera querido estar enterrada junto a *Babsy*, hablaba mucho de la necesidad de estar enterrada junto a él en la última cama”, cuenta Edgardo Cozarinsky. “Los hijos de *Babsy* le hicieron una guerra muy injusta a Beatriz, no les permitieron estar enterrados en el mismo lugar”, continúa Rodolfo Mórtola. “Realmente me provoca mucha pena que Beatriz y *Babsy* no puedan estar juntos, pero uno de sus hijos se negó”, agrega Jorge Álvarez.

Sobre este punto hay versiones contradictorias, que en definitiva no hacen más que poner en evidencia los resquemores que existieron siempre. “Mientras Alejandro y yo estábamos en España, mi hermana y mi primo Mario se ocuparon de los trámites en Buenos Aires. Si yo hubiera estado acá no hubiera pasado lo que pasó”, dice Adriana Martínez Vivot. “No cabe duda de que lo mejor hubiera sido que *Babsy* y Beatriz estuvieran juntos. Pero uno de los hijos no quería, si nos hubiésemos juntado y hablado seguramente nos hubiésemos puesto de acuerdo, pero hubo que tomar una resolución urgente”, cuenta Mario Caprioglio.

“Durante sus últimos años no tuve relación con Beatriz, sólo nos encontramos en algunas reuniones sociales. La última vez que la vi fue en Madrid, en el aeropuerto de Barajas. Yo estaba con mi hija, nos encontramos de casualidad y almorzamos juntos. Me enteré de su muerte porque me avisó Manuel Antín, y fui a la secretaría de Cultura, donde la velaron”, dice Javier Torre, quien finalmente deja abierta una posibilidad: “Todavía están a tiempo, si quieren llevarla al cementerio Británico, yo los voy a apoyar”.

Antes de suicidarse, Marta Lynch le pidió a su marido que le comprara una parcela en el cementerio Jardín de Paz. Unos años después, Silvina Bullrich se ocupó personalmente de reservar su lugar en el mismo cementerio. La única que no planeó su entierro en ese bello lugar arbolado de la ruta Panamericana fue Beatriz, pero el destino la juntó finalmente con sus dos viejas rivales.

Una vez al mes, su tumba recibe la visita puntual y solitaria de su amigo y secretario Enzo Álvarez.

NOTAS

- 1.- Mario Firmenich fue una de las cabezas de Montoneros, agrupación de izquierda que participó en la lucha armada y apoyó a Perón. Su primera acción fue el secuestro y asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu en 1970.
- 2.- Revista *Siete Días*, 1982.
- 3.- Diario *Clarín*, 1988.

BIBLIOGRAFÍA

- Andersen, Martín, *Dossier secreto*, Editorial Planeta, 1993.
- Bioy Casares, Adolfo, *Descanso de caminantes*, Editorial Sudamericana, 2001.
- Bonasso, Miguel, *El presidente que no fue*, Editorial Planeta, 1997.
- Bullrich, Silvina, *Mis memorias*, Emecé Editores, 1980.
- Cozarinsky, Edgardo, *El pase del testigo*, Emecé Editores, 2001.
- Jauretche, Arturo, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Editorial Peña Lillo, 1966.
- Jauretche, Arturo, *Proza de hacha y tiza*, Juarez Editor, 1969.
- Martín, Mónica, *El gran Babsy*, Editorial Sudamericana, 1993.
- Mucci, Cristina, *La señora Lynch*, Editorial Norma, 2000.
- Nogués, Germinal, *Diccionario biográfico de políticos argentinos*, Editorial Planeta, 1989.
- Osorio, Elsa, *Beatriz Guido*, Editorial Planeta, 1991.
- Page, Joseph, *Perón*, Javier Vergara Editor, 1984.
- Romano, Eduardo (comp.), *El cuento argentino*, EUDEBA, 1986.
- Ruiz, Fernando, *Las palabras son acciones*, Editorial Perfil, 2001.

Sáenz Quesada, María, *Argentina, historia del país y de su gente*, Editorial Sudamericana, 2001.

Uriarte, Claudio, *Almirante Cero*, Editorial Planeta, 1992.

Verbitsky, Horacio, *Ezeiza*, Editorial Contrapunto, 1985.

MATERIAL PERIODÍSTICO

Diarios *Clarín*, *La Nación*, *La Opinión*, *Tiempo Argentino*, *Convicción*.

Revistas *Primera Plana*, *Confirmado*, *Gente*, *Siete Días*, *Radiolandia*, *Antena*, *Para Ti*, *Mercado*, *Semana Gráfica*, *La Semana*, *Vosotras*, *Extra*.

ENTREVISTAS

Enzo Álvarez, Jorge Álvarez, Manuel Antín, Diego Baracchini, Oscar Barney Finn, Graciela Borges, María Angélica Bosco, Armando Capalbo, Mario Caprioglio, Marta Díaz, Claudio España, Angélica Gorodischer, Julio Gottheil, Eduardo Gudiño Kieffer, Jorge Lafforgue, Adriana Martínez Vivot, Duilio Marzio, Martha Mercader, Eduardo Mignona, Rodolfo Mórtola, Jorge Naveiro, Elvira Orphée, Mabel Peremarti, Orfilia Polemann, Antonio Requeni, Horacio Salas, Ernesto Schoo, Javier Torre, Graciela Torre Nilsson de Ciancaglini, May Torre Nilsson de Nosedá.

LIBROS DE BEATRIZ GUIDO

Regreso a los hilos (Editorial El Ateneo, 1947).

La casa del ángel (Premio Emecé, 1954).

La caída (Editorial Losada, 1956).

Fin de fiesta (Editorial Losada, 1958).

La mano en la trampa (Editorial Losada, 1961).

El incendio y las vísperas (Editorial Losada, 1964).

Escándalos y soledades (Editorial Losada, 1970).

El ojo único de la ballena (Editorial Merlín, 1971).

Una madre (Emecé Editores, 1973).

Quién le teme a mis temas (Editorial Fraterna, 1977).

La invitación (Editorial Losada, 1979).

Apasionados (Editorial Losada, 1982).

Rojo sobre rojo (Editorial Alianza, 1987).